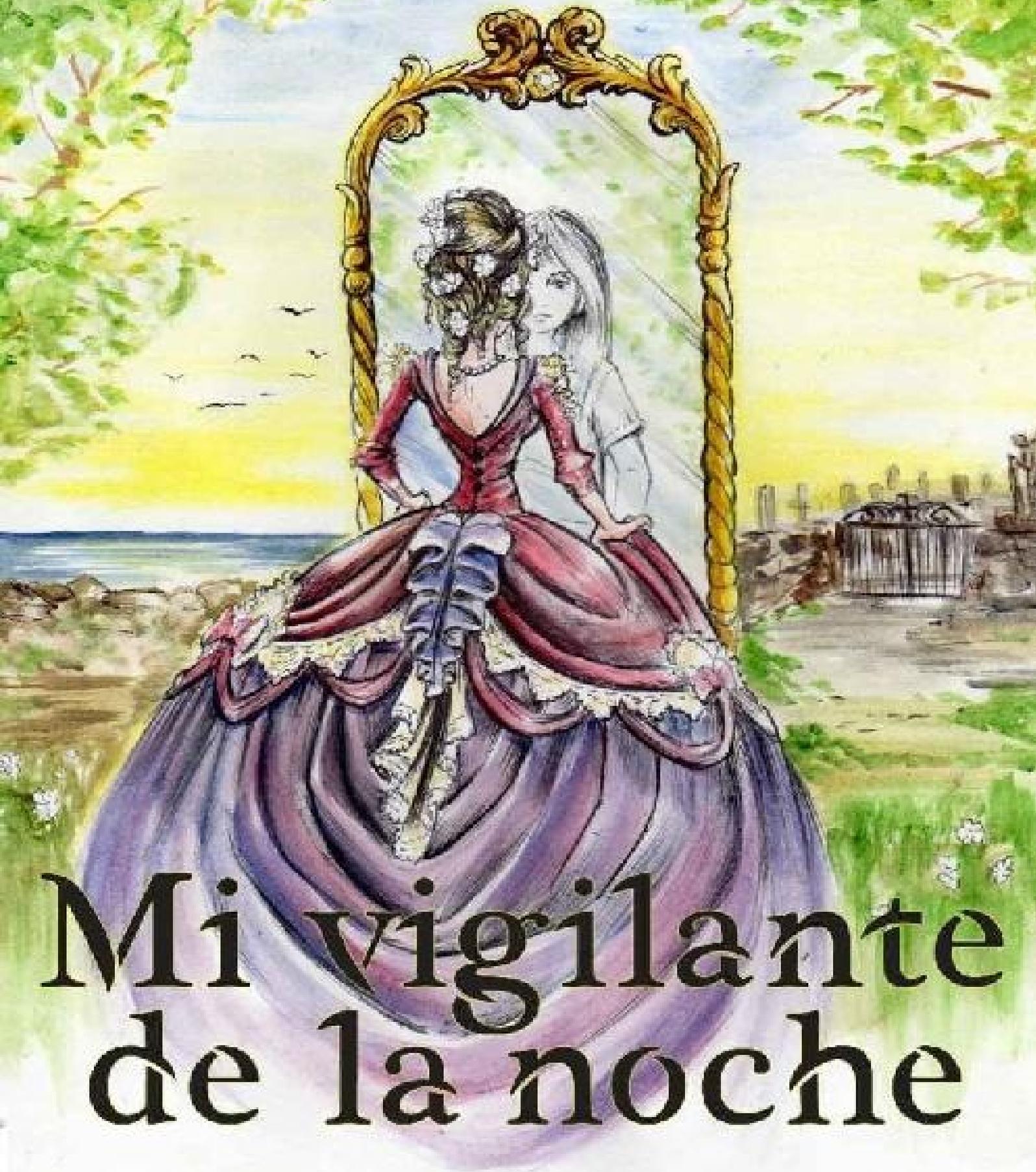


Lizzie Quintas



**Mi vigilante
de la noche**

Mi vigilante
de la
noche

Lizzie Quintas

Sígueme en:



Título: *Mi vigilante de la noche*

© 2016, [Lizzie Quintas](#)

De la edición y maquetación: 2016, [Romeo Ebooks](#)

De la cubierta: 2016, Montse Robledo

Primera edición: noviembre 2016

Este libro electrónico está licenciado exclusivamente para su uso personal. Este libro electrónico no se puede copiar, revender o entregar a terceros. En caso de desear compartir este libro con un tercero, por favor compre una copia adicional para cada receptor. Si está leyendo este libro y no lo compró, por favor vaya a Amazon y compre su propia copia. Gracias por respetar el duro trabajo de este autor.

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

[Otros títulos de la autora](#)

Capítulo 1



Eran las nueve y ya parecía media noche, era lo que tenía el invierno, que oscurecía antes. Había quedado con mis amigas para dar un paseo, como de costumbre. Tenían que venir a buscarme a casa a las ocho y media pero, desgraciadamente, mis amigas no sabían lo que era la puntualidad. Un día les enseñé la entrada del diccionario donde definían esa palabra y aun así nada cambió, seguían siendo impuntuales y agotaban mi paciencia. Yo era demasiado perfeccionista para hacer lo mismo que mis amigas, no me gustaba hacer esperar a nadie, ¿por qué a ellas sí? Cansada de dar vueltas por casa, cogí mis cosas para marcharme.

—Mamá, ya me voy —dije antes de salir de casa.

—No tardes —me gritó mi madre—. Sabes que tienes muchas cosas que hacer.

Cerré la puerta justo a tiempo de no escuchar su retahíla de siempre: “Esta habitación parece una pocilga”, “¿no te da vergüenza tener así la habitación?”. O el típico: “Es que no haces nada en casa, estoy agotada de trabajar y tú no ayudas nada”. ¡Vamos, que me las sabía todas! ¿Nunca se cansaba de repetir lo mismo una y otra vez?

Bajé las escaleras, hoy no me apetecía nada verme encerrada en un sitio pequeño como era el ascensor. Sabía perfectamente que había veinticinco escalones ya que a veces, cuando me aburría, los contaba. Nada más salir del portal una brisa fría me envolvió el cuerpo.

Observé a todas las personas que se metían en los bares para resguardarse de las bajas temperaturas, otras se acomodaban las bufandas alrededor del cuello y la boca o se apretaban contra su acompañante en busca de calor. Yo, en cambio, no era nada friolera, pero esta vez iba muy ligera de ropa, simplemente llevaba sobre la camiseta de manga corta una chaqueta muy fina que dejaba traspasar la gelidez del ambiente.

Me puse en marcha, caminaba hacia mi destino con pasos lentos pero seguros, ajena a las miradas de la gente. ¡Seguro que pensaban que estaba loca! Siempre que estaba decaída me iba al mismo lugar. Cuando descubrí ese sitio en una prueba de valor del grupo al llegar a Ribadeo, me di cuenta de que era mágico, hipnótico. La tranquilidad que respiraba allí y esas vistas del mar alejaban todo pensamiento triste de mi cabeza, allí siempre conseguía relajarme. La carretera que llevaba al cementerio se encontraba desierta como siempre a esas horas, las hileras de árboles dejaban que sus hojas las meciera aquella brisa que indicaba que nos acercábamos al mar. Una vez llegaba al cementerio

tenía que seguir de frente, desde allí divisaba una pequeña cabaña descuidada que había pertenecido al antiguo vigilante del cementerio. ¡Qué pena que nadie siguiera cuidando de ella!

La cabaña tenía un banco de piedra que ofrecía una vista inmejorable del acantilado. Me encantaba sentarme allí y escuchar el sonido de las olas rompiendo contra las rocas, era como una sutil invitación a tirarme para jugar con ellas. Mientras observaba el paisaje, el viento jugaba con mi pelo y mi ropa. No sabía muy bien el porqué, pero me sentía parte de aquel lugar, como aquellas aves que tienen su nido entre las rocas, lejos del agua. Me invadió una extraña sensación al escuchar esos sonidos tan hipnóticos y familiares para mí.

Parecía que volara entre las olas, subida en el banco y con mis brazos extendidos haciendo más todas esas sensaciones y sintiéndome libre, cuando poco a poco regresé de mi ensoñación alertada por el sonido de mi móvil.

—¿Sí? —contesté cuando ya debía de estar a punto de cortarse la llamada

—Lilith, ¿dónde estás? Fuimos a casa a buscarte y tu madre nos dijo que ya te habías marchado.

—Estoy donde siempre, en el cementerio.

—Vale, no te muevas que vamos todos a buscarte.

—Perfecto, pero no tardéis. —Colgué el teléfono y lo guardé en el bolsillo trasero del pantalón.

¿Todos? ¿Lexter también? Mi corazón dio un vuelco solo de pensarlo. Fijé mi mirada en el mar tratando de tranquilizarme y me dejé atrapar de nuevo por la naturaleza, la brisa era más fuerte, al igual que el batir de las olas contra las rocas. Una vez en mi postura inicial noté cómo los sonidos se calmaban. Me encantaba esa sensación de libertad, como las de olas y el viento, de poder moverme a mi antojo.

Cerré los ojos y estiré los brazos dejando que el aire me acariciara todo el cuerpo, sentí como si volase y por un momento creí ser la dueña del mundo.

De repente, una extraña sensación invadió cada rincón de mi cuerpo, me sentí observada, abrí los ojos y vi a mis amigos corriendo hacia mí. Cerré los ojos de nuevo para que esa sensación volviera a envolverme y ser uno con todo lo que me rodeaba. Los brazos abiertos en cruz. Noté un tirón fuerte que me hizo abrir los ojos asustada y me encontré entre los brazos de mi mejor amiga, que tenía sus ojos bañados en lágrimas. El resto de mis amigos se encontraban unos metros más atrás y nos miraban con una expresión de susto y asombro.

Mi amiga continuaba llorando mientras me apretaba con fuerza contra su pecho.

—Keesha, ¡para ya, me vas a ahogar! —protesté intentando librarme de sus brazos.

—¿Y si no llegamos a tiempo qué hubiera pasado? —gritaba a la vez que me soltaba.

—¿A tiempo de qué? —pregunté a mi vez—. Solo estaba disfrutando del mar.

—Lo que tú digas —me dijo. Y volvimos con el grupo.

Al ver que era el centro de atención de todas las miradas, volví a preguntar:

—¿Se puede saber qué os pasa a todos?

Pero ninguno contestó, simplemente se limitaban a observarme, produciendo una situación bastante incómoda, hasta que por fin Anthony rompió ese silencio.

—¿Y si nos vamos a comprar las cosas para el cumple de Seb? Así tendremos una tarde normal —comentó Anthony.

Y así hicimos, nos pusimos en marcha para llegar al supermercado antes de que cerrara. Keesha me llevaba fuertemente agarrada, ¿Qué le pasaba?

—¿Me vas a explicar por qué me agarras tan fuerte? No voy a marcharme a ningún sitio.

—Después de lo que has hecho no te voy a perder de vista.

—¡Que no hice nada, jolines! Solo estaba disfrutando de la brisa del mar.

— Ahora no quiero hablar de ello. Ya lo haremos cuando me haya calmado un poco, ¿vale?

Me encogí de hombros, sabiendo que no iba a sacarle nada a mi amiga si ella no quería decírmelo. El silencio volvió a reinar durante el trayecto, solo lo rompía el sonido de las hojas mecidas por el viento. Yo iba absorta en mis pensamientos, recordaba cómo conocí a Anthony. Cuando me mudé a este pueblo de Galicia, fue de las primeras personas que conocí, su madre y la mía eran compañeras de trabajo e hicieron que nos conociéramos, lo cierto es que congeniamos enseguida. Sus profundos ojos azules siempre me transmitieron complicidad. Anthony me presentó a un grupo de hijos de extranjeros que se habían enamorado de Ribadeo y habían decidido quedarse aquí a vivir. Me acogieron enseguida y gracias a ellos no me sentí sola en ningún momento, el cambio de casa e instituto me resultó más llevadero de lo que esperaba y tenía un grupito con el que salir y conocer el pueblo. Constantemente Anthony y yo estábamos juntos y las habladurías no tardaron en sucederse, todo el mundo pensaba que éramos novios, a nosotros nos daba igual lo que dijeran, teníamos claro que solamente éramos grandes amigos.

Una vez en el supermercado cogimos todo lo necesario para celebrar el cumpleaños de Seb. De nuestros amigos era el más amable y sociable, le encantaba hablar de animes y mangas japoneses, así que intentamos que en la fiesta se vieran reflejados sus gustos. La idea era celebrarlo todos juntos, con una sesión de películas, algo de música y, cómo no, todo tipo de comidas... Lo típico, creo. Hacía poco tiempo que había aprendido a hacer dorayakis, como los que comía Doraemon en la serie de dibujos, y los iba a poner para picar en la fiesta. A mí siempre me ha gustado organizar fiestas y pensar en las decoraciones. Aunque no siempre salía como lo tenía pensado. Supongo que no todo salía como quería, pero la verdad es que siempre se acercaba a mi idea principal.

Llegué a casa a la hora de costumbre, una hora antes de medianoche. Al entrar en casa reinaba un silencio sepulcral, por lo que intenté hacer el menor ruido posible. Mi madre ya estaba dormida con el gato en el sofá. No quería despertarlos, se veían tan tranquilos. Me cambié de ropa y fui al balcón, era mi ritual diario desde que vine a vivir

aquí hace tres años. Lo primero que observé fue un cielo despejado con una luna creciente. La calle estaba en silencio, no había ni un alma. Me quedé ensimismada observando cómo la luna asomaba entre las montañas. Era una preciosa imagen que despertaba cierta ternura en mi interior.

Mientras observaba cómo algunas pequeñas nubes tapaban de vez en cuando la luna sin ocultar su halo de luz, miré las estrellas que brillaban tímidamente como si no quisieran rivalizar con ella. Un extraño presentimiento sobrecogió mi corazón. Tuve la sensación de que esa noche iba a ser especial para mí. Intenté ignorarlo poniéndome a buscar las constelaciones de las que tanto me hablaba mi madre de pequeña. Ella era otra gran aficionada a la luna y las estrellas.

Estaba tan metida en mis pensamientos y en mis recuerdos de niñez, que no me percaté hasta pasado un rato de que se escuchaba una melodía a lo lejos. Me era familiar, estaba convencida de que conocía esa música. Busqué desesperada con la mirada de un lado a otro. ¿De dónde vendría? Hasta que, a lo lejos, vi un chico alto y moreno, su piel desde la lejanía se apreciaba pálida. Tarareaba una y otra vez la misma canción.

Agotada y después de mirar mi reloj y ver que ya era más de medianoche, me fui a dormir. Una vez en la cama, no podía sacar esa melodía de mi cabeza ¿De qué conocía yo esa canción? ¿Dónde la había escuchado? Cuando quise darme cuenta había caído rendida en los brazos de Morfeo.

Me encontraba en un rellano. Frente a mí, dos hombres que portaban unas elegantes pelucas blancas, vestidos de esmoquin y sujetando dos lanzas, abrían paso a unas escaleras de piedra en un tono gris. Me acerqué lentamente hacia ellos y uno de ellos pronunció mi nombre mientras me indicaba que bajara por las escaleras. Bajé mirando al frente, con cuidado de no pisar mi largo vestido. Llegué a un enorme salón de baile. Nada más bajar los pies del último escalón, todas las miradas de la sala apuntaban en mi dirección. Miré hacia arriba, por si venía alguien detrás, pero nada, solo un par de chicas. En una esquina del salón divisé un espejo de cuerpo entero, me acerqué ya que sentía curiosidad por ver qué era lo que había atraído todas esas miradas. El cabello lo tenía trenzado hacia un lado con pequeñas flores blancas, mi vestido de un color azul cielo con un liguero escote en pico, la espalda completamente descubierta, alrededor de la falda unas tiras de raso que se sujetaban con unos lazos almidonados de color blanco. “¡Qué vestido más bonito!” — pensé — . Pero, lo que más llamó mi atención fue el collar que lucía mi cuello: era de oro con turquesas engarzadas a cada lado y en el centro una serpiente negra. ¡Precioso! Justo en mi espalda a través del espejo vislumbré una pequeña puerta que daba a un balcón. Decidí salir a respirar, era todo tan abrumador. Al salir me di cuenta de que había un chico de espaldas a mí apoyado en la barandilla. Me acerqué despacio rompiendo el silencio con cada paso que producían mis tacones al chocar con la piedra, él dio un respingo asustado y se giró para volver al interior de la fiesta. No pronunció ni una sola palabra, simplemente me miró con unos profundos ojos negros. Mis ojos verdes se vieron reflejados en los suyos a la vez que noté que mi corazón latía más deprisa que de costumbre.

Me desperté sobresaltada, el sueño había sido tan real y... ¡Ya lo tengo! — grité — . La canción... era... “Claro de luna”. Era justo la melodía que sonaba en mi sueño en aquel enorme salón de fiestas. La misma que tarareaba aquel chico.

Capítulo 2



Me desperté con los primeros rayos de sol que entraban por mi ventana. Fui a la cocina, algo aturdida aún por el sueño de la noche anterior. Después de desayunar recogí un poco la casa para no tener que escuchar a mi madre y sus protestas.

Mi teléfono comenzó a sonar. Era mi amiga Keesha. ¡Ya no me acordaba! Lo cierto es que había quedado en llamarme para hablar de lo sucedido la tarde anterior. Descolgué rápidamente.

—Hola Keesha. Bueno, ¿me vas a contar por qué me agarrabas así ayer? —No podía más con la incertidumbre, necesitaba saber qué había ocurrido.

—Tranquila, me paso ahora por tu casa y te cuento.

—Vale. Te espero pero, ¡no tardes! —contesté frustrada por tanto secretismo.

Me encaminé a mi habitación y terminé de colocarla, llevé al cesto de la ropa la que estaba sucia y tirada por la habitación y metí en el armario la planchada por mi madre unos días antes.

—¡Mamá, si viene Keesha dile que estoy en la habitación! —chillé.

—Vale, espero que la hayas ordenado—. —Cómo no, mi madre siempre con lo mismo.

—¡Está perfecta!

Me recosté en mi cama y puse música de fondo, una canción que adoraba “Angels” de “Whitin Temptation”. Cerré los ojos y debí quedarme traspuesta ya que inconscientemente me atacó un recuerdo.

Salíamos Keesha y yo de clase de matemáticas, hablábamos del fin de semana, yo sin darme cuenta de que Lexter se había quedado parado en mitad de la puerta. ¡Nos chocamos! Y no solo nuestros cuerpos sino también nuestras miradas. El cruce de miradas duró unos segundos, los cuales a mí me parecieron una eternidad, ya que su mirada ocultaba algo que me produjo un escalofrío haciéndome sentir “Miedo”. Intentó decirme algo, pero debió pensarlo mejor y se marchó.

Yo me quedé paralizada mientras mi amiga trataba de hacerme volver a la realidad.

Lexter era mi amor platónico desde hacía dos años, no hablábamos mucho ya que

teníamos diferentes pandillas de amigos. Aunque en alguna esporádica situación coincidíamos en cumpleaños de amigos en común, los cuales eran más bien pocos.

Nos sentábamos juntos en clase, hasta que un día, animada por mi amiga, decidí armarme de valor para expresarle lo que sentía por él. No me dio tiempo a pronunciar una palabra, cuando él me contestó, como si hubiera leído mi mente, en ese instante: “Ya sé que te gusto Lilith, pero tú no eres suficiente mujer para mí”.

En ese instante y ante la mirada de todos, él empezó a reírse haciendo que mis compañeros estallaran en carcajadas para seguirle. Sentí cómo mi alma se cayó al suelo y era pisoteada, me sentí ridiculizada y me pareció la persona más cruel y vil del mundo. Aunque jamás he conseguido sacarlo de mi corazón.

La puerta se abrió, sobresaltándome. Era mi amiga, me miraba sorprendida.

—Lilith, ¿te pasa algo? —me preguntó. Se acercó y se sentó en el borde de mi cama.

—¿A mí? Nada, ¿por qué? —intenté quitarle hierro al asunto mientras me limpiaba las lágrimas.

—Bueno, si no me lo quieres contar no pasa nada —dijo poniendo cara de resignación.

—Lo sé. Solo ha sido un mal recuerdo. Bueno, cuéntame ¿Qué pasó ayer?

—Pues... Casi no llegamos a tiempo.

—¡Hombre, ya sé que puntuales no fuisteis!

—¡Muy graciosa, Lilith! Sabes que no me refiero a eso. Estabas a punto de echar a volar.

—¡Qué dices! —exclamé ante tal información.

—¿A qué vino eso? ¿Acaso no estás bien con nosotros? ¿Por qué querías tirarte por el precipicio? —me gritó mi amiga.

—Mi intención... no fue... al menos yo no lo recuerdo así.

—Menos mal que Anthony te vio primero y fue el que más corrió para tirar de ti hacia atrás.

—¿Anthony...?

—Lo que has escuchado —repuso mi amiga algo molesta—. ¡Más te vale que no vuelva a pasar! Arréglate que vamos a ir al cine.

—¡A sus órdenes, capitán! —dije mientras las dos comenzábamos a reírnos como locas.

Pedí permiso a mi madre para ir al cine. Era un formalismo ya que ella me dejaba hacer lo que quisiera siempre que estuviera a mi hora en casa. Mientras yo me arreglaba, Keesha y mi madre conversaban tranquilamente en el salón. Elegí para la ocasión unos pantalones acampanados de color gris que se ajustaban en el muslo y una camiseta negra con ilustración de una calavera blanca. Recogí mi pelo en una coleta dejando mi largo flequillo detrás de las orejas y me miré en el espejo del armario, donde una chica

regordeta, de pelo rubio y brillantes ojos verdes esmeralda me devolvió la mirada.

Lo que más me gustaba de mí eran los labios, así que cogí un brillo y lo apliqué sobre ellos para que parecieran más jugosos.

En muchas ocasiones me había planteado bajar de peso, pero siempre acababa desistiendo. ¡La dieta no era para mí! Además, si alguien me iba a querer tendría que ser por cómo soy y no por mi físico, ¿no?

Una vez lista, fui al salón a buscar a mi amiga para irnos al parque. Me despedí de mi madre con un beso en la mejilla y nos marchamos.

El parque era para los niños pequeños. Estaban los típicos balancines y tres toboganes: uno pequeño, otro mediano y otro grande. Los árboles eran altos y cuando los veía me daban ganas de trepar por ellos. ¡Yo y mi espíritu aventurero! Había un pequeño autobús para los niños, nosotras nos hacíamos fotos en él cuando nos aburríamos. Cerca de la entrada del parque había un quiosco, que por cierto nos venía muy bien cuando pasábamos largas horas allí. María, la dependienta, ya era casi de la familia para nosotras. Cuando íbamos a comprar pipas o algo de bebida nos decía:

—¡Chicas! Hay un nuevo número de la “Loka”.

Frecuentemente la comprábamos para leerla mientras esperábamos a reunirnos toda la pandilla o simplemente veíamos pasar a chicos guapos tapadas con la revista. Keesha y yo estábamos leyendo nuestra sección favorita: “Tierra trágame”, cuando sonó el teléfono de mi amiga, quien después de decir un breve: “Vale, no pasa nada”, colgó.

La miré esperando una explicación, pero simplemente me dijo que las chicas no podrían venir. “¡Fantástico! —pensé—. Cita de cuatro, porque eso significaba que iríamos mi amiga, su novio, Anthony y yo.”

Comentábamos lo que acabábamos de leer en la revista, cuando tuvimos que parar por el revuelo que formaban los niños en el parque: corrían, saltaban, chillaban ¿De dónde sacarían tanta energía? Especialmente me llamó la atención una niña, morena, de pelo largo y liso, con unos enormes ojos azul cielo y piel blanca como la nieve. ¡Parecía una muñeca! Pero su mirada transmitía tristeza, estaba sola en un banco, con una revista entre las piernas. No se relacionaba con los demás niños, por un instante me recordó a mí, solitaria. Cuando se percató que la miraba se levantó y se dirigió a una mujer que estaba en la entrada del parque, debía ser su madre.

Presté atención de nuevo a mi amiga, ya que sonaba su teléfono en ese instante.

—¿Sí? —descolgó—. Vale, ¿dónde dijiste? Perfecto, vamos para allá. ¡Hasta ahora!

Cerró la revista y nos levantamos. Mi amiga iba decidida y yo simplemente la seguía.

—Vamos al aparcamiento, Lilith —dijo como si leyera mis pensamientos.

Cerca del parking había unos bancos donde solían sentarse los ancianos a pasar sus largos ratos libres, ya que no muy lejos de allí había un pequeño parque con mesitas de piedra donde jugaban a la brisca, al ajedrez o las damas. Decidimos sentarnos en uno de esos bancos a esperar. El silencio que se produjo era un tanto incómodo, no sé por qué,

pero mi amiga estaba algo extraña.

La tranquilidad se vio rota por el rugido de un sonido muy familiar para mí, era el coche de Unai, el novio de Keesha. Hizo una entrada apoteósica con un derrape. El corazón se me aceleró. ¡Estaba loco! ¿Y si volcaba el coche? Mientras yo me asusté mi amiga ni se inmutó, estaría acostumbrada a estas cosas. Nos subimos al coche, yo me senté atrás con Anthony, no sin antes saludar a Unai. Me puse el cinturón y me dirigí a él.

—Unai ¡estás loco! ¡Casi me matas del susto! —Hice una pequeña pausa—. Y menos mal que no iba yo en el coche.

—Si quieres lo pruebas —me dijo con tono burlón.

—No. Gracias, Unai.

—Pues ahora te jodes, un trompo para la señorita Lilith —dijo haciendo caso omiso a mi cara de miedo.

—Joder Unai, que dije que noooo —chillé mientras realizaba el derrape.

Me agarré al asiento de Keesha, pensé que nos matábamos pero la verdad hay que decirla, me gustó mucho. Mientras mi corazón pasó de cero a cien en cuestión de segundos yo miraba a Anthony, en cambio, él me miraba con una expresión de pánico.

“¡Ay Anthony!” —vino a mi cabeza. Tenía una mezcla de sentimientos encontrados con él. A veces por actitudes que teníamos parecíamos novios, le quería, pero no podía evitar verle solo como un amigo, aunque sus atenciones me encantaban. ¿Le pasaría a él lo mismo? La verdad es que nunca habíamos hablado del tema, simplemente nos dejábamos llevar por las circunstancias.

Fuimos al cine que estaba en el otro lado del pueblo, en frente de un colegio de religiosas. Era pequeño, solo tenía dos salas, pero para los habitantes que éramos estaba bien.

Estrenaban una película de miedo, prometía bastante según las críticas y allí estábamos para comprobarlo. Era de vampiros y a mí siempre me gustó la magia, los unicornios, vampiros, hombres lobo y esas criaturas míticas que piensas que te agradaría que existieran ya que nos harían la vida un poco más divertida.

Una vez cogimos las entradas, antes de entrar a la sala hicimos acopio de reservas, como nosotros lo llamábamos, es decir, compramos palomitas, gominolas... y cómo no una coca-cola bien fresquita.

Entramos en la sala y nos sentamos en el sitio en que lo hacíamos habitualmente, al fondo de la sala. Anthony se sentó junto a la pared y yo a su lado, a mi izquierda Keesha y en la butaca que daba al pasillo se sentó Unai.

Comenzaron los anuncios y mi amiga y yo empezamos a gastar bromas.

—Keesha, tenemos la sala para nosotros solos y está oscuro... ¡A ver qué vais a hacer! —comenté divertida.

—¡Qué boba —se reía mi amiga.

—¡Eh Lilith! —intervino Unai—. A ver qué haces tú con el pobre Anthony.

—Muy gracioso —contesté mientras observaba cómo mi acompañante, algo nervioso, se ruborizaba.

De pronto se apagaron las luces. ¡Qué bien! ¡Me encantaba la oscuridad! Comenzaba la película y vi por el rabillo del ojo cómo Anthony no dejaba de observarme. ¿Qué le pasaría? Su mirada me puso el vello de punta. ¿Cómo podía ser que a veces me produjera esas sensaciones? Tenía claro que solo era mi amigo, o eso creía, porque me encontraba muy bien a su lado, pero no creía que mi corazón pudiera sentir algo más... ¿A quién no le gustaba que un chico guapo como él le prestase atención aunque solamente hubiese una amistad?

En ese instante todos mis pensamientos desaparecieron y se centraron en la pantalla. Un chico moreno, de ojos negros y alto salía en ella. Por un momento pensé que era el chico al que vi desde el balcón, tan grande era su parecido. ¡No podía ser! Estaba tan absorta en la película que ni siquiera comí nada de lo que habíamos comprado. ¡Cosa extraña en mí!

En una de las escenas el chico de ojos negros se acercó a la protagonista dándole un beso muy apasionado, consiguiendo que algo que no me preocupaba hasta ese momento se despertara en mí. ¿Alguna vez me besarían a mí con esa pasión? Sentí un gran deseo de estar en la piel de esa chica y caer en el más puro deseo.

Mientras pensaba todo eso, noté como Anthony me acariciaba una mano, su calidez me arropó sorprendió. Con movimientos suaves en el dorso de la mano sentí que me hacía cosquillas. ¿Por qué me tocaba? ¿Qué le pasaba? No quise darle importancia, quizá le había sucedido lo mismo que a mí con la película.

Al salir de la sala, mientras caminábamos hacia el coche, mi amiga y su chico iban delante de nosotros y Anthony, aunque callado, no paraba de observarme. Sus ojos reflejaron los míos y por una vez sentí esa extraña sensación, una conexión, ¿serían sensaciones mías? No podía ser. Tonterías.

—Em... gracias por lo del otro día, aunque... —me salió de la boca con miedo.

—Olvídalo —me interrumpió—. No pasa nada, no me gustaría que te hicieras daño. Jamás me lo perdonaría.

Me quedé sorprendida mirándole. Siempre nos habíamos llevado bien, hacía tres años que nos conocíamos y aunque había cierta complicidad, no sabía que le importara tanto.

Al llegar al coche, Keesha y Unai nos pusieron una excusa tonta, por lo menos a mí me sonó así, y se disculparon por no poder llevarnos. Al fijarme en mi amiga vi un extraño brillo en sus ojos, como si lo hubiera planeado desde un principio, ¿qué tramaría?

Una vez Anthony y yo nos quedamos solos, nos miramos sin saber qué decirnos, hasta que él se ofreció a acompañarme a casa y yo accedí. Caminamos en silencio. Le notaba extraño, quizá pensativo.

Eran las once de la noche. Hacía un poco de frío y se levantó una brisa que ondeaba mi pelo. Las calles empezaban a llenarse de gente que salía de cenar para juntarse y hacer botellón en la Atalaya o en otros sitios.

Iba absorta en mis pensamientos: el chico de la película, lo que tramaban Keesha y Unai, Anthony acompañándome a casa. Todo me parecía rarísimo. No me di cuenta de que Anthony me había cogido de la mano derecha y nos habíamos parado, estábamos en el portal de casa. En el cielo no se veía ni una estrella, parecía que la noche trataba de avisarme con un mal presagio.

—Li... —me dijo. Era la primera vez que me llamaba así.

—¿Sí? —pregunté nerviosa.

—Hace tiempo que quiero decirte algo... —Me di cuenta de que buscaba las palabras adecuadas—. Y hasta ahora nunca me había atrevido.

Me comenzaba a impacientar, podía intuir lo que me iba a decir, y no sabía cómo reaccionar, necesitaba que soltara ya lo que fuera.

—Yo nunca he sido de palabras... —me dijo—. Soy de acciones.

Me puse roja, ¿a qué se refería? Su mano me agarró más fuerte y me sujetó la otra. La luz de la farola iluminaba la espalda de Anthony dándole un aura diferente y decidida. Me acercó a él. Mi corazón no quería quedarse en mi pecho. Su respiración era entrecortada, al igual que la mía. Sus ojos me envolvían. Me soltó las manos para agarrarme de la cintura. Me quedé petrificada, ¿qué iba a hacer? Sin casi darme cuenta, nuestras caras quedaron tan cerca. Un centímetro, medio, se acercaba... me abrazaba con fuerza, logró que me pusiera de puntillas, ya que él era más alto que yo. Estaba en shock, no era lo mismo que pareciéramos novios a que intentara que lo fuéramos. Nuestros labios estaban tan cerca, casi notaba el latir del corazón en sus labios cuando escuché un sonido familiar. Intenté reaccionar pero mi cuerpo estaba paralizado por el miedo.

Hasta que... ¡Uf menos mal! Empezó a sonar el mismo tarareo de la noche anterior con la canción “Claro de luna”, interrumpiendo el momento con Anthony. ¡Salvada por la campana! Nos separamos. Justo en ese momento pasaba el chico misterioso. Nos estaba mirando. Sus ojos negros como el carbón, desprendían rabia, odio... ¿Por qué? ¿Sería una impresión mía?

Me despedí de Anthony, aún con el corazón desbocado, y subí las escaleras a toda prisa, como si tuviera miedo de que me siguiera. Menos mal que era uno de esos días en que la puerta del portal estaba abierta. Agradecí la interrupción de aquel chico en ese momento.

Una vez en casa intenté tranquilizarme, pero las preguntas me bombardeaban ¿Qué estaba sucediendo? ¿A qué venía esta reacción de mi amigo? ¿Y la mirada del chico que pasaba por la calle?

Estaba empezando a agobiarme en casa, me asomé a la habitación de mi madre, que dormía plácida y sigilosamente volví a salir de casa. Necesitaba un momento de tranquilidad para poder aclarar mis sentimientos. Recordaba que en alguna ocasión Unai nos había contado que a las afueras de la ciudad hay un sitio muy tranquilo, cerca del antiguo fuerte. Nunca había estado y pensé que no era mala idea alejarme del bullicio de la noche de un sábado.

Tarde una media hora en llegar. Una vez allí mis ojos quedaron maravillados ante el

paisaje que se abría ante ellos. Me acerqué a la barandilla de madera que daba a un enorme precipicio y me apoyé con los ojos cerrados mientras escuchaba el sonido de las olas romper. A la izquierda del fuerte comenzaba un espeso bosque de castaños. Entre el mar, la naturaleza y el silencio, hacían de aquel lugar el sitio idóneo para conseguir la paz que tanto ansiaba. Yo me había criado en una ciudad de interior que se llamaba Ourense, estaba rodeada de montañas por todos lados y si quería ir a la playa tenía que desplazarme en coche a unos cuarenta y cinco minutos para estar un par de horas, tal vez por eso disfrutaba más de estas vistas que los que vivían allí.

Me encontraba con una paz interior difícil de describir, pero pronto se vio perturbada por la sensación de que alguien me vigilaba. Miré hacia todos los lados en busca de algo pero no pude ver nada. Así que volví a inspirar profundamente tratando de apartar esa sensación.

—Hola —sonó una fuerte voz detrás de mí haciéndome dar un respingo.

Me giré muy despacio, el corazón me latía fuerte y me había asustado, pero no iba a demostrarlo. No era una niña tonta e indefensa. Al mirar me quedé petrificada, allí estaba él. El chico del “Claro de luna”. Busqué sus ojos negros como la noche y suspiré por dentro. No sé por qué pero me calmé enseguida. Aunque era un desconocido, no me transmitía maldad. Siempre me fiaba de mis sensaciones con la gente y no solían fallar.

—Hola —dije después de un rato.

Llegó el silencio, solo roto por el batir de las olas contra las rocas del acantilado sobre el que estábamos.

—Eres nueva por esta zona, ¿verdad? —sonó más a afirmación que a pregunta.

—Sí, es la primera vez que vengo en tres años a este lugar. Había oído hablar de este acantilado pero hasta ahora nunca decidí visitarlo.

—Es un sitio mágico, se respira tranquilidad y a estas horas no suele haber mucha gente.

—Ya veo. —¡Qué tonta! Qué respuesta más estúpida, ¿no podía por una vez decir algo normal?

—Me llamo Carlos.

—Yo Lilith, encantada —dije, roja como un tomate, y agradecí la oscuridad porque así no se iba notar.

—Encantado —dijo, dándome un beso en la mano. Sus labios estaban fríos, pero con la temperatura, que hacía no me sorprendió mucho.

Nos quedamos los dos en silencio, apoyados en la barandilla, escuchando el ruido del mar. Notaba que la brisa cada vez era más gélida. De repente Carlos se puso a tararear su canción.

—¿Eres de aquí, Carlos? —pregunté intentando entablar una conversación.

—No. Nací en Londres, pero mi madre era española.

—¿De Londres? —pregunté sorprendida, ya que apenas se notaba su acento—. A mí

me encanta esa ciudad... Algún día la visitaré.

No me dijo nada más y prosiguió con su tarareo, de vez en cuando paraba y luego volvía a tararear, así una y otra vez. Comenzaba a refrescar más y también me sentía algo incómoda, por lo que decidí marcharme.

—Me tengo que ir ya —dije, interrumpiendo su tarareo.

—¿Quieres que te acompañe? No es bueno que una señorita vaya sola a estas horas por la calle.

—No, no te preocupes. Te lo agradezco, pero no es necesario.

—Como quieras —contestó mientras volvía a mirar al mar y yo me alejaba.

De camino a casa comprobé que las discotecas ya estaban abiertas y las calles llenas de gente. Cuando llegué al portal decidí subir en ascensor, me encontraba agotada. Lo cierto es que había sido un día intenso y con demasiadas sensaciones.

Me tumbé en la cama y me acomodé entre mis cojines haciendo el menor ruido posible, no quería que mi madre se enterara de mi escapada nocturna. Dejé mi mente en blanco, quería olvidar todo lo sucedido esa noche, pero no conseguía dormir. Encendí la luz de la mesilla, cogí un libro y me puse a leer. Cuando quise darme cuenta, Morfeo había esparcido su polvo especial para dormir.

No veía nada, simplemente una luz blanca y cegadora. Avanzaba a tientas sin saber qué encontraría en mi camino. A lo lejos, no sin esfuerzo, conseguí divisar una silueta que lentamente se acercaba a mí. Una vez cerca de mí, comenzó a hablarme.

—Has tardado mucho en llegar —me dijo.

—¿Yo? —pregunté sorprendida.

—Sí, tú. Hace mucho que te espero.

—Lo siento, no lo sabía —respondí aún sin entender nada.

—Vas a necesitar toda la ayuda posible, Lilith. Se acercan tiempos muy difíciles para ti.

—No entiendo. ¿Por qué lo dices? —Una nota de pánico se notó en mi voz.

—Ya lo veras, tranquila. Pase lo que pase, cuando te entre el temor, acuérdate de la luz, nosotros te guiaremos. Eres fuerte y valiente y no debes dejarte influenciar por nadie. Siempre ten claro lo que quieres de la vida.

Quise saber más, pero la silueta se alejaba de mí.

Capítulo 3



Poco a poco fui notando una luz cegadora, esta vez la de mi habitación. Me levanté y me vestí a toda prisa con lo primero que pillé del armario. Miré el reloj, la una del mediodía. ¡No me habían despertado! ¡Eso sí que era raro!

El día que empezaba se me antojaba extraño. No se oía ningún ruido en casa, ¿habría ido a comprar mi madre? Me dirigí al salón, allí estaba mi madre con el gato viendo un programa de crímenes.

—Buenos días.

—Miau.

Me acerqué al gato y lo acaricié. Me quedé como tonta mirando sus ojos amarillos mientras pasaba mi mano por su pelo negro y suave.

—Me quedé dormida, lo siento.

—No pasa nada. Es domingo —dijo ella a modo de respuesta.

Mi madre me señaló el sofá y me senté a su lado. En seguida se posó el gato en mis piernas para que le acariciase más y yo obedecí ese deseo silencioso. Estábamos muy calladas, poco habitual en nosotras que somos de hablar todo el día.

Sonó el teléfono y lo cogí, ya que yo estaba más cerca.

—¿Diga?

—¿Leonor?

—Sí, ¿de parte de quién?

—Julián.

—Un momento.

Dejé el auricular al lado del teléfono.

—Es para ti.

—¿Quién?

—Julián.

—Vale —dijo, levantándose con aire decidido y enérgico a responder a la llamada.

—¿Sí? Te he dicho que no. No, ¿qué parte del “NO” no entiendes? ¡DÉJAME EN PAZ!

Mi madre colgó el teléfono, el gato y yo la miramos incrédulos, ¡mi madre chillando! Mi madre era la mujer más tranquila y sosegada que había en el planeta, era muy buena y tenía una paciencia con la gente que a mí me asombraba, aunque yo solía sacarla de sus casillas al no tener todo como ella quería, ya que era una obsesa de la limpieza. Siempre tenía buenas palabras para la gente y una gran sonrisa, tal vez por eso cuando chillaba imponía más. Sabía que Julián quería otra oportunidad, pero ella había decidido que no, que le había dado muchas oportunidades y como ella me dijo: “Soy joven para amargarme por un hombre. De donde vino ese hay más”.

—No pasa nada, hija —dijo al darse cuenta de mi mirada inquisitiva.

—¿Seguro?

—Sí. Anda, vamos a preparar la comida —sentenció dando por zanjado el tema.

No tenía hambre, pero había mucha tensión en el ambiente. Lo mejor era callar y obedecer, por si acaso.

Aprovechamos mientras se hacía en la olla exprés el cocido para recoger las habitaciones y los baños. Con el frío invierno apetecen comidas calientes.

Cuando terminamos de comer, nos tumbamos en el sofá a ver una película. Mi madre enseguida se quedó dormida y el gato a su lado, aunque yo no duré mucho porque sonó mi teléfono. Era Keesha.

—Dime guapa.

—Lilith, ¿vamos a dar una vuelta?

—Eso no suena a pregunta, ¿eh?

—Es que no lo es. ¿A las cinco en mi casa?

—Vale.

No me apetecía nada salir ¿Qué le pasará ahora? La conozco perfectamente y por su tono de voz sabía que algo le sucedía.

A las cinco en punto como un clavo estaba en su casa y, cómo no, me tocó esperar. Cuando estuvo lista, nos fuimos al parque de siempre. Compramos unas pipas y nos sentamos en un banco. Tenía una extraña sensación, notaba algo atípico en mi amiga. Llevábamos una hora, más o menos, cuando aparcó cerca de nosotras una vespa azul de la que bajó un chico bajito, musculoso, con un buen culo, con ropa ancha y los pantalones enseñando el calzoncillo como todos los del instituto y entonces se quitó el casco.

El chico me sonaba pero al ver su cara: ojos verdes, pelo moreno y corto, look despeinado, unas lindas pecas asomando por sus mejillas, era...

—Hola Lex —dijo mi amiga.

—¡Hola chicas! —saludó.

—¿Qué haces por aquí?

—Nada, vine a hacer un recado. Cuando vuelva os veo.

—Pues no te entretenemos —se despidió mi amiga.

—Hasta después —se despidió guiñando un ojo.

—Chao —logré decir.

No sé por qué, pero tenía la sensación de que no había sido un encuentro casual, pero a mí no me había gustado nada. Desde lo sucedido en el instituto trataba de evitarle a toda costa, a no ser lo estrictamente necesario en clases. Acababa de sentirme como una estúpida. Iba a volver, pero si algo tenía claro es que yo no me quedaría para verlo.

—Keesha, yo me voy a casa. Es tarde y...

—No —dijo tajante.

—¿Cómo qué no? —respondí desafiándola—. ¡Mírame!

Pero fue incapaz de levantar su mirada del suelo, me levanté y me marché. ¿Quién era ella para decirme lo que debía o no hacer? Era mi mejor amiga y sabía de sobra que me incomodaba estar cerca de Lexter, aunque me siguiera gustando, no podía olvidar cómo me había ridiculizado delante de toda la clase.

“Qué raro”, pensé cuando llevaba un rato andando. No me había seguido como en otras ocasiones, simplemente se había quedado sentada como una estatua. Algo olía mal. Me quedé escondida detrás de la oficina de turismo, desde allí se veía nuestro banco. La curiosidad me podía, ¿por qué había reaccionado así mi amiga? ¿Por qué no había venido detrás de mí, como siempre? Llegó Lex de nuevo y al percatarse de que yo no estaba cerca besó a mi amiga y ella se dejó. Me dio una punzada en el corazón. Keesha estaba liada con Lex, ella sabía que a mí me gustaba y lo que era peor, ella tenía novio. Entonces, ¿por qué me decía que lo intentase con él? ¿Por qué insistía tanto si estaban juntos?

A mis ojos llegaron unas lágrimas que pronto corrieron a sus anchas y en silencio por mis mejillas, en ese momento más pálidas de lo normal. No quería que me vieran salir así que rodeé la oficina y me fui por un camino poco transitado que daba cerca del cementerio.

Me sentía idiota. Mis ojos parecían una fuente, no dejaba de llorar. Mis pies caminaban solos mientras no dejaba de llorar. ¿Cómo había podido traicionarme de esa manera? Ella siempre me insistía en que yo le gustaba y que me lanzara. Todo era mentira, ni ella era mi amiga ni yo le gustaba a Lexter. Iba a cruzar la calle, no veía bien por dónde caminaba. Sabía que estaba delante del paso de peatones pero veía borroso y no vislumbraba si venían coches y tampoco era algo que me preocupara. Un frenazo brusco me paralizó y no reaccioné a la bocina del coche que me estaba pitando.

—Mira por dónde vas —le grité al coche, como si él tuviera la culpa.

—Lilith, ven, entra en el coche.

Me sequé las lágrimas con el dorso de la mano y vi con algo más de claridad. Era Unai, sus ojos marrones me miraron inquisitivos. Subí al coche y siguió conduciendo. Siempre me fiaba de él, era un buen chico.

Le miré y me pareció diferente. Su pelo corto moreno, sus ojos marrones fijos en la

carretera, sus musculosos brazos agarrando el volante, sus piernas firmes y fuertes de tanto gimnasio y sus labios, sus labios carnosos y rojizos. Normal que Keesha se hubiera enamorado de él. Una punzada me dio en el corazón al recordar la imagen de mi amiga besando a Lexter. Unai era un buen chico, y responsable, se notaba que era mayor que nosotras.

Ya habíamos aparcado, cerca de su casa, cuando se volvió para mirarme.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—¿Entonces por qué estabas llorando? No miraste para cruzar, ¿y si te llego a atropellar?

Lo vi realmente preocupado y pensé qué contestarle para no decir toda la verdad, no quería que él sufriera, no se lo merecía.

—Pues... que a Lexter no le gusto.

—Vaya. Pues hacéis buena pareja. No sé, qué raro. A mí me dijo que algo le gustabas... —Se quedó callado—. ¿Le dijiste que te gustaba?

—No, bueno, lo intenté una vez. —Me callé, buscaba las palabras adecuadas—. Lo vi con una chica, besándose.

—Vaya.

—Bueno, mejor así. Estaba intentando olvidarle, pero ahora sí que tengo que hacerlo —le respondí tragando saliva.

—Sí, pero de verdad esperaba que acabarais juntos. Él siempre me decía que le caías bien y que eras buena chica. No sabía que andaba con otra, lo siento.

—¿Puedo quedarme a dormir? Te prometo que no te voy molestar. —Miré al suelo del coche—. Si tienes gente en casa y no puedo, no pasa nada.

Unai estaba callado, se debía de estar pensando lo que acababa de pedirle. Ni yo entendía que porqué le había pedido algo semejante pero tal vez un cambio de aires me ayudaba a ordenar mis ideas sobre Keesha y Lex.

—¿Qué le vas a decir a tu madre? Sabes que no te va a dejar quedarte en mi casa así por las buenas.

—Le digo que voy a casa de Xeila, ella me cubrirá —respondí esperanzada de que se pensara la opción.

—Bueno, vale. ¿Me vas contar algo más de por qué estás así? Tú eres una chica fuerte y me resulta raro verte de esta manera.

—Simplemente me siento destrozada. Sé que Lex no era lo mejor para mí, pero todavía sentía algo por él. Es difícil olvidar —comenté sin querer dar más explicaciones.

Subimos en silencio a su casa. Una vez arriba llamé a mi madre para decirle que esa noche dormiría en casa de una amiga. Si le decía que era en casa de Unai no me dejaría. No me puso ninguna pega porque al día siguiente no había clase, ya que era festivo.

¡Benditos puentes! Muchas veces habíamos hecho alguna fiesta y habíamos acabado Xeila, Lucía y yo durmiendo juntas en la cama de una de las habitaciones mientras los chicos dormían en la otra. Otras veces necesitábamos un sitio donde pensar y relajarnos. La casa de Unai parecía nuestro cuartel general.

Unai me preparó el cuarto de invitados, era pequeño pero acogedor, constaba simplemente de una cama y una mesilla sobre la que se encontraba el típico reloj que alumbraba de noche. Mi amigo prácticamente vivía solo ya que sus padres casi nunca estaban en casa y con las becas de sus estudios a distancia vivía bien, la verdad. Después de preparar la habitación nos fuimos al salón. Era grande, con unos enormes sofás alrededor de la televisión, la cual se encontraba en un mueble bajo de color blanco lacado con unas estanterías a ambos lados llenas de libros. El salón daba a un pequeño balcón desde el que se veía todo el puerto. Ya comenzaba a oscurecer y había unas vistas realmente hermosas, nunca me había dado cuenta del juego de colores que se aparecían en el cielo, cuando el sol comenzaba a marcharse. Mientras observaba el paisaje, pensé en dar un paseo, así que entré de nuevo en el salón para decírselo a Unai, el cual me cedió amablemente un juego de llaves para cuando regresara.

Salí a la calle y noté algo de frío, me agarré los hombros como si por cogerlos fuera a notar menos el frío, ¡tonta de mí!

Me puse a correr hacia el puerto tratando de entrar en calor. Cerca de la curva que me encaminaba hacia allí había una casa amarilla, de la que por cierto nunca había visto entrar y salir a nadie, aunque cotillear no era lo mío. Pasé por una pequeña urbanización que se encontraba yendo hacia el cargadero. Estaba cerca del puente de palo. Era un puente pequeño, a gran altura y de una madera de color oscuro. Siempre me había preguntado por qué lo llamarían puente si no conectaba con nada, ¡parecía que estaba a medio construir!

Me senté encogida en mí misma, esa escena una y otra vez venía a mi cabeza. Lloraba porque me sentía estúpida por querer a alguien que me había tratado así, por la esperanza que tenía de que eso cambiara y estuviéramos juntos algún día. Necesitaba olvidar mis sentimientos por Lex. Lloraba por la traición de mi amiga, por esas veces que ella me incitaba a acercarme a él para que todo acabara así. Lloré hasta que me quedé sin lágrimas y sentí que alguien me miraba. Otra vez esa sensación.

Me sentía vigilada, miré a todos lados y como siempre no logré ver nada. Ni una sombra, ni un movimiento de las hojas de los arbustos, nada. A lo mejor estaba teniendo alucinaciones, ¿quién iba a estar vigilándome? Empezaba a soplar una suave brisa que hacía ondear mi pelo. La verdad, me encantaba esa sensación del aire en mi cabello, me hacía sentir como si volase y fuera un ave más en el cielo. Observaba las luces de la ciudad que tenía enfrente, cuando... mi vello se erizó, notaba una mirada clavada en mi nuca. Me giré asustada, pero no había nadie. ¿Me estaba volviendo loca? Me dije a mí misma: "Olvida estas sensaciones y piensa en el paisaje, las olas, la brisa". Intenté centrarme en eso. Pero empecé a escuchar unos pesados pasos que se acercaban a mí muy despacio. De repente se dejaron de escuchar y un escalofrío recorrió mi cuerpo. ¿Qué hago? ¿Me giro, chilló, salgo corriendo? Me sentía perdida e intentaba por todos los medios no sentirme como una loca de manicomio, ¿debería pedir vez para que me viera un psiquiatra? Por toda respuesta mi mano derecha fue al bolsillo del pantalón buscando mi llavero, en el

cual tenía una pequeña navaja con forma de cabeza de toro de latón. Mi madre la había usado en su juventud alocada y ahora era mía para defenderme si fuera necesario. Una vez que mis dedos tocaron la navaja, me sentí más aliviada.

—Hola —dijo suavemente una voz que reconocí enseguida.

Me giré despacio. Estaba temblando. No sabía si de miedo o de frío. Se acercó y me agarró, como el día anterior. A solas, otra vez. Se acercó más, hasta que nuestros ojos quedaron a la par. Me estremecí

—Hola, Anthony.

—¿Tienes frío? —me dijo mientras con sus brazos me apegaba más a él.

—Un poco.

—El otro día...

—¿Si?

Puso sus dedos sobre mis fríos labios. Aún temblaba. Ayer, ¡cómo olvidarlo! Había intentado besarme. Me agarró y me levantó hacia él, mis labios quedaron a la par de los suyos y miré sus ojos. Ese fuego cada vez era más intenso, esa luz que nunca le había visto. De repente, sentí que alguien me miraba y no era Anthony. No estábamos solos. Esa sensación de estar vigilada seguía ahí, insistente, como si fuera un fantasma invisible a mis ojos pero no a mis sentidos. No había nadie en mi campo de visión. Me separé un poco de Anthony para buscar mejor, tenía que haber otra persona, eso o me estaba volviendo loca de una vez por todas. Tan enfrascada estaba en buscar al vigilante fantasma que no me di cuenta de que Anthony me había vuelto a agarrar. Miré a mi amigo con desaprobación en los ojos, ¡esto era serio! Los labios de Anthony presionaron suavemente los míos, sus brazos me apretaban fuertemente. Yo me dejé llevar, pero a mi mente acudieron unos ojos negros como un relámpago. En ese instante me di cuenta de lo que suponía ese beso y yo no estaba segura de sentir lo que él esperaba. Había hecho mal dejando que me besara, solo éramos amigos.

En ese instante el presentimiento de que éramos observados se hacía más fuerte en mi interior, podía percibir un enorme sentimiento de odio. Logré soltarme de sus brazos y como una loca miré a todos los lados, buscando entre los árboles, en la urbanización cercana, mi cabeza se movía rápido en busca de algo que explicara lo que sentía, pero no logré encontrar a nadie cerca de nosotros.

—Lo siento. No puedo —logré decirle.

—Pensé... qué tu sentías...

—No, Anthony. No sigas, como amigos sí —dije interrumpiéndole.

—¡Nunca me rendiré! Sé que entre nosotros puede haber algo.

No sabría explicar bien la expresión de su mirada, si era frustración o enfado, pero sus ojos desprendían chispas. Además para mí no era momento de declaraciones, mi inquietud crecía por segundos.

—¿Qué buscas con tanta insistencia? ¿Te encuentras bien? —me preguntó al notarme agitada.

—Anthony, lo siento, debo marcharme. —Me despedí antes de echar a correr para que no pudiera seguirme.

Corrí como nunca lo había hecho, por un lado trataba de alejarme de aquella incómoda situación con Anthony y por otro huir de la sensación de ser observada.

Llegué al portal de Unai y con los nervios y el agotamiento no encontraba las llaves, estaba tan nerviosa que mis manos no paraban de temblar. Al final opté por llamar al telefonillo. Entré en la casa algo abatida, ¿Qué estaba sucediendo en mi vida? De un día para otro algo que escapaba a mi control estaba sucediendo: traición, intranquilidad, dolor, sorpresa, demasiadas cosas que asimilar. Unai estaba en el salón viendo un programa de viajes, me senté en el sofá y me puse a verlo en silencio, aunque mi cabeza seguía dando vueltas a todo.

Vale que quisiera que mi vida no fuera tan monótona, que los chicos se interesaran por mí aunque no creía en el amor, pero de ahí a tener sensaciones raras, no. ¿Acaso ahora me acosaban fantasmas?

—¿Qué te pasa? ¿Aún piensas en lo de Lexter? ¡Venga suéltalo! —me dijo Unai mientras me miraba de reojo.

—Anthony...

—¿Qué pasa con él?

—Me ha besado —contesté agachando la cabeza y clavando mi mirada en el suelo.

—Y por tu cara deduzco que no te gustó. —Asentí a modo de respuesta—. Deberías haberte dado cuenta de sus sentimientos antes, siempre ha sido muy evidente —prosiguió.

—Sí, nuestra amistad es especial porque fue mi primer amigo aquí y alguna vez me lo he planteado por la insistencia de Xeila, pero nunca lo imaginé, y más cuando sabe lo que me gusta Lexter. ¡Vaya que me ha pillado de sorpresa!

Interrumpió nuestra conversación el sonido del móvil de Unai, por la sonrisa que se dibujó en su cara al mirar la pantalla intuí que era Keesha la que llamaba.

—Hola, cariño. No, dime lo que tengas que decir ahora. Me da igual que opines que no es la manera, pero quiero saberlo ahora. Muy bien. No, todo está muy claro. Adiós.

Colgó el móvil y se quedó mirándome en silencio. Su rostro impenetrable no me daba pistas, aunque por la conversación sí podía deducir algo. Quería saber qué pasaba por su cabeza, así que pregunté directamente.

—¿Unai? ¿Estás bien?

—Keesha... acaba de... dejarme.

Una lágrima corrió por mi mejilla, me daba pena la situación y tampoco sabía si ella había sido sincera con él.

—No llores, Lilith, la cosa no funcionaba desde hace un tiempo y sabía que tarde o temprano llegaría este momento. Ahora necesito descansar, mañana hablamos. —Me besó en la mejilla al levantarse, ruborizándome.

Yo no tardé mucho en apagar la televisión e irme al cuarto de invitados. Al principio

me costó adaptarme, echaba de menos mi cama y mi habitación, pero no tardé mucho en dormirme mientras reflexionaba sobre todo lo sucedido. No sé cuánto tiempo había pasado cuando me sobresalté al abrirse la puerta de la habitación. Pegué un bote en la cama, quedándome sentada. Me frotaba los ojos tratando de espabilarme, cuando vi su figura en la puerta, encendí la luz y vi cómo Unai lloraba desconsoladamente. Me acerqué a él y agarrándole de la mano lo senté junto a mí en la cama. Era extraño verle de esta manera, tan vulnerable y roto por dentro. No podía decirle lo que había visto, sino acabaría peor y no se lo merecía.

—No pasa nada —le decía mientras le frotaba la espalda, recordando el beso de mi amiga con Lex, intentando convencerme de lo que estábamos sintiendo era lo mismo, sufriendo por la traición de alguien que creíamos conocer bien—. Yo estoy aquí, contigo.

—Gracias Lilith, no quería que me vieras así —me dijo algo más tranquilo. Había expulsado parte de su dolor con el llanto.

Me agarró de la cara y me dio un beso en la mejilla. Mi corazón se puso a cien, ¿qué me pasaba? Ahora no, él no. No podía ser que por el vacío que me había dejado Lex, ahora empezara a sentir algo por Unai, solo por estar a mi lado en estos momentos de dolor.

—Me voy a dormir, siento haberte despertado y gracias de nuevo.

—No estaba dormida aún —mentí.

Se levantó de mi cama y cuando ya estaba junto a la puerta se quedó inmóvil.

—Unai.

Volvió a mi lado. Se posicionó enfrente de mí. Mi corazón volvía a acelerarse y mi respiración se entrecortaba. Notaba su nerviosismo y el mío, algo estaba surgiendo entre los dos. Agarró mi cara con sus manos calientes, notaba su respiración acompasarse con la mía, rozó mis labios con sus dedo pulgar, y me besó en la frente antes de volver a levantarse y dirigirse a la puerta.

—Gracias por estar ahí —volvió a repetir antes de marcharse.

Mi corazón tardó un rato en ponerse otra vez a un ritmo normal. ¡Qué susto!

Me acosté de nuevo e intenté que el sueño llegara. Ya era hora de intentar descansar porque no sé qué le había pasado al mundo, que hoy se había vuelto del revés.

Unos minutos después, a mi parecer, unos tímidos rayos de sol me despertaron. Me molestaba la luz y entrecerré los ojos pensando por un segundo en dónde estaba y todo lo que había pasado. Me sujeté la cabeza, que me empezaba a doler y busqué el baño para adecentarme un poco. Al salir de la habitación, un delicioso olor me guió a la cocina. Unai estaba haciendo el desayuno. Olía a café y cruasán, ¡qué rico! Desayunamos juntos, riéndonos de cosas que habían pasado estos días como si todo mi día de ayer hubiese sido un sueño. Pero en mi mente persistía y tenía que hablarlo con alguien, por lo cual, le envié un *sms* a Laura.

“Lau, la verdad, ayer me pasaron cosas muy raras. No sé qué pasa con el mundo pero Anthony se me declaró y vi a Lexter besando a otra chica. Ya cuando esté en casa te

cuento con más calma”.

Laura era amiga mía desde la infancia. Mis padres se habían separado un poco antes de venimos mi madre y yo a vivir a Ribadeo, para mí lo más difícil del cambio fue dejar atrás mis amistades, pero también entendía perfectamente que mi madre quisiera dejar atrás su pasado, ya que las discusiones con mi padre últimamente eran constantes por culpa de las infidelidades de este. Yo, después de vivir lo de mis padres, dejé de creer en el amor. Tiene fecha de inicio pero, para mí, también de caducidad.

Miré la hora y era tardísimo, seguro que mi madre estaría enfadada, ni siquiera la había llamado en todo el día. Recogí rápidamente las cosas para irme, no tenía ganas de que me echara la bronca y acabar castigada. Unai me llevo en coche para tardar menos.

—Gracias por traerme —le dije antes de bajar del coche.

—Lilith...

—Dime.

—¿Quieres que te recoja por la tarde?

—Vale, perfecto.

—¿A las cinco?

—De acuerdo, en mi portal a las cinco. Ni un minuto más.

—Lo sé, odias la impuntualidad.

—Sí —dije sin poder evitar sonreírle.

Nada más entrar por la puerta de casa se acercó mi madre. Había puesto cara de enfado aunque sabía que solo estaba preocupada:

—¡Hombre! Te has dignado a aparecer, pensé que tendría que ir a buscarte.

—Lo siento mamá, no pretendía llegar tan tarde.

—Ni siquiera me has llamado. ¡Anda ponte a recoger!

Y así hice, lo que menos quería es que me castigara, por lo menos solo se había limitado a regañarme. Una vez terminé de recoger y mi madre dio el visto bueno, pasé un rato con ella viendo la televisión hasta que llegó la hora en la que había quedado con Unai. Cuando bajé ya estaba esperándome. ¡Vaya sorpresa! Eso sí que era puntualidad. Después de un rato debatiendo sobre dónde ir, me sorprendió diciéndome que íbamos a visitar unas ruinas que se encontraban a las afueras de la ciudad. ¡Cómo me conocía! Bueno, por algo es mi amigo. Bajé del coche con los ojos como platos y una sonrisa de oreja a oreja se dibujó en mi rostro. Me gustaba ver ruinas porque era divertido inventarme la vida de la gente que hubiera vivido en esos lugares. Era una afición que tenía desde muy pequeña.

Al estar al lado de ese caserón, no pude evitar un suspiro de asombro. En pie solo quedaba la fachada delantera y una pared, dejando casi todo el interior al descubierto, que dejaba entrever cómo había sido en sus tiempos. Por dentro quedaba alguna que otra viga, trozos de paredes sin derruir y muebles bastantes antiguos, alguno valía para reformar ya que no estaba muy dañado. Lo único que no faltaba eran los pequeños arbustos que se habían apropiado del lugar y la típica basura de gente que va por apuestas tipo “a que no

aguantas en ese lugar toda la noche” o incluso de botellón.

De pronto noté esa inquietud, una mirada fija que te ponía los pelos de punta y te atravesaba, llena de odio. Como siempre que sentía esa mirada, mis ojos se dirigieron en todas las direcciones posibles sin llegar a ver nada ni a nadie excepto a Unai y a mí.

Me sentí incomoda y propuse irnos a dar una vuelta por los alrededores, a lo que él accedió encantado. Rodeando la casa había unas tierras en las que aún se veían los troncos de las vides, seguro que antiguamente habían cultivado uvas para hacer vino. Como estaba sola la casa y no había ninguna más cerca, supuse que debían de ser importantes los que habían construido el caserón. Cerca de las vides, había un pequeño pozo y una antigua capilla de piedra que parecía que no había pasado el tiempo para ella. Me acerqué a la puerta, intenté abrirla pero estaba atrancada. Tras varios intentos inútiles me dejé caer al suelo apoyada a la puerta. Unai se acercó a mí y se sentó a mi lado.

Me contó la historia de aquel lugar. Decían que estaba encantado porque la mayoría de la gente que había vivido en ese lugar había desaparecido al poco tiempo.

En la casa había muerto una familia entera al quedar atrapada en el primer incendio de la misma, se creía que el incendio había sido provocado por un loco del pueblo ya que en las paredes habían encontrado unos símbolos extraños que solo él parecía entender. Habían reconstruido la casa para usarla como hospital para las monjas, por eso había una capilla en los terrenos cercanos. Un día, después de la misa del mediodía, se escucharon gritos provenientes de la casa y cuando los feligreses se acercaron, no vieron a nadie en el caserón. Habían desaparecido todos, menos una chica que estaba en el sótano, decapitada. Había muchas historias sobre esa casa y ninguna tenía un final feliz.

No nos alejamos mucho de aquel caserón que me invitaba a adentrarme en él. Miré con atención, observando a lo lejos cómo habían crecido las enredaderas por lo que quedaba de fachada.

—Unai, ¿entramos?

—¡¿Estás loca?! —No era una pregunta sino una afirmación.

—Un poco, tal vez.

—Pero...

Le dejé con la palabra en la boca levantándome decidida a entrar en aquel caserón. Unai me llamaba pero no le hice caso. Ese sitio reclamaba mi atención. Estaba esperándome...

Entré en el caserón por uno de los lados que estaban más destrozados y parecía que estaba en lo que debió de ser un salón. Un mueble enorme, basura y esa sensación... me estaban observando. Unai estaba fuera esperándome, él nunca entraría en un lugar así. Por muy mayor que fuera y tuviera esos músculos, en cosas así era un poco miedoso.

No tardó mucho en envolverme la noche, llevaba allí más de lo esperado. Unai me llamaba a gritos para que saliera y así marcharnos, pero yo quería terminar de inspeccionar esa casa. Una sala de música debía ser la habitación donde estaba ahora; esta habitación se conservaba muy bien, las paredes estaban empapeladas de una forma muy lujosa, y en el suelo se veía la araña rota en mil pedazos.

Me fui moviendo por las ruinas, había unas escaleras en una esquina y un trozo de planchada quedaba sobre unas columnas. Estaba pensando en subir pero ¿y si me caía? Solo había una pared y el suelo. Una punzada de miedo me atacó, pero pronto dejó paso a la adrenalina de descubrir algo nuevo.

Me atreví a subir por las escaleras, el corazón me latía rápido y con fuerza. Llegué a lo que quedaba de la habitación. La pared que quedaba de pie tenía restos de un papel pintado que ahora me parecía negro con líneas como hojas. Desde allí arriba se veía a lo lejos el mar. Me quedé un rato mirando y volví a bajar, por si acaso. Caminé despacio para no tropezar con la basura del suelo. Me acerqué a la otra punta de la casa en la que vi un agujero enorme en el suelo con un tronco metido que, de vez en cuando, se movía haciendo un ruido muy fuerte.

En las sombras pude ver una silueta. Se acercaba. Mi respiración se aceleró. Busqué un lugar donde esconderme, pero todo estaba al descubierto. Me arrimé contra lo que quedaba de la pared observando esa sombra, muerta de miedo. Me fijé en que era alta, no sabría decir si era chico o chica, si era delgado o musculoso. Se acercaba a mí provocándome miles de sensaciones: la primera y por la que me había paralizado, el miedo. Una corriente eléctrica me recorrió entera poniéndome el vello de punta. Me costaba respirar y no tenía dónde esconderme. Mi cuerpo tampoco reaccionaba a mi orden silenciosa de moverme y correr. La vista se me empezó a nublar, veía miles de puntos brillantes. Los oídos empezaron a zumbarme haciendo que perdiera el equilibrio. Aquella sombra, o lo que fuera, seguía acercándose a mí. Empecé a verlo todo negro, mi cabeza estaba a punto de estallar y me derrumbé. Lo último que noté fue el duro suelo debajo de mí.

Cuando abrí los ojos, Unai me llevaba en brazos. Estaba fuera de caserío, de camino al coche. Unai, al verme abrir los ojos, suspiró. Me sentó con cuidado en el coche y metió la llave en el coche para arrancar haciendo un ruido ensordecedor.

—¿Estás bien? —dijo sin distraer la atención de la carretera.

—Sí, gracias —mentí. ¿Qué hago en el coche? Estaba en la mansión...

—Al ver que tardabas en salir, fui a buscarte. Ya sabes el miedo que me dan estas cosas, pero no podía dejarte allí sola más tiempo. Cuando te encontré estabas desmayada en el suelo, cerca de una pared. Te cogí, estabas fría y corrí hasta el coche —dijo como escuchando mis pensamientos.

El silencio reinó durante el trayecto hasta mi casa. Paró el coche en doble fila, nos despedimos y salí del coche para subir a mi casa. Era todo muy raro, estaba segura de que allí había alguien. Esa sombra que me había hecho morir de miedo tenía que ser alguien, no sabía muy bien qué era aquella figura pero no tenía intención de descubrirlo.

Entré en casa y saludé a mi madre, que estaba leyendo un libro. Como le dije que no tenía hambre y que acababa de tomar algo con las chicas, me fui a mi habitación directamente para hablar con Laura y que ella aportara cordura a mi día.

Al conectarme al *Messenger* la vi en línea.

—Hola, Laurita. ¿Cómo estás?

—Hola, Lil. Bien ¿y tú?

—Podía estar mejor, la verdad.

—¿Vas a contarme qué te pasó? Quiero detalles.

Y empecé a desahogarme contándole todo lo sucedido con Keesha, Lexter, Unai y el misterioso Carlos, al que había conocido hace unos días. Después de contarle los dos días extraños que tuve, comenzamos a hablar de su cumpleaños. La verdad, me gustaría ir, pero no me llevaba con mi padre y no quería quedarme a dormir en su casa por no tener el dinero suficiente para pagarme un hotel. Nunca tuvimos mucha relación y ahora menos, además su novia actual y yo no nos llevábamos demasiado bien y menos aún desde que estaba embarazada. Siempre quiere ser el centro de atención y que se haga todo según sus deseos, olvidando que yo existo y con ello mi padre también lo olvida. Para ser invisible prefería quedarme en un hotel o no ir. Laura intentó que cambiara de opinión, diciéndome que podía quedarme en su casa ya que hacía un año que no nos veíamos y me echaba de menos. Le prometí que avisaría si iba, ¡ella sí sabía tocarme la fibra sensible!

Lo cierto que me hizo sentir bien hablar con mi amiga y compartir con alguien mis secretos sin que pensara que estaba loca.

Capítulo 4



Caí en los brazos de Morfeo enseguida, no sé qué me pasaba estos días, pero me encontraba realmente agotada.

Dormía en mi antigua habitación, tendría unos ocho años, la persiana de la ventana estaba levantada, como siempre. Solía dejarla así, ya que me gustaba ver las siluetas que dibujaban en mi techo los coches que pasaban. Me sentía observada, lo que hizo que me despertará sobresaltad. Al girarme hacia la ventana, vi a un chico de ojos negros, pelo castaño y piel pálida. Me miraba fijamente, no sentí miedo ya que me trasmitía mucha ternura su expresión.

Me desperté de sopetón. ¡Lo había olvidado! No era un sueño, sino un recuerdo de mi infancia, y ahora que lo pensaba no era la primera vez que lo veía de pequeña, era una visión que se repetía cada cierto tiempo. Aunque algo fue cambiando con el paso de los años. Su mirada. Iba pasando de la ternura al odio. ¿A qué se debería ese cambio? Nunca me lo había planteado. Recordé que le llamaba “Mi vigilante de la noche”.

Ya no conseguí dormirme, así que opté por ponerme a leer mientras llegaba el alba. Una vez comenzaron a entrar los primeros rayos de sol, fui a darme una ducha.

Llevaba un rato bajo el agua, tratando de que las gotas de agua arrastraran fuera de mí todos los pensamientos que me atormentaban: Unai, Anthony, Carlos... Este último no conseguía salir de mi cabeza, apenas le conocía pero algo en mi interior me arrastraba hacia él. De repente mi madre golpeó la puerta devolviéndome a la realidad.

—¡Qué! —grité.

—¡Vas a parecer una uva pasa con el tiempo que llevas en la ducha!—recalcó mi madre exasperada.

—Ya salgo, ya salgo —le chillé. Si es que una no se puede duchar en paz. Solo llevaba media hora.

—¡Date prisa que yo también me tengo que arreglar!

Después de desayunar y recoger me puse a buscar unos pendientes de plata que tenía guardados en algún lugar, pero no recordaba exactamente dónde. Rebuscando en lo alto del armario encontré una vieja caja que había guardado cuando hicimos la mudanza y ni siquiera recordaba que estaba allí. Al abrirla lo primero que vi fue aquel precioso colgante, era un dragón con un ojo negro y alas, lo había dado por perdido, pero aquí estaba. ¡Qué

recuerdos! ¿Qué habrá sido de Daris?

Le conocí en un viaje que hice a República Dominicana con mis amigas de siempre cuando cumplieron la mayoría de edad. A pesar de que mi amiga Luisa tenía familia allí cogimos un hotel, ya que queríamos vivir una experiencia inolvidable. ¡Y vaya si lo fue!

Nuestro avión aterrizaba a las cinco de la tarde. Cogimos un mapa y nos dirigimos a la parada de taxis para ir al hotel, justo enfrente de la parada había un colegio religioso, mientras esperábamos a que llegara un taxi, Luisa nos contó que allí la mayoría de los colegios pertenecían a la iglesia. Les inculcaban a los niños que es muy importante estudiar, ya que la mayoría acabaría con el paso de los años emigrando a otros países por la pobreza que se vivía allí.

Una vez cogimos el taxi llegamos en diez minutos al hotel. Después de entregar nuestros documentos de identidad, nos entregaron las llaves de las habitaciones e hicimos reparto de ellas, a mí me tocó compartir habitación con Luisa. Colocamos la ropa, hicimos una pelea de almohadas y, a pesar de estar un poco agotadas por las horas de vuelo, decidimos dar un paseo y conocer los lugares turísticos de Santo Domingo. Luisa nos iba guiando y explicando, mientras Laura, Geraldine y yo prestábamos atención a todo lo que nos contaba, ¡estábamos entusiasmadas! Era la primera vez que salíamos de España. Paramos a ver un mercado típico de allí, y realizamos algunas compras, yo compré un par de manzanas, ya que mi estómago de vez en cuando se rebelaba rugiendo cuando menos lo esperaba. Luisa nos metió por una callejuela que daba a la zona más pobre, jamás he olvidado lo que vi allí. Solo de pensar cómo vivían en la más plena miseria esas personas mientras las grandes potencias mundiales se enriquecían mirando para otro lado, se me encogía el corazón de dolor.

Una niña pequeña se acercó a nosotras, tenía una mirada triste que me partió el corazón. Me agaché y la cogí en brazos.

—¿Cómo te llamas pequeña? —le pregunté.

—Aurora —me contestó tímidamente.

—Yo me llamo Lilith. ¡Toma, para ti! —Le acerqué una de las manzanas que acababa de comprar.

Sus ojos brillaron de emoción, no sé si por estar en brazos, o por mi generosidad al darle la manzana. Cuando la bajé, se marchó corriendo junto a sus hermanos y sus padres. Vi como repartían la manzana entre todos. Nunca me había sentido tan bien como al ver la felicidad que irradiaban sus ojos cuando le ofrecí la manzana. Mis amigas hicieron lo mismo y entre los pequeños que se acercaban a nosotras repartimos parte de lo que habíamos comprado. Luisa nos explicó que esto era algo común allí. Aunque en la televisión había visto en más de una ocasión esta situación de pobreza, uno no sabe cómo es hasta que no lo vive de primera mano.

El resto del día lo pasamos visitando los sitios más turísticos y comiendo en algún restaurante donde servían comida típica de allí. Por la tarde visitamos el jardín botánico, vimos todo tipo de árboles y flores. ¡Fue un día emocionante! Una vez en cama, ya en el hotel, no podía quitarme la expresión de la niña de la manzana.

Al día siguiente Luisa nos llevó a visitar a unos amigos suyos, y ahí fue cuando

conocí a Daris. No podía apartar mi mirada de él, era un chico alto, con unos ojos negros penetrantes y unos labios carnosos, aunque enseguida intenté sacar de mis pensamientos esa atracción que sentí al verle. Por desgracia yo no creía en el amor, y además no tenía ganas de que nadie me regalara los oídos.

Nos llevaron a un bar de bachata, estaba cerca del instituto al que iban. Nada más entrar daba sensación de agobio, el ambiente estaba cargado y había demasiada gente bailando y bebiendo cerveza. Al poco de estar dentro del local, comenzó a sonar una canción que me traía buenos recuerdos de mis primeras salidas con mis amigas, esa canción era “A veces quiero llorar” del grupo “Aventura”.

Enseguida Luisa y yo nos arrastramos a la pista de baile, mis pies se movían solos, mis movimientos venían del corazón. Cerré los ojos y me deje llevar por la música. No me había fijado, hasta que regresamos de nuevo a la barra, en que Daris no me quitaba el ojo de encima, me ponía nerviosa aunque intentaba disimularlo. Luisa me había explicado muy bien que los hombres de allí eran demasiado cariñosos, y cuando algo les atraía luchaban por ello. Siempre decía: “Te dirán cosas bonitas, te harán sentir única y especial, hasta que te consigan, luego te cambiarán por otra”. A pesar de todo, cuando quise darme cuenta estaba enfrascada en una conversación con él.

—Bailas muy bien para no ser latina —me decía al oído.

—Bueno, he tenido una buena profesora —contesté señalando a Luisa.

Comenzó a sonar bachata y sin buscarlo me vi entre sus brazos en el centro de la pista. Aunque me costaba dejarme llevarme por él para bailar, cerré los ojos apoyando mi cabeza en sus hombros y intentando no pensar.

Era como si el tiempo se hubiera detenido, no escuchaba la música, estaba completamente hipnotizada por sus labios, que lentamente se acercaban a mis mejillas, por sus fuertes brazos que me agarraban para que no me escapara. Sus ojos, fijos en los míos. No éramos dos cuerpos sino uno solo bailando. Ahí fue la primera vez que me fijé en el colgante del dragón, lo llevaba rodeando su cuello.

Pasamos una tarde muy agradable. Después de conocernos todos un poco más en el local salimos a pasear. Nos llevaron a unas calles donde convivían casas a punto de derrumbarse con enormes mansiones, de nuevo se diferenciaba la pobreza de la riqueza. También visitamos una casa museo, no nos dimos cuenta de lo rápido que pasó el tiempo, cuando quisimos darnos cuenta nos echaban del museo porque iba a cerrar sus puertas. ¡Era hora del volver al hotel! Los chicos nos acompañaron, no eran horas para que los turistas anduvieran por las calles, ya que el sol comenzaba a ocultarse. El cielo estaba precioso de un color anaranjado, las nubes rojas por el destello de los rayos del sol. Nos despedimos, pero cuando estaba a punto de entrar al hotel, una mano me agarró haciéndome retroceder.

—Lilith. ¿Podemos hablar? —me dijo Daris, mientras mis amigas subían a las habitaciones y Ángel se apartaba para dejarnos intimidad.

—Sí, cla... —No me dejó terminar la frase, me acercó hacia él y me besó con una gran pasión.

No acerté a decir nada cuando nuestros labios se despegaron y él simplemente me

dijo un: “Hasta mañana, princesa” mientras se alejaba. Cuando subí a la habitación estaban todas esperando para cotillear, pero les dije que les contaría todo en el restaurante del hotel ya que me moría de hambre y de ganas de disfrutar del bufet. Mientras comíamos comenzó el interrogatorio.

—Bueno Lil, ¿nos vas a contar ya que quería Daris? —inició la conversación Luisa.

—Pues... veréis... no me ha dicho nada.

—¿No? —dijeron las tres al unísono.

—Pues no, directamente me ha besado.

—¿Que dices? —preguntó Laura.

—¿Y qué has hecho? —intervino Luisa.

—Nada, simplemente me dejé llevar.

—¿Y qué tal la experiencia? —habló Giraldivine dejando de comer.

—La verdad es que me gustó, no estuvo mal, pero ahora vamos a comer y dejad el interrogatorio que me estáis poniendo nerviosa.

Al terminar de cenar nos despedimos y quedamos al día siguiente temprano. Una vez en la habitación me di una ducha y me tumbé en la cama. Estaba agotada, pero no podía quitarme de la cabeza el beso, la sensación de sentirme especial, su mirada, el baile. ¿Qué me estaba pasando? Lo que menos quería era enamorarme, sabía perfectamente que para él seguro que era una novedad, no un amor real. Después de mucho reflexionar llegué a la conclusión de que disfrutaría estos días de lo que pasara entre los dos, con los pies en la tierra y teniendo claro que no habría nada más.

Hacía un calor sofocante, no había quien lo soportara. Yo siempre he preferido el frío al calor. Amaba el invierno. Viendo el tiempo que hacía decidimos ir a la playa. Luisa nos llevó a una que estaba bastante escondida entre rocas, la arena era fina y tostadita, pero lo que más nos llamó la atención fue el agua tan cristalina. Nunca había visto un agua tan clara y pura, me daban ganas de sumergirme y no subir a la superficie, quedarme entre los peces y corales, vivir eternamente en esas aguas tan tranquilas y sentirme como una sirena.

Caminamos por la orilla, el agua nos acariciaba los pies. Estaba muy fría, cosa que nos sorprendió porque hacía muchísimo calor. Aun así la gente se bañaba, nosotras por nuestra parte optamos por sentarnos a tomar el sol y ¡cómo no, hablar de chicos! Mis amigas comentaban que no les importaría tener algo esporádico, pero mi concepto del amor era otro. No era una santa, por supuesto, me habían dado algún beso que otro, pero yo quería un amor para toda la vida, cosa que cada vez veía más difícil por las experiencias vividas por la gente de mi alrededor.

—¿Lilith, tú qué opinas?

—Perdón, no sé de qué habláis, me despisté —sin querer me había transportado a mi mundo interior, en concreto al beso de Daris.

—No, ni que lo jures —dijo Laura, rompiendo las tres a reír—. Hablábamos del chico del autobús, que nos pareció tan guapo...

—¡Hombre! No estaba mal el chico.

El resto del día lo pasamos tranquilamente, aprovechando todo lo que pudimos nuestro día en la playa, yo un poco ausente ya que me preocupaba que por un simple beso me estuviera enamorando. ¡No podía permitirlo! Regresamos al hotel andando cuando comenzó a anochecer. La verdad, el día había pasado demasiado rápido para mi gusto. De repente mis amigas se pararon en seco y yo que andaba algo despistada me choqué con Luisa, dándonos un buen cabezazo. Cuando iba a protestar, me quedé con la boca abierta, estaba él frente a ellas, no pude evitar quedarme paralizada sin saber cómo reaccionar.

—¿Dónde os habéis metido hoy chicas, os estuve buscando? —preguntó Daris.

Comenzamos a contarle nuestro día en la playa mientras caminábamos todos juntos los pocos metros que quedaban para llegar al hotel. Una vez allí mis amigas no tardaron mucho en subir a las habitaciones, dejándonos a solas.

Nos sentamos en un banco de piedra que estaba en la acera, cerca de la entrada al hotel. Yo permanecía en silencio, pues no sabía que decir, ni exactamente lo que él buscaba en mí.

—Pensé que hoy haríamos todos algo juntos —dijo rompiendo el silencio que nos rodeaba—. Pero no os debía apetecer mucho verme.

—¡Oh no! No pienses eso, simplemente no nos lo planteamos.

—Pues yo he pensado mucho en ti —soltó como si nada, haciendo que mis ojos se abrieran como platos—. Ayer no podía dormir, tu imagen me abordaba hasta en sueños, creo que me gustas demasiado —no sabía qué decirle, seguro que mi cara parecía un poema, pero el prosiguió—. Me gustaría pasar estos días contigo, hacerte sentir como una princesa.

—Vaya —por fin conseguí pronunciar una palabra—. No sé qué decirte, yo también he pensado en ti, pero no puedo dejar de plantearme qué sucederá cuando regrese a España.

—Mi amor, no te preocupes por eso ahora, disfrutemos lo que la vida nos está ofreciendo en este momento, el resto ya lo solucionaremos. —Se fue acercando a mí mientras hablaba hasta plantarme un dulce beso.

Después de nuestro acercamiento comencé a notar un nudo en la garganta. Mis ojos empezaban a humedecerse y mi corazón acelerado por las sensaciones que me producía Daris se empezaba a bloquear hasta que el miedo se apoderó de mí. Quería salir corriendo, no podía dejar de pensar que realmente me estaba enamorando y que, cuando tuviera que separarme de él, sufriría. Supongo que es lo que tiene el miedo como instinto natural, que por su causa en vez de afrontar las cosas, huimos. Completamente convencida de salir corriendo, me levanté, pero agarró mi muñeca impidiendo que pudiera irme.

—¿Qué te pasa, princesa? —preguntó sorprendido.

No pude contestarle, simplemente pegué un tirón de mi brazo y corrí hacia el hotel. Ni siquiera esperé el ascensor, subí corriendo por las escaleras. Una vez en la habitación respiré tranquila, Luisa dormía profundamente, estaba tan agotada por la caminata de hoy que ni se enteró de mi entrada en la habitación, así que intenté hacer el menor ruido

posible al tumbarme en mi cama. No podía alejarle de mi mente y en un intento de hacerlo me puse el MP3 por ver si la música distraía mis pensamientos.

Al despertarme me di cuenta que me había quedado dormida con el MP3. Como el día anterior, mis amigas bajaron a desayunar y yo me quedé arreglándome. Al bajar a buscar a mis amigas, me sorprendió verlas con Daris y Ángel junto con otro chico muy alto y bastante atractivo, que nos presentaron en seguida, su nombre era Jorge.

Fuimos a un bar cercano y estuvimos hablando tranquilamente. Pasamos el resto de la mañana juntos todos, paseando y riéndonos. Intercambiamos teléfonos, ya que esa tarde nos teníamos que marchar de nuevo a la realidad y volver a España, nuestras mini vacaciones terminaban. Después de comer decidimos descansar un poco en el hotel y los chicos quedaron en venir a recogernos para acompañarnos al aeropuerto.

Mientras esperábamos el momento de embarcar, en un despiste de mis amigas Daris me susurro al oído: “Te amaré siempre y te esperare lo que haga falta”, dejándome sin palabras, aunque tampoco hicieron falta, estoy convencida que pudo notar el brillo en mis ojos.

Cogimos nuestras maletas para acercarnos al pasillo que nos llevaría a la pista para coger el avión. Nos despedimos prometiéndonos que volveríamos a vernos y no perderíamos el contacto. Cuando estaba a punto de echar a andar, me agarró y me dio un pequeño paquete envuelto en papel de regalo. Lo desenvolví rápidamente. ¡Era su collar! Le mire sorprendida.

—Siempre te quedas mirándolo y sé que te gusta. Guárdalo y recuerda siempre que es un símbolo de nuestro amor. El dragón somos nosotros, el fuego la pasión y el ojo negro la tristeza por nuestra separación, princesa —dijo bajando la mirada—. Espero que podamos reunirnos algún día. Los dragones acaban volviendo a encontrarse —comentó mientras me ponía el collar y a la vez mi corazón se partía en mil pedazos, pues pensaba que no sucedería nunca ese reencuentro.

Capítulo 5



El sonido de mi móvil interrumpió mis recuerdos, miré en la pantalla quién llamaba y al ver que era Keesha no lo cogí. No tenía ganas de hablar con ella ahora. Me había alejado de ella y aún no había olvidado lo que había hecho. Decidí colocar todos mis peluches otra vez en el sofá de mi habitación hasta que ya fue inevitable que hablara con ella, no dejaba de llamar. Ya que me había llamado haría de tripas corazón, en una de esas llamadas insistentes respondí, resignada:

—Hola.

—Lil, necesito hablar con alguien.

—Dime —respondí tajante.

—Unai y yo lo hemos dejado.

—Lo siento mucho —le dije recordando la noche en el piso de Unai y lo que él había sufrido.

—No te preocupes. Si es que no funcionaba, además tengo nuevo novio —me dijo feliz.

—¿Hace dos días que lo habéis dejado y ya tienes novio? —me quedé atónita, ¿acaso ya eran novios formales?

—No hago mal a nadie, ¿no? —inquirió a la defensiva.

—Pues... —No encontraba respuesta a esa pregunta.

—¿Sabes quién es?

—Prefiero no saberlo, gracias —le dije.

—Como quieras. —Noté su enfado. No podía alegrarme de que ella fuera feliz con el chico que yo quería.

—Bueno, te tengo que dejar, mi madre me está llamando —mentí.

—Ok, nos vemos mañana.

—Claro. —Mañana había clase, claro que nos íbamos a ver.

Colgué y me tumbé en la cama mirando el techo. Ahora estaba con Lex y me lo quería restregar por las narices. ¿Qué clase de amiga era?

Necesitaba tranquilidad para poner mis pensamientos en orden, pero eso es un poco difícil viviendo en mi bloque. Los vecinos de arriba chillando y los de abajo también. Un bloque de locos. Por lo cual me levanté y cogí el MP3 para que la música me invadiera y así relajarme dentro de lo posible. Lentamente la paz llegó a mi habitación. Mi cabeza se distraía con la música y mis problemas poco a poco se alejaban de mí.

—¿Qué te pasa? ¡Estás rara! —preguntó mi madre entreabriendo la puerta.

—No sé —dije evitando decir en alto todo lo que me preocupaba.

—Puedes contarme lo que sea, soy tu madre pero también tu amiga. Juntas somos más fuertes, cariño.

—Lo sé, pero no tengo ni idea de lo que me pasa —le respondí tajante mirando el techo.

Mi madre, viendo que no iba a conseguir sacarme ni una sola palabra de lo que me pasaba por la cabeza, se fue. Yo quería mucho a mi madre y apreciaba sus consejos pero no era el momento, ¿cómo le iba a explicar todo lo que estaba pasando? Con estas ideas en mi cabeza no me di cuenta de que mi móvil sonaba insistentemente de nuevo. Miré la pantalla y me asomé al ver quién me llamaba. ¡Era Unai! Me puse nerviosa, ¿qué quería?

—¿Sí? —respondí con voz temblorosa.

—¿Lilith? Soy Unai, ¿estás libre esta tarde? Me apetece charlar contigo un rato.

—Sí, claro.

—¿A qué hora te recojo? ¡Seré puntual! Lo prometo —dijo entre risas. Me lo imaginé levantado la mano en señal de juramento.

—Pues no sé, ¿a las cinco? Así me da tiempo de ducharme y esas cosas —le propuse.

—¡Genial! —exclamó contento—. Entonces nos vemos a las cinco en tu portal.

—Muy bien, me parece perfecto. ¡Hasta luego!

—Hasta después, guapa.

Colgué con el corazón en un puño y después de unos instantes mirando hacia la nada, me fijé el reloj. ¡Quedaban dos horas para las cinco! ¿Qué debía ponerme?

Enseguida me puse a pensar qué ropa ponerme, ¿vestido o pantalón? Sabía de sobra que al final me pondría lo primero que pillara del armario y casi siempre era un pantalón con una camiseta; esta vez, un pantalón negro ajustado y una camiseta blanca entallada por debajo del pecho que tenía una caída preciosa ayudándome a ocultar mis kilos de más. Solo había decidido retocarme el alisado del pelo, ya que se me rizaba con facilidad al ser así mi forma natural en el cabello. El maquillaje como siempre, mi raya negra y máscara de pestañas y un brillo. Después de mirarme al espejo y echarme unas gotas de mi perfume favorito, “Luz de luna”, dejé una chaqueta encima de la cama para cogerla cuando me marchara.

Sin darme cuenta del tiempo que llevaba sentada con mi madre viendo la televisión,

sonó el timbre de casa, instintivamente miré el reloj. ¡Ya era la hora! Bajé al portal con el corazón latiendo desbocado. Él estaba apoyado en el portal justo donde está el telefonillo, sujetando una chaqueta vaquera con expresión divertida. Busqué su coche y lo encontré en la acera de enfrente, aparcado en doble fila, con los cuatro intermitentes.

—¡Llegas tarde! —dijo con una sonrisa pícar—. Llevo un buen rato esperando, si no te llamo seguro que no bajabas.

—Tú eres el que llegó antes, yo estaba esperando en casa a que fuera la hora —le contesté poniendo cara seria y volteando los ojos en las cuencas—, ¡Vale! sí, lo reconozco, no me di cuenta de la hora, gracias por llamarme —respondí a su provocación.

—Vale, señorita. ¿A dónde quiere ir usted? —dijo poniéndose burlón y enseñándome el camino al coche.

—Deja ya la tontería —le respondí riéndome a carcajada limpia—. Vamos a algún sitio, a la playa o algo. ¡No sé!

Subimos al coche y mis ojos no se perdían los movimientos de su cuerpo mientras conducía. Decidí mirar por la ventanilla para intentar adivinar a dónde íbamos. La carretera era serpenteante, odiaba tantas curvas. Pensaba en miles de sitios a los que había ido mil veces con mis amigas o sola. Aparcamos el coche en una gran explanada verde, a lo lejos había unas escaleras que bajaban a la playa.

Al llegar a la playa no me sorprendió no ver a nadie. En la época en la que estábamos nadie iba a la playa porque pronto empezaba a hacer frío. Nos sentamos en una roca y una brisa helada pasó inesperada por nuestro lado. No pude evitar que un escalofrío recorriera mi cuerpo. Unai me abrazó, tal vez pensaba que así se me pasaría el frío. La tranquilidad que me ofrecía ese lugar era impresionante, me quedaba mirando al horizonte tal vez buscando un barco que viniera de América.

—Deberíamos irnos, llevamos un par de horas aquí y ya empieza a refrescar. Se está haciendo de noche. —dijo Unai sacándome de mis ensoñaciones.

—Tal vez, sí. —Me froté los brazos en modo de respuesta.

Volvimos al coche y Unai puso la calefacción para que entrara en calor, cosa que agradecí. ¡Qué atento!

Mi mente pasaba por los recuerdos de ese viaje en la República, su mirada, los besos que me robaba Daris. Él me había cambiado por otra chica muy rápido. Estuve un par de meses sin poder entrar en internet y no pudimos hablar, pero eso no era motivo para que se hubiera ido con otra chica, y más después de todo lo que me prometía, según él yo era la mujer de su vida y para colmo se había quedado embarazada la pobre chica. No sé cómo pensaba que con Lexter iba a ser diferente, si solo por vernos más a menudo iba a surgir el amor de verdad. ¿Tendría un príncipe azul esperándome en algún lugar? Tal vez ni siquiera existía y era mejor que dejara de tener esperanzas.

—Lilith, ¿quieres ir a algún sitio? —me preguntó Unai sacándome de mis pensamientos.

—No sé.

—¿Vamos a mi piso? Empieza a hacer frío y siempre vas tan fresca que algún día coges catarro. —Me miró preocupado—. Podemos ver alguna película si te apetece.

—Me parece bien —le respondí, pero enseguida un recuerdo me golpeó el corazón. La otra noche en su habitación, solos y tan cerca el uno del otro... ¿Quería que pasase algo con Unai?

Fuimos a su piso, el camino se me hizo más corto que a la ida. Abrió la puerta y nos dirigimos al salón. Me senté en el sofá que daba a la ventana, para poder mirar las vistas que tanto me gustaban, mientras Unai encendía las luces y preparaba unas bebidas calientes. Se sentó a mi lado y me tendió una taza de té con leche mientras me miraba fijamente. Empecé a sentirme incómoda y me dediqué a observar más detenidamente los pequeños detalles del piso de Unai, algunas fotos desperdigadas por las paredes y los muchos libros de misterio que tenía en la estantería, al lado de la televisión.

—Hoy estás muy guapa, Lilith —me dijo sonriendo.

—Gracias —respondí—. No me gusta pensar demasiado en la ropa, me pongo lo primero que pillo en el armario. ¡Soy un desastre para vestirme!

—Me encanta tu sonrisa. Es muy dulce, ¡tanto como tú! —dijo acercándose un poco a mí.

—Gracias —respondí poniéndome roja—. Pero eres tú, que me ves con buenos ojos. Soy normalita, aburrida muchas veces y tal vez demasiado pensativa, pero qué te voy a decir que ya no sepas.

Un silencio incómodo empezó a reinar en la estancia. Nos quedamos mirándonos mutuamente. Esa mirada la había visto una vez más, Anthony me había mirado así antes de besarme. ¡¿Besarme?! No podía ser. ¡Era imposible! Él no, no podía gustarle.

Salí al balcón, huyendo de todo lo que empezaba a pensar y el aire frío golpeó mi cara. Me apoyé en la barandilla a mirar el puerto. Los barquitos atracados siempre conseguían fascinarme. Me quedaba pensando en cómo se podía pescar en un sitio tan pequeño o hasta dónde podían navegar, se veían tan frágiles como mi pobre corazón.

Mi corazón, pequeño e indefenso. Cuánto había sufrido ya. Tantas y tantas decepciones. Era joven y me sentía muy mayor en lo que al corazón se refería, había tenido un par de novios pero siempre me habían hecho daño. Por eso no creía en el amor, aunque en el fondo aún esperaba que llegase mi príncipe azul en un corcel blanco, maldito Disney y sus princesas.

Noté que Unai me abrazaba. Me di la vuelta y allí estaba él, con determinación en la mirada. Me acercó a su cuerpo, haciendo que quedáramos a la par. Sin darme cuenta, poco a poco nos fuimos acercando el uno al otro, me puse de puntillas y Unai me apretó contra él. Me agarré a su cuello para no caerme. Su cara rozaba la mía. Nos separaba un centímetro.

Miré sus ojos y al verme reflejada en ellos, sentí esa conexión entre nosotros, como si solo fuéramos una persona en vez de dos. Observé sus labios, le miré a los ojos de nuevo cerrando los míos y dejándome llevar por lo que sabía que iba a pasar a continuación.

Una presión suave en mis labios hizo que entreabriera mi boca para dejar paso a su lengua. Parecía que se conocían de siempre, se movían al unísono reconociéndose. Mi corazón estaba alterado, sentí que se salía del pecho. Sus manos me agarraban con fuerza. El contacto de su piel con la mía erizó mi vello. Le tocaba el pelo y deseaba que aquello fuera para siempre, aunque sabía que era un error. Siempre me hacía ilusiones y por eso sufría tanto después. Nos separamos después de un tiempo. Aun así, no dejamos de abrazarnos.

—Esto no debería haber pasado —le dije con cierta tristeza en la voz.

—¿Por qué dices eso? —me preguntó molesto.

—Eres el ex novio de mi amiga.

—Pero Lilith, sabíamos que iba pasar. Eres un encanto de niña, dulce y amable, ¿quién no se iba a fijar de ti? Además ella me puso los cuernos y gracias a eso ya soy libre de hacer lo que quiera. No es fácil estar con una persona, discutiendo todos los días y fingir delante de los demás. No sabía cómo hacer lo correcto, pero se ve que ella fue más rápida.

—¿Cómo? —Estaba asombrada de que se hubiera enterado. ¿Sabría también con quién?

—Siempre me entero de todo. Tarde o temprano, ya sabes que este pueblo es pequeño.

Me separé de él, entré en el piso, recogí las cosas y le dije adiós. Estaba muy asustada por todo lo que acababa de pasar, ¡nos habíamos besado! Y lo peor de todo era que me había gustado. ¡Lo mío no era normal! Miles de pensamientos y razonamientos buscando explicaciones a lo que me estaba pasando cruzaron mi cabeza. El camino de vuelta a casa se me hizo eterno, aunque no eran más que cuatro calles.

Al llegar me senté en el borde del portal. Metí las manos en el bolsillo del pantalón para no coger frío. Una brisa fría empezó a soplar de repente haciendo que me estremeciera, y en el fondo de la calle vi llegar a Carlos tarareando su canción de siempre.

Capítulo 6



Solo esperaba que Carlos no se diera cuenta de que yo estaba allí. Siempre tenía sentimientos encontrados cada vez que lo veía y con lo que acaba de pasar con Unai... no podía con más sensaciones por hoy. Cerré los ojos y recé por volver a ser invisible como solía serlo antes de toda esta locura.

—Hola —me dijo mirándome fijamente—. ¿No tienes frío? ¿Por qué no te abrigas más? Te vas a resfriar.

—H... hola —conseguí decir—. Ya... bueno, me gusta sentir la brisa fría a mi alrededor.

—Ya veo. ¡Eres un poco rara! —dijo riéndose.

—La verdad es que sí, siempre voy al revés del mundo —respondí riendo, contagiada por su sonrisa sincera.

—¿Qué haces a estas horas? ¿No deberías estar en casa? Es un poco tarde ya.

—Sí, tienes razón. He llegado de dar una vuelta con mis amigas. —Prefería no volver a pensar en Unai.

—Bueno, yo me voy antes de que se haga más tarde.

—¿Estás paseando? —dije, aunque era obvio que estaba paseando.

—Bueno... Sí, estuve paseando, ahora vuelvo a casa.

—Ah, vale. Yo subo a casa también, que ya es hora. Disfruta de lo que queda del paseo —le solté mientras me levantaba e iba a abrir la puerta.

Me dedicó una mirada de despedida a la vez que sonreía. Yo subí a casa. Mi madre ya estaba esperándome con la mesa puesta. “¡Justo a tiempo!” —pensé—. Después de cenar un par de sándwich mixtos nos tumbamos las dos en el sofá y pusimos una película de miedo que echaban en la televisión, aunque me daba la sensación de que no vería mucho de ella, ya que me pesaban los párpados. Poco a poco me dormía y entraba en un reino de sueños, dejando de escuchar los gritos agónicos de la gente que era asesinada en la película.

Estaba en una casa a las afueras de un pueblo que no conocía. Me encontraba recorriendo su interior, que era desconocido para mí, pero que en cierto modo me

resultaba familiar. Estaba buscando algo y detuve en cada pequeño detalle para admirarlo. De repente una pequeña habitación llamó mi atención. Abrí despacio la pesada puerta de madera y entré en ella. Las paredes forradas de un papel pintado con formas redondas en un fondo de color azul cielo. La cama se encontraba pegada a una de las paredes en la que había colgado un cuadro con un paisaje costero. Me gustaba aquella decoración minimalista, realizada con mucha elegancia, seguro que era de alguien rico y no le gustaba demostrarlo como hacían todos los demás.

Debajo de la ventana había un baúl grande, de madera, de color oscuro. Al lado de un sillón había una estantería con libros. Muchos de ellos tenían una cubierta de cuero. Pasé mi mano por el lomo de varios. Me encantaba leer, podía pasarme horas haciéndolo, los libros era lo que más me llamaba la atención de una casa. Parecía la habitación de un niño, ya que no se veía un tocador ni nada que indicara que allí dormía una mujer. Me acerqué a la pared de la otra punta de la habitación, en la que había otra ventana. Me apoyé en el alféizar a mirar las vistas del lugar, aprovechando que estaba abierta. Comenzaba a anochecer, tenía que marcharme de ese lugar para volver a casa, pero algo me retenía.

Una sombra entró en la estancia. La veía borrosa pero tenía la sensación de que la conocía. Entró con mucha prisa y se acercó a la ventana. La seguí con la mirada. Puso una mano sobre el marco de la ventana y la otra la sacó fuera como si estuviese comprobando si llovía o no. La luz empapó su rostro, en ese instante una tez blanca me fascinó y unos ojos negros se dirigieron a mi escondite. ¡Era él!

Mientras se acercaba a mí, yo me encogí asustada. Esos ojos negros me miraban fijamente, con rabia, como si hubiese descubierto algún secreto. Se paró justo en frente de mí y me dijo: “¿Tú que haces aquí? Te están buscando, vete”.

Me levanté del sillón con prisa sin dejar de mirarle y temer que me fuera a pegar o algo. Me marché corriendo torpemente y bajé las escaleras que daban a la entrada de un salón mientras un sonoro portazo retumbaba por toda la casa poniéndome los pelos de punta.

Me desperté sobresaltada por el portazo de mi sueño, miré instintivamente a mi lado y allí aún estaba dormida mi madre. Tenía cara de felicidad y en sus labios tenía una dulce sonrisa que me alegraba ver. Me levanté sin hacer ruido. Fui a por el MP3 y me senté en una silla del balcón a escuchar música. Se estaba haciendo tarde y a la mañana siguiente tenía clase, tenía que volver a entrar y despertar a mi madre, pero mis pensamientos no dejaban ese lugar, esa habitación, esos ojos, en definitiva él. ¿Sería su casa? ¿Sería aquella su habitación? ¿Por qué me miraba con tanto odio? ¿Por qué tenía estos sueños tan raros? Tantas preguntas en mi cabeza y no lograba encontrar una respuesta. Tal vez me había influenciado la película de miedo que estábamos viendo antes de dormirnos.

Me acerqué a la barandilla y me puse a ver los coches que pasaban, otra distracción mía para no pensar. Me quedé de piedra al ver uno en concreto que reconocí enseguida. ¡Allí estaba el coche de Unai! Mi corazón se aceleró pensando en lo que había pasado solo unas horas. Nuestro beso, tan dulce. Era difícil explicar ese beso, no era como ninguno que hubiera recibido de otros chicos, pero ahora no quería ver todo lo que significaba aquello. Tal vez era mejor que quedara como un recuerdo nada más.

La puerta del copiloto se abrió y salió Keesha para sorpresa mía. ¿Habrían vuelto? Unai no salió del coche. Keesha se apartó del coche y se fue a su casa. La puerta del piloto se abrió y el corazón me dio una punzada al verlo bajar y dirigirse a mi portal. Sonó el telefonillo. Me acurruqué contra la puerta del balcón. ¡No iba ir a hablar con él! Mi madre respondió y gritó mi nombre. Mis piernas se movieron solas a la orden de mi madre, con cara de miedo cogí el auricular aún sin saber muy bien qué iba a decir.

—¿Sí? —dije con miedo.

—Baja. Tenemos que hablar.

No era una pregunta. Sonaba casi como una orden. ¿Pero quién era él para hablarme así? Yo no era ni su hermana ni su novia ni nada, ¿qué se pensaba?

—No. En otro momento, Unai. No quiero hablar contigo ahora. Es muy tarde.

—Pero...

—Mañana tengo clase y tengo que preparar todo, además es hora de dormir. Te iré buscar yo cuando esté mejor, necesito pensar —dije de carrerilla intentando sonar convincente.

—Vale. No te voy obligar si no quieres hablar. Sabes donde vivo.

Tras esas palabras, inmediatamente me sentí fatal. Sabía que algo le pasaba, lo notaba por su voz. No podía verle ahora, estando todo tan reciente. ¿Cómo le miraba a la cara? ¿Qué le decía? Era impensable verme con él de nuevo, no podía pasar lo mismo otra vez. Pero ese beso había sido tan puro, tan dulce. A lo mejor sí le gustaba y quería decírmelo y yo le corté así.

Anthony y Unai, ¿qué les había pasado a esos dos? ¿Por qué se empeñaban en besarme todos? Ahora entendía lo que me había dicho la médium meses atrás. Comencé a recordar ese día.

Eran las seis de la tarde, había ido a casa de Nora, que se encontraba a las afueras del pueblo. Salió, como siempre, a recibirme a la puerta después de que hubiera llamado. Como siempre, me adentré en su casa y fui a la habitación que usaba para estas cosas “paranormales”.

—¿Quieres saber algo en concreto? —me preguntó.

—Sí, como van a ir mis estudios.

—Veamos...

Se levantó, fue hasta el armario y en uno de los primeros cajones cogió un mazo de cartas y se volvió a sentar.

—Veamos... —volvió a repetir barajando las cartas que acababa de coger—. *Te sale que en los estudios vas a ir bien si estudias, que puedes sacar el curso si quieres, vas a tener unos pequeños problemas pero los vas a solucionar —comentó mientras ponía filas de cartas sin sentido para mí.*

—¿Problemas de qué tipo? —pregunté con cierto miedo, ya que no me gustaba nada meterme en líos y sus palabras me inquietaron.

—Con una persona muy cercana a ti, te quiere quitar algo, mejor dicho a alguien.

—¿Cómo?! —De qué me hablaba, no sabía qué querrían quitarme a mí.

—¡Un chico! Aquí dice que no te llevas muy bien con él. Esa chica te lo quiere quitar porque sabe que tú a él le gustas.

—No entiendo. A mí no me gusta nadie.

—Es lo que sale. Recuerda que las cartas nos hablan del futuro. No te angusties, llegará pero no sabemos cuándo.

Claro que me gustaba alguien, me gustaba Lexter, pero no iba a decírselo, ya que no estaba segura de si yo le gustaba a él.

Volví a la realidad, mi madre me avisaba de que era hora de dormir. Me fui a mi habitación y puse la música lo más alto posible, ya que lo bueno de usar cascos es que solo lo oyes tú. Ahora ya entendía lo que había salido, las cartas hablaban de Lexter. Keesha solo quería estar con él porque me gustaba a mí. ¿Y si yo le gustaba a él como hizo ella para hacerle cambiar de opinión?

Sonaba una música triste, de un grupo de Gothic Metal que me encantaba, y sin darme cuenta mi cabeza voló buscando recuerdos sobre Lex.

Estábamos en clase de física, exponiendo trabajos y dando nuestras valoraciones de los trabajos de otros compañeros de clase. Cuando tuve que exponer mi trabajo estaba tan nerviosa que me sudaban las manos y se me caían los folios. Lexter estaba justo enfrente mía, con su cabeza apoyada en sus manos y mirándome fijamente. No parpadeaba y eso me ponía histérica. Hicimos una pausa para ir al baño, él se acercó y nos pusimos a hablar, o más bien discutir, como de costumbre. Él se metía conmigo porque se me caían los folios, por mi cara nerviosa, por todo, y yo me enfadaba y le respondía mal. Al final siempre acabábamos riéndonos. Al salir de la clase y dirigirnos hacia la siguiente, me paré en la taquilla para cambiar los libros y él se acercó sigilosamente y me gritó al oído.

—¿Qué susto! Eres peor que un niño pequeño. ¿Por qué no te comportas como una persona normal?

—Porque es muy divertido ver tu cara de sufrimiento.

Me di la vuelta, cerré la taquilla y me marché enfadada, tanto que no pude evitar chillarle: “¡IDIOTA!”.

Otro recuerdo asaltó mi cabeza sin borrar el anterior completamente:

Era la fiesta de San Juan. Nos juntamos todos para hacer una churrascada y pasar el rato. Cuando la hoguera tenía las llamas altas, Lexter decidió saltarla para seguir la tradición y sacarse las malas brujas. No pude evitar chillar y taparme los ojos. Había saltado tan cerca del fuego que tenía miedo de que se quemara.

Se escuchó chillar a Lexter y miré asustada. Estaba tirado en el suelo cogiéndose una pierna. Fui corriendo hacia él, me agaché para ver cómo estaba y en ese momento me abrazó, me tiró al suelo y me dijo que todo era una broma. Le iba a pegar, no podía jugar así con mis sentimientos, pensaba que se había quemado de verdad. Me cogió las

manos y las puso contra el suelo. Se quedó a un milímetro de mí y pude ver en su cara el reflejo del fuego. Sus ojos estaban pendientes de los míos y empecé a ponerme muy nerviosa. Pero en ese momento nos llamarón para ir a comer, interrumpiendo ese instante mágico.

Capítulo 7



Fui a la habitación de mi madre, que se estaba preparando para meterse en cama. Me acerqué y le dije que iba a ir al cumpleaños de Laura, ya que hacía varios años que no la veía y aunque manteníamos el contacto por teléfono todos los días no era lo mismo. Me quedaría a dormir en su casa para no molestar mi padre y a su nueva novia, que me hacían sentir incómoda hasta por respirar. Mi madre me dijo que al día siguiente me compraría el billete y que se alegraba de verme ilusionada con algo, ya que últimamente me veía rara. Le mandé inmediatamente un mensaje a Laura: “Nos vemos por tu cumpleaños”. Seguro que me vendría genial desconectar de todo lo que pasaba aquí en los últimos días.

Con el puente había un par de días menos de clase. Las clases me distraían un poco. Los ejercicios en clase, los deberes e incluso preparar exposiciones para dentro de meses me hacían tener la mente ocupada. Intentaba actuar normal, como si nada hubiera pasado. Me sentía traicionada por Keesha, por lo tanto apenas le prestaba atención a lo que me decía aunque seguía hablando con ella. Unai no me había llamado ni mandado mensajes desde que llamó al telefonillo de mi casa y se merecía una explicación de por qué me había marchado así de su casa pero no sabía muy bien qué decirle, ni yo misma me aclaraba.

Por fin llegó el día de marcharme. Parece que cuanto más deseas una cosa más tarda en llegar. Durante toda la semana había mandado mensajes a Laura para organizar la visita y su cumpleaños. Preparé la maleta, puse ropa normal para andar por casa y luego algo de ropa más elegante por si salíamos a algún sitio con sus padres. A Laura le gustaba mucho la moda, y estaba terminando la carrera de moda y diseño. Su sueño era poder ser una gran diseñadora de renombre y claro, siempre que me tenía disponible me hacía cualquier vestido o simplemente lo que se le ocurriera para mí. Me encantaba porque me hacía sentir especial y diferente a los demás ya que ella no solía diseñarle nada a nadie.

Mi madre había salido a comprar mientras yo hablaba con Laura y ultimábamos detalles. Tenía muchas ganas de volver a estar con todas las chicas de nuevo y recordar los viejos tiempos. Habían dicho que iba venir un temporal, un ciclón explosivo o algo así e iban a cerrar durante dos días el instituto. Así que cogería el autobús el viernes por la noche y vendría el martes por la tarde para regresar a clase. Justo en ese momento llamó Keesha al telefonillo, quería subir un rato a mi casa. Pensé que sería bueno informarla de que me iba a ir unos días, seguro que me vendrían bien para aclarar mis ideas.

Keesha subió y, la verdad, no la recibí como siempre. Por mi parte la relación entre

nosotras estaba fría y tenía claro que no le volvería a confiar mis secretos como en los últimos años. Laura me decía que hablara con ella, pero no me sentía capaz, siempre me decía: “tú pasa de todo, que el tiempo pone a todos en su sitio”. Costaba, pero intentaba seguir ese consejo.

—¿Te pasa algo conmigo? Hace días que te noto extraña —me dijo al ver que no me entusiasmaba como siempre por su conversación.

—¿Yo? ¡Qué va! Es solo que estoy distraída con el viaje y todo lo que tengo que meter en la maleta, espero que no se me olvide nada —le contesté riéndome para quitarle hierro al asunto.

—¿Por cuánto tiempo te vas? Te voy echar de menos.

—Pues casi todas las vacaciones. Hace tiempo que no veo a mis amigas y esta es una ocasión especial para reencontrarnos.

—¿Y qué voy hacer sin ti? Ya no estoy con Unai y las demás también se van a sus pueblos. Me voy a quedar sola.

—Bueno, seguro que encuentras algo que hacer o a alguien con quien estar. — Aunque me sentí mal al ver su cara de pena, no iba a dejar que me afectara y cambiar mis planes.

Seguimos hablando durante un rato, cotilleando cosas de clase, de nuevas parejas que se habían formado y de otras que se habían roto.

—¿Me vas a contar por qué lo dejaste con Unai? —pregunté recordando el beso entre ella y Lex.

—Las cosas no iban bien. Llevaba un tiempo que no sentía lo mismo por él y otro chico se me insinuó. Una cosa llevó a la otra y después de nuestro primer beso supe que no podía seguir con Unai.

—¿Conozco a ese chico? —quise saber, a medida que me ponía más nerviosa por la conversación.

—No que yo sepa.

—¿Cómo puedes ser tan mentirosa? ¡Te vi besándote con Lex! —exclamé, viendo que mi amiga que quedaba blanca como una tiza—. ¿En serio te consideras mi amiga después de besar al chico del que estaba enamorada?

—Lilith, ¡solo fue una vez! No sabía que nos estabas viendo. Perdóname, yo no...

—¡Me da igual que fuera una vez o más! No quiero volver a verte, me ha dolido mucho lo que has hecho. ¡Me has traicionado!

Keesha intentó disculparse de nuevo pero no quería seguir con esa conversación, no íbamos a sacar nada en claro. Ella decía que tenía que entenderla, que no lo había hecho a posta pero ya no confiaba en ella. Le abrí la puerta de casa para que saliera y olvidar el mal rato que acababa de pasar.

Después de cenar me fui a dar una vuelta por el parque, ya había avisado a mi madre de que no llegaría tarde. Estaba muy nerviosa, extasiada, y esto me impedía dormir. Me

senté en un columpio y comencé a moverme de adelante hacia atrás con los pies en el suelo, solo balanceándome, sin más. Miré al cielo abstraída. Las estrellas asomaban tímidas en el cielo azulado con un brillo tenue.

Comenzó a llegar a mis oídos esa suave melodía, esa canción que ya identificaba con él. Carlos llegó y con él vino una suave brisa fría, que hizo que temblara por un momento. Se le veía absorto en sus pensamientos, sin fijarse por dónde caminaba. De repente se paró en seco, como si algo lo congelara o pisara algún pegamento que no le permitía avanzar.

Le miré fijamente. Se giró sobre sus talones y se paró justo en frente de donde me encontraba yo. Se acercó lentamente como pensando a cada paso si debía o no acercarse. Se sentó en un banco cercano y me observó. Yo hice como si no me diera cuenta, seguí mirando las estrellas y balanceándome. Si él no venía a hablar, ¿por qué tenía que ser yo la que rompiera ese silencio? Al cabo de un rato se acercó a mí, carraspeó y yo le miré.

Me quedé mirando esos ojos negros, que tanto se parecían a los de mi vigilante y a los de ese chico del sueño que me había sorprendido en su habitación. ¿Tal vez era él mi vigilante de la noche? Eso explicaría que siempre nos viéramos de noche, y ese reflejo de odio en sus ojos, pero no podía ser, ¡mi vigilante era solo un sueño! Se sentó en el otro columpio, a mi lado. Me miró y yo vi cómo abría la boca, tal vez para decir algo pero la volvió a cerrar.

—Bonita noche, ¿no? —dije para romper el hielo, sin dejar de mirar hacia las estrellas.

—Sí, no hace frío. —Miró hacia las estrellas también—. Pareces pensativa, ¿ocurre algo?

Esa pregunta me descolocó un poco, ¿se interesaba por mí? Pero, ¿por qué? Era la tercera vez que nos veíamos.

—Nada, solo que estoy nerviosa por ver a mis amigas. Hace tiempo que no estoy con ellas y aunque siempre hablamos y no perdimos el contacto, cada una ha seguido su vida y me siento un poco... no sé, extraña. —Me sorprendí a mí misma contándole mis problemas a aquel chico que apenas conocía.

—Bueno... —respondió pensativo mirándome fijamente—. Ahí es donde se ve la verdadera amistad, cuando a pesar de la distancia y no verse todos los días, aún te hacen sentir parte de su vida. Haciéndote importante y demostrándolo incluso en los pequeños detalles.

—Ellas siguen haciéndome sentir parte de su vida, pero tengo miedo igualmente. Hace un año que no las veo.

—Por mucho tiempo que pase, si hay amistad verdadera, será como si nunca te hubieras ido. Te harán sentir parte de ellas otra vez. Seguro que están deseando verte y contarte todo lo que ha pasado desde que no estás —dijo animándome.

Me quedé pensativa, mi vida estaba patas arriba. No iba a negar que estaba cansada de que siempre fuera lo mismo, muy monótona y sin sobresaltos, pero esto ya era demasiado. ¿No podía haber un término medio? Seguimos hablando un rato y me

sorprendieron los buenos consejos que me dio. Era un chico muy maduro, como si hubiera vivido muchas cosas, pero no podía ser, Carlos debía tener la edad de Laura como mucho.

El silencio apareció de nuevo en nuestra conversación. Me quedé sorprendida al ver que miraba fijamente.

—Te pareces a alguien que conocí hace mucho tiempo —me explicó como leyéndome el pensamiento—. Eres muy dulce e inocente. No cambies.

Una vez dicho eso se despidió de mí y se fue tarareando su canción. Me dejó asombrada con su comentario, ¿me parecía a alguien de su pasado? Me dejó descolocada, allí en el columpio con la noche cubriéndolo todo. Miré el reloj y vi lo tarde que era. Debía acostarme, ya que mañana me iría de viaje por la tarde, así que regresé a casa.

Capítulo 8



El día pasaba despacio, como si cada minuto fuera una hora. No veía la hora de irme. Por fin estaba en la estación con la maleta, despidiéndome de mi madre, prometiéndole que en cuánto llegara la llamaría para que supiera que me encontraba bien y, cómo no, para escuchar sus recomendaciones de ayudar en casa de Laura, comportarme y todas esas cosas que siempre decía.

Me senté al lado de la ventana para ir mirando el paisaje del trayecto hasta mi antiguo hogar, Ourense, el lugar donde vivían mis amigas y donde yo había pasado mi niñez. El camino me pareció corto, al ver aparecer mi ciudad natal unas lágrimas solitarias se me escaparon y recorrieron mis mejillas. Ourense era conocida por sus aguas medicinales, no teníamos que ir a un *spa* para disfrutar de ellas, como otra gente; aunque en los últimos tiempos las habían modernizado. Las dividieron en dos zonas, unas públicas y otras privadas. Las privadas tenían más pinta de *spa*, en cambio, las públicas estaban levantadas sobre el lecho de roca natural del río de donde salía el agua caliente. Muchas veces en invierno nos reuníamos todos en las pozas para meternos en esa agua, que era muy buena para los dolores de huesos, para la piel y otras cosas más, aunque de todo lo bueno siempre hay algo malo, esa agua olía a huevos cocidos podridos.

El autobús llegó a la estación y al bajar cogí la maleta, a la cual, para diferenciarla del resto, le había puesto un llavero con un pequeño conejito verde con un lazo blanco. Laura había quedado en recogerme aquí. Estaba ilusionada por pasar unos días con ella, tenía muchas cosas de las que hablar y realmente esperaba que me ayudara a aclarar un poco las ideas. Una vez cogí la maleta me puse a buscar a mi amiga, pero no la veía por ningún lado. A lo mejor me estaba esperando en la entrada.

Subí las escaleras con la maleta, ya que el ascensor estaba ocupado y no quería esperar. Nunca antes las pocas escaleras que separaban la entrada de donde aparcaban los autobuses me habían parecido tantas. Al llegar arriba volví a mirar hacia todos lados, seguía sin ver a Laura. Salí afuera, cerca de los taxis. Tampoco estaba, ¿se habría olvidado? ¿Habría llegado yo antes de lo previsto? Me senté en un banco de la entrada a esperar cuando de repente empecé a escuchar un montón de ruido, chillidos y silbidos que venían del otro lado del puente que comunicaba la estación de autobuses con el resto de la ciudad. Cada vez se acercaba más el alboroto y mi curiosidad aumentaba. Miré hacia el puente y por la mitad se veía a un grupo de chicos encabezado por Laura con una gran pancarta que decía: “Te hemos echado de menos, Lilith”.

Las lágrimas asomaron en mis ojos por la emoción de ver que mis amigos no me habían olvidado, aun con el paso del tiempo. Llegaron a mi lado y lo primero que hicieron fue abrazarme. Me alegré mucho al ver a Rebecca, Lucas, Melania, Iván, Anna, Clara, Rocío y cómo no a mi Luisa que era como una hermana para mí y a Laura que era el motivo por el cual había venido a pasar unos días a la ciudad.

Se formó aún más alboroto que antes, ya que todos empezaron a preguntarme cosas como dónde vivía ahora, si tenía muchos amigos, si los había olvidado y miles de cosas más a las que traté de responder rápido ya que eran demasiadas preguntas a la vez. No pude evitar sonreír y reír a carcajadas con ellos ante sus preguntas y mis respuestas. Era increíble, parecía que no había pasado el tiempo al verme otra vez con todos ellos.

Uno de los chicos cogió mi maleta y nos fuimos por donde habían venido hasta la casa de Laura. Para llegar a su casa teníamos que coger otro autobús e ir al centro de la ciudad. Sus padres eran médicos prestigiosos y vivían en una gran casa decorada muy moderna. A mí siempre me había gustado ir a casa de Laura, ya que adoraba las casas grandes y espaciosas en las que te pudieras mover libremente, sin tener miedo a romper cualquier jarrón de decoración que estuviera por ahí. Cuando llegamos me sorprendió no ver a sus padres, a lo cual le pregunté y ella con su cara de resignación propia de cuando hablábamos de sus padres, me había dicho que se habían ido a una conferencia a Estados Unidos, que era importante y no habían podido cancelarla.

Laura me llevó a la habitación de invitados, la cual sería mi habitación esos días. Era tan grande como la de mi madre y la cocina del piso de Ribadeo juntas. Dejé mi ropa ordenada en el armario, que era enorme. Tenía dos espejos en dos de sus puertas, los zapatos en el zapatero y mi pequeño ordenador y mi teléfono en el escritorio. Me encantaba, la cama era grande y tenía un dosel con las cortinas de gasa blanca, la madera tenía un color claro que no desentonaba con el resto de la decoración. Las paredes estaban decoradas de un color azul pálido haciendo más luminosa la estancia.

Luisa se había quedado con nosotras en casa mientras que los demás se habían ido. Teníamos mucho que hablar para ponernos al día. Nos sentamos en la enorme cama y comencé a contarle a Luisa, porque Laura ya lo sabía, todo lo que me estaba ocurriendo con los chicos y su afán por besarme, mis pensamientos y todo lo que me habían dicho.

—¿Qué rompecorazones estás hecha, Lilith! —dijeron Laura y Luisa a la vez, riendo las dos por haber dicho lo mismo.

—No... yo no quiero eso. Solo quiero olvidar a Lexter, olvidar que un día quise estar con él y olvidar que existe. Si va ser el novio de mi “amiga” no puedo sentir nada por él aunque a mí me gustara antes. Aunque ella no sabe que los vi besarse.

—¿Y dónde queda Carlos en esta historia? —me preguntó Laura.

—¿Carlos? ¿Quién es Carlos? —dijo Luisa mirándome exasperada—. No has hablado de ningún Carlos.

—Esto... ya, bueno... es que apareció de la nada hace unas semanas. Es un chico que siempre pasea de noche, muy reservado, pero aun así me gusta estar con él. Es como si le conociera de toda la vida, pero no recuerdo haberle visto en ningún sitio. No es muy hablador enseguida se calla y caminamos en silencio. Se le ve un chico muy respetuoso,

como los chicos de otra época, de los que te abrían las puertas y esas cosas —dije riéndome—. Siempre camina tarareando “Claro de luna” —añadí recordando la primera vez que lo había visto paseando frente a mi casa.

—Parece que estás solicitada, y el chico ese... Carlos, ¿también te intentó besar? ¿Te gusta? —me preguntó Luisa.

—La verdad, nunca intentó besarme y no tengo claro si me gusta. No te voy a negar que es guapo y me siento a gusto con él las pocas veces que lo veo y eso, pero no sé.

—No estás segura de lo que sientes hacia este chico —repuso Laura.

—No, ¡no me puede gustar! ¡Apenas hablamos cinco minutos seguidos!

Después de esa conversación me empezaron a contar sobre ellas, lo que habían hecho, lo que habían decidido estudiar y, cómo no, llegó la siguiente propuesta:

—Cuando vayamos a la universidad hemos pensado ir cerca de donde vives ahora, es más fácil entrar, ya hemos mirado. ¿Te gustaría que nos fuéramos a vivir juntas?

—Claro, estaría bien. ¡Qué desmadre!

Nos pusimos a hablar de cómo sería nuestra vida las tres juntas y sonaba divertido. Las tres solas, ligando y haciendo fiestas y ¡cómo no, estudiando! Si no, una buena nos iba a caer encima. Así, entre risas, pasó el tiempo. Tuvimos que encender la luz de la habitación para ver algo, era increíble lo rápido que pasaba el tiempo cuando estabas con tus amigas divirtiéndote.

De repente mis tripas sonaron y me agarré la barriga como si así fueran a sonar menos. Mis amigas se rieron y nos fuimos a la cocina para ver qué íbamos a comer. Abrimos la nevera y, aunque estaba llena, no había nada que nos apeteciera en ese momento. Decidimos llamar a una pizzería cercana, ya que era una ocasión especial. Íbamos a recordar viejos tiempos, ver unas películas y comer pizza acompañada de coca-cola y gominolas. ¡Planazo! Tocaba maratón de películas de vampiros, luego románticas para llorar juntas y si todavía no era muy tarde al terminar, alguna de comedia para reírnos un rato. Después de cinco películas, nos quedamos dormidas viendo la última de vampiros de la lista. Al despertar miré el reloj y me fijé en la hora, las 4:30 a.m. Desperté a las chicas para que pudiéramos dormir lo que quedaba de noche en la cama, ya que estaríamos más cómodas. Como mi cama era muy grande nos metimos las tres a descansar juntas, queríamos pasar juntas todo el tiempo posible.

Amaneció y no nos enteramos, cuando nos levantamos corrimos las cortinas para dejar paso a la luz del sol. Tuve que entrecerrar los ojos porque la luz me molestaba mucho, era lo malo de tener los ojos claros. Luisa llamó a su madre para decirle que se iba a quedar a comer en casa de Laura aprovechando que estaba yo. Justo en ese momento me acordé de que no había avisado a mi madre de que había llegado y debía de estar preocupada. Le mandé un mensaje diciéndole que ayer habíamos estado con todos y que por la noche, entre las pelis y hablar, me había olvidado de avisarla. Seguro que me regañaría cuando volviera, ya que me había llamado cinco veces. Decidí hacerles la comida a mis amigas, no se me daba mal cocinar. Con lo que había en la nevera preparé un revuelto riquísimo; lo que mi madre llama reciclaje de comida.

El timbre sonó y nos sobresaltó a las tres. Llamaron insistentemente y hacía daño en los oídos. Por la puerta entraron todos nuestros amigos cargados de bolsas con bebida, comida, golosinas y helado; otros traían globos, serpentinas, silbatos, guirnaldas y otras cosas más, trajeron tantas cosas que tuvimos que salir a ayudarles porque aún quedaban cosas en la acera. Repartimos todo entre el comedor y la cocina. Lo primero que guardamos fueron los helados, pues podían derretirse y sería una pena. Me quedé un rato pensativa y me di cuenta de que en unos meses sería mi cumpleaños, cumpliría dieciocho años. ¡La esperada y deseada mayoría de edad!

Entre Luisa, Rebecca y Lucas hincharon todos los globos mientras que Iván, Anna, Rocío y Melania colocaban las guirnaldas por el salón. Yo llenaba de confeti algunos globos para que fuera más divertido explotarlos. Laura estaba en la cocina organizando las bebidas y preparando la comida en bandejas para llevarlas al salón. Nos juntamos todos en la cocina para ayudarla a llevar la comida y la bebida a la mesa del salón. Laura puso la música que nos gustaba y comenzamos a bailar. Mientras bailábamos algunos globos se explotaban haciendo que nos sobresaltáramos un poco, si no, había alguno que tocaba el silbato o soplaba un matasuegras. Me estaba divirtiendo como no me divertía hacía mucho tiempo. Era agradable olvidarse de todo y disfrutar, pasarlo bien con tus amigos de siempre, sin complicaciones y sin ningún temor a que alguno me acabara besando. La música cambiaba: una canción rápida, otra más rápida e incluso había alguna más lenta en la que nos dedicábamos a saltar y a explotar globos. Comimos, bebimos, saltamos, reímos, gritamos, hacíamos ruido y nos sentíamos libres. Laura ya tenía preparados sacos de dormir para todos. Mientras cenábamos, tirados en el suelo, decidimos ver películas de humor y siempre hacíamos algún comentario más gracioso que los diálogos de la propia película.

Al final todos se quedaron dormidos y yo, como no podía dormir, me acerqué a uno de los balcones del salón para admirar las vistas. No era como mi pueblo, aquí solo se veían edificios, tiendas, rótulos de negocios y a lo lejos una pequeña montaña, pero estaba tan lejos que parecía un espejismo de lo cerca que me había acostumbrado a verlas desde mi balcón. Me encantaba mi pueblo costero, esas aguas tan brillantes al sol, los increíbles edificios que había en el casco antiguo y los lugares en los que me refugiaba y donde podía abrir mi alma. Había también mucha vegetación y se agradecía, ya que al pasear era como recargar las pilas.

Yo había nacido en esta ciudad, había vivido aquí catorce años de mi vida, pero ahora la notaba extraña, no me sentía parte de este lugar. No pensaba que iba a echar tanto de menos mi pequeño pueblo.

Laura se despertó y se acercó a mi aún medio dormida y frotándose los ojos.

—¿No puedes dormir? —me preguntó.

—No, me faltan las montañas y la tranquilidad de las calles —por no decirle que era raro no estar en el balcón esperando ver pasar a Carlos.

—Bueno, te has acostumbrado muy rápido a aquello, aquí sea la hora que sea hay ruido y más hoy que es fin de semana y los pubs estarán a tope. Intenta dormir algo, vas a estar horrible mañana —me soltó riéndose.

—No sé si aguantaré los dos días que me quedan aquí.

—¿Por qué no hacemos una cosa? Llevas dos días en mi casa, ¿por qué no salimos mañana a algún sitio? ¿Vamos a las charcas? ¿O paseamos por el camino del río? —me preguntó esperanzada.

El camino del río lo estaban haciendo cuando me marché. Se supone que era un caminito de tierra alrededor del río, había árboles, vistas preciosas y hasta algún parque. Podíamos ir y tal vez no me sintiera tan agobiada. En total, dar toda la vuelta, eran unos quince kilómetros. Un buen paseo.

—Gracias, Laura. Siempre preocupándote de mí. —Dicho esto le di un abrazo al que ella correspondió abrazándome con más fuerza aun.

—Ya que viniste por mí, no voy a dejar que te aburras en mi casa.

Nos reímos a carcajadas y al poco nos tapamos la boca, podíamos despertar a nuestros amigos. Nos metimos de nuevo en los sacos de dormir y Laura se quedó dormida en un instante, pobre, estaba cansada. En cambio yo aún me quedé un rato pensando en las musarañas e intentando poner en orden mis sentimientos. Tenía bastante claro que a Unai ni a Anthony los quería de una manera especial, eran mis amigos desde hacía tiempo y como tales los quería, pero sin llegar a ser amor. Lo que sentía por Lex aún era fuerte pero ahora estaba con mi amiga así que tendría que ir olvidándole poco a poco, aunque jamás perdonaría a Keesha por lo que me había hecho. Carlos estaba descartado, no iba a negar que me atrajera su misterio pero apenas le conocía. A lo mejor si hablábamos con regularidad, puede que llegara a sentir algo, si él supiera conquistarme. Sus ojos negros tenían un tinte de odio incrustado y me picaba la curiosidad de saber el porqué. Debía de tener la edad de Laura, unos veintiuno o veintidós, ¿algún día llegaría a conocerle bien?

Poco a poco el sueño empezaba a llegarme. Mientras, en mi cabeza solo había una imagen: la de Carlos tarareando su canción.

Capítulo 9



*E*staba sentada en un jardín, rodeada de rosas blancas. Había muchos árboles y el césped brillaba por el reflejo del agua en la hierba. Detrás de mí había una casa muy grande con unas torres preciosas que reclamaban mi atención. El tejado de las torres brillaba bajo el sol del día devolviendo reflejos rojos y naranjas, era una vista un tanto hipnótica.

Me dirigí a la salida del jardín y me vi en el reflejo de la puerta de cristal. Llevaba un vestido blanco y dorado, muy ceñido. Mi pelo estaba recogido en un moño alto con tirabuzones y llevaba una tiara que llamaba la atención de todo el conjunto. Me adentré en la casa. A pesar de sus muros de piedra tenía unos ventanales que arrojaban mucha luz al interior, tanto era así que no había ninguna vela encendida.

Una alfombra roja cubría las escaleras, me dispuse a subir al piso superior.

Entré en una habitación pequeña que daba al jardín. Estaba decorada con papel pintado con florituras. Había unos sofás de color blanco que parecían muy cómodos y una mesita de té de madera muy clara que quedaba integrada en la decoración. En la sala de té no había nadie. Me acerqué a la ventana y aparte de ver el jardín, a lo lejos podía ver el mar, estaba algo cubierto por la niebla pero su sola visión me relajaba. Me marché de la estancia. Estaba buscando a mi madre, pues teníamos que ir a la ciudad. Al cerrar la puerta y caminar un poco hacia atrás para alejarme tropecé con alguien.

Me dispuse a disculparme por el tropiezo, me giré y mis ojos toparon con unos brillantes ojos negros que conocía bastante bien. Era Carlos. Iba vestido con un traje que le sentaba muy bien. Tenía el pelo recogido en una pequeña coleta y lucía una mirada muy dulce. Sin saber muy bien por qué, notaba un amor que me recorría toda, sus ojos brillaban como siempre que nos veíamos. Me cogió de la mano muy suavemente y me la besó. En ese instante sentí como si un relámpago me atravesara entera. Su mirada no se apartaba de mí y, aunque me gustaba, me sentía intimidada por toda la pasión que en ella se reflejaba.

—Discúlpeme, debí haber mirado mejor.

—No es nada. Es un placer poder verla a solas.

Carlos se acercaba peligrosamente a mí, me empecé a poner nerviosa. Justo en ese instante por las escaleras subía una sirvienta que parecía estar buscando a alguien. Se acercó a mí, me tomó de la mano y con un tirón me separó de Carlos. Nuestras miradas

aún seguían conectadas, hasta que aquella señora me alejó tanto de él que no pude hacer nada más que mirar hacia adelante para ver a dónde me llevaba.

Seguimos hasta terminar en el otro extremo de la casa. Miré a aquella mujer, en su cara se apreciaba un enfado descomunal. ¿Quién era aquella señora?

—Señorita, ya sabe que no debe verse con ese muchacho —dijo la sirvienta.

—Salía de la sala del té y nos tropezamos. No le estaba buscando, si es lo que insinuáis.

—Vuestro padre os está buscando. Entrad.

—¿Mi padre? —pregunté extrañada.

La mujer no dijo nada más. Me dejó allí sola delante de una puerta oscura. De repente me sentí muy nerviosa y con miedo. ¿Mi padre? ¿Qué querría? Puse la mano en el picaporte para abrir aquella puerta de madera. La abrí cuidadosamente, como con miedo de que pesara demasiado. Entré con recelo en aquella estancia y busqué a mi padre. Eché un vistazo rápido a la habitación y, en frente de una ventana, estaba él, al lado de un gran sillón. Parecía triste y pensativo, pero irradiaba un aura de poder y autoridad que sentía en cada poro de mi piel. Me quedé asombrada de la cantidad de libros y papales que había por la mesa y las estanterías. Cerré la puerta, una vez estuve dentro, miré a mi padre. Era alto, de figura esbelta, con algunas canas en las sienes y un saber estar típico de las grandes familias nobles.

—Hija —dijo, encaminándose hacia mí—. ¡Tengo que darte una gran noticia!

—¿A mí? ¿Qué noticia?

—En el baile por tu mayoría de edad, que será en unas semanas, estarán todos los jóvenes casaderos de grandes familias para que, entre ellos, elijas un marido.

—Pero...

—Ya sé que aún eres muy joven. Que con tus catorce años no sabes cómo elegir bien, pero para eso, estamos tu madre y yo.

—No deseo casarme, padre. ¡Soy muy joven!

—No es lo que tú elijas —dijo furioso elevando el tono de voz—. Es lo que te ordenemos hacer. Tienes que ser una mujer pura para el matrimonio y casarte con un hijo de noble familia, así podrás asegurar la continuidad de nuestra familia.

—Pero...—intentaba objetar. Se suponía que tenía catorce años y ¿ya me querían casar con vete a saber quién para tener hijos que podían llegar a matarme en el parto?

—No hay nada más que hablar. Vete a tu habitación.

Mi cabeza aún estaba estupefacta ante la conversación que acababa de tener con mi padre. Su tono de voz no admitía réplica, así que sabía que no iba servir de nada discutir. Sin saber muy bien cómo, mis pies me dirigieron hacia una habitación y entré allí.

La habitación tenía un precioso papel pintado de color azul y blanco. Junto a la ventana había un baúl de madera lleno, para mi sorpresa, de una gran cantidad de juguetes. En la otra pared había una cama grande con dosel blanco. La madera era

preciosa al igual que todo lo que mis ojos veían en esa habitación. Me asomé a la ventana y desde ella se veía el jardín y sus hermosas rosas. Me quedé un rato pensativa. Me senté en el banco que había delante de la cama. Alguien llamó a la puerta suavemente.

Abrí los ojos y una luz cegadora me hizo cerrarlos de nuevo. ¡Todo había sido un sueño! Era increíble qué cosas podía llegar a soñar. A veces pensaba que hasta podía escribir una novela. Habían llamado a la puerta, con lo cual todos nos despertamos del susto. Laura fue a mirar quién llamaba tan insistentemente y era el cartero que traía una notificación para sus padres.

Nos cambiamos de ropa y bajamos al bar al que solíamos ir a desayunar los domingos. Tenía en la parte de atrás una zona llena de sillones y mesitas en la que nos encontrábamos muy a gusto y cómodos. Todos pidieron sus cafés con bollería y yo escogí, como solía pedir siempre, un cruasán con un zumo de melocotón. Nos gustaba estar allí porque después de desayunar, muchas veces, solíamos quedarnos en la sala recreativa que tenía. Era una sala grande con varios juegos, una mesa de billar y un futbolín. Antes jugaba bien al futbolín, pero hacía demasiado tiempo que no lo tocaba.

Después de desayunar Laura y yo nos fuimos a su casa para preparar las mochilas e ir a las charcas. Metimos las toallas, la crema solar que aunque no es verano el sol hace daño igual, agua, chanclas, un par de bocatas y ropa para cambiarnos por si acaso. Nos fuimos a la parada del autobús, que tenía forma de tren, que llevaba a las charcas termales. Lo bueno es que pasaba cerca de la casa de Laura, así que no tuvimos que caminar mucho. Yo estaba nerviosa, nunca había ido de día y a esas horas solían ir chicas muy delgaditas a tomar el sol y a hacer topless; mientras que yo no era ni la mitad de guapa que aquellas chicas y ni se me ocurriría con mis quilos de más hacer semejante exhibición. No es que no me gustase mi cuerpo, bueno, por días, pero yo no estaba acostumbrada a eso del topless. ¿Para qué quería nadie ver mis pechos o los de otra? Bueno, supongo que algunos de los viejos salidos que iban estarían contentos.

Durante el trayecto en autobús hablamos de que a lo mejor ella podía venir a mi pueblo un par de días y así conocer aquel sitio que me había robado el corazón y, cómo no, conocer a los chicos de los que le había hablado para poder dar una mejor opinión. Llegamos en un suspiro y lo primero que hicimos fue buscar un sitio donde poner las toallas para tomar un poco el sol. Ya estaba casi todo el césped lleno de toallas, así que nos tuvimos que poner cerca del muro donde estaban las charcas. Nos sentamos al estirar las toallas y nos echamos la crema solar, a pesar de ser temprano ya apretaba el sol. Era lo único bueno de que entrara algún frente de calor en invierno, pero había que echarse crema para evitar cáncer de piel y eso Laura lo llevaba a rajatabla. En cambio, en mi pueblo venía un ciclón explosivo con frío y lluvia e incluso con ráfagas de aire muy fuertes y rápidas.

—Parece que teníamos que haber venido antes para coger sitio, ¿no? —dije mirando alrededor.

—Sí, parece que todos nos pusimos de acuerdo. Es lo que pasa cuando hay un poco de sol.

—Sí —dije riéndome a carcajadas al igual que Laura—. ¿Vamos al agua?

Nos levantamos y nos fuimos a dar la ducha fría de rigor para empezar el circuito del

agua termal. Entramos en una de las charcas más grandes, dónde el agua estaba templada. Había una muy pequeña, que era la más fría. Había otra pequeña, en la que poca gente se metía ya que estaba muy caliente. La mayoría de la gente se quedaba en las del medio, como habíamos hecho nosotras.

Mientras hablábamos de nuestras cosas, me di cuenta de que había un chico que no paraba de mirar hacia donde estábamos nosotras. ¿Qué pretendía? Al rato, el chico que antes había visto mirando, se acercó acompañado de otro chico más joven. Me quedé extrañada. En cambio, Laura no. Los dos chicos se sentaron cerca de nosotras pero Laura no les hacía caso y me hablaba como si no se hubiese dado cuenta de lo que había sucedido. Seguimos con nuestra conversación, pero yo no podía centrarme cien por cien ya que por el rabillo del ojo los veía acercarse cada vez más y me ponía nerviosa. Incluso hablaban alto y hacían posturas para que los mirásemos.

—Lilith, tengo algo de hambre. ¿Comemos? —dijo Laura después de varias horas en el agua.

—Sí, vale. Yo también tengo algo de hambre —le contesté aliviada por salir de allí.

Volvimos a las toallas, con las que nos secamos un poco. Nos sentamos las dos en la misma toalla, una enfrente de la otra y nos pusimos a comer. Mientras comíamos, hablábamos de los sitios a los que me gustaba ir en el pueblo, el mar, las playas tan bonitas que había allí, y lo diferente que era de la ciudad. Ella me contó lo que había cambiado la ciudad, cerraron casi todos los cines, solo había uno en toda la ciudad, locales que habían cerrado y en los que habíamos estado y cosas así. Luego Laura me confesó que había un chico que le gustaba, no era de nuestra pandilla por lo cual no se lo había dicho a nadie. No estaba muy segura de a dónde iba esa relación, pero se gustaban bastante. Yo le pedí más información y ella me contó lo siguiente:

—Era de noche, mis padres estaban trabajando e iban volver tarde. Como era fin de semana decidí ir a dar una vuelta por los jardines de los patos. Cuando llegué me asombré al ver a una mamá pato con sus polluelos, ya que nunca la había visto por allí, pero también hacía tiempo que no iba por aquel lugar. Después de mirar un rato para ellos, como nadaban tan plácidamente y con esa tranquilidad de que nadie los va molestar, decidí irme hasta la fuente.

—¿La fuente que estaban reparando? —la interrumpí.

—Sí. Allí estaba él. Sentado en la fuente con la mirada vacía hacia algún lugar muy dentro de él. Las luces del parque estaban encendidas, menos las de la fuente. Me acerqué a aquel chico y al ver que no reaccionaba me incliné para ver si estaba dormido.

—¿Dormido? —pregunté extrañada—. ¿Sentado?

—Sí, yo en la iglesia he visto a gente dormida mientras el cura da el sermón —dijo sin poder evitar reírse.

—Yo nunca he visto eso... ¿Cómo es posible?

—Pues es gracioso, ponen las manos entrelazadas, bajan la cabeza y se duermen, así parece que están rezando y el cura no interrumpe la misa —respondió olvidándose de lo que estábamos hablando antes—. Pero eso es otra cosa. Lo que te decía, me agaché y miré

a ver si estaba dormido y no le vi los ojos cerrados, sino abiertos de par en par, como si algo lo hubiese asustado. Sus ojos estaban fijos en el suelo, así que le pase la mano por delante y ni aun así se movió un milímetro.

—¡Increíble! A mí me haces eso y me das un susto de muerte. —Las dos nos reímos al imaginar la escena.

—Aquel chico no se había dado cuenta de que estaba allí. Me levanté y le toqué el hombro para ver si reaccionaba. Él levantó su mirada, en sus ojos notaba una tristeza casi como la mía. Debía de sentirse solo o eso quise creer al verme reflejada en sus ojos. Sabes que yo siempre estoy sola y más desde que te has ido, aunque Luisa y yo nos vemos a menudo. Empezamos a hablar y poco a poco y tras otras veces que nos vimos, pues claro, se me hacía interesante y misterioso. Coincidíamos en muchos gustos, en la manera de pensar y una cosa lleva a la otra y se me acabó declarando.

—¿Y no tenías pensado decirme nada? ¡Te odio!

—Llevamos viéndonos como unos dos meses y medio, más o menos, se me declaró hace una semana y aún no le he contestado.

—¿Por qué? ¿No te gusta?

—Ya te dije que sí, pero me parece demasiado pronto. Acabamos de conocernos.

—Bueno, como tú me has dicho a mí: “El amor no llega cuando lo buscas, pero sí cuando lo necesitas”. Cuando llega hay que atraparlo, disfrutarlo y saborear cada momento, ¿no?

Laura se quedó pensativa ante sus propias palabras dichas por mí. Tal vez tendría que hacer caso a lo que acababa de decirle a Laura y aprovechar que ahora tenía a un chico que quería estar a mi lado. Unai era un chico muy amable, pero Anthony era de mi edad, había compartido muchas cosas con él desde que había llegado al pueblo. Cada una estaba enfrascada en sus pensamientos, intentando resolver su vida amorosa. Aquel chico de las charcas se acercó a nosotras con su amigo. Pusieron las toallas a nuestro alrededor y empezaron a hablar muy alto para que les hiciéramos caso. Laura me miró y yo la miré a ella, molesta, ¡queríamos estar solas y no necesitábamos a cinco chicos alrededor intentando llamar la atención como si fueran unos gallos de corral!

Como habíamos acabado de comer y había mucha menos gente que cuando llegamos, buscamos otro lugar para tomar el sol tranquilas, más cerca de las charcas. Nos echamos crema solar y nos tumbamos al sol para reflexionar sobre lo que habíamos hablado y yo me puse a intentar interpretar mi sueño de la noche anterior.

No era la primera vez que había tenido un sueño que se me había cumplido, la gente que creía en lo espiritual les llamaban sueños premonitorios. En el pueblo había una vidente a la que solía ir a pedir consejo sobre esos temas. Quizás debería recurrir a ella.

En mi primer año en Ribadeo, después de conocer a Xeila, vino a clase un chico nuevo que me parecía conocido; al poco tiempo tuve un sueño en el que aparecía él y decidí ir a ver a aquella mujer de la que me habían hablado tan bien. El sueño fue tan raro que después de contárselo a mi amiga ella me propuso ir a casa de la vidente, Nora. Así, con ciertas dudas, nos encaminamos hacia la casa a las afueras, donde vivía aquella mujer.

La casa era de dos plantas, vieja y parecía que podía caerse en cualquier momento. Decidimos llamar a la puerta pero me detuve a unos centímetros, me lo pensé, pero finalmente llamé. Una señora no muy mayor abrió la puerta, tenía el pelo negro recogido en una trenza y vestía como una persona normal, ¿acaso esperaba que se vistiera como las médium de la tele?

—Pasad —dijo.

—Gracias —dijimos Xeila y yo a la vez.

Una vez entramos nos llevó hasta la pequeña salita donde había un par de sillas y una mesa redonda. Nos sentamos las tres.

—¿Y bien? —dijo observándonos muy seria.

—Verás, es que he tenido un sueño muy raro y no sé muy bien que significa.

—Pues cuéntamelo y a ver qué desciframos —nos respondió sonriendo.

Cerré los ojos para recordar. Respiré hondo y las imágenes vinieron a mi cabeza mientras se las explicaba a Nora.

Estaba bajando las escaleras de un castillo. Tenía puesto un vestido precioso palabra de honor de color oro y blanco. Corría porque acababa de llegar alguien y lo iba a saludar. Cuando llegué al fondo de las escaleras allí estaba él, el chico nuevo del instituto, esperándome con un precioso traje de chaqué negro y gris. Se giró y me quedé quieta. Le había estado esperando. Tenía la sensación de que algo nos unía. Me miró con una ternura que me hacía sentir especial.

—Hola, Lilith.

—Llegas tarde —le dije, sabiendo que no dependía de él.

—Lo siento. Se retrasó el barco.

Me tendió la mano y nos fuimos hacia un jardín enorme y muy bien cuidado. Había muchos árboles y rosales. El césped estaba recién cortado, pues en el aire aún quedaba el aroma a hierba y había jardineros plantando flores. Nos sentamos en un banco a la sombra de un sauce llorón, siempre fue uno de mis árboles preferidos. Él intentó cogerme la mano y yo se la retiré.

—Siento que estés molesta.

—Yo...

—Te entiendo. No puedes dejar tus cosas de lado solo porque vengo a verte.

—Pero a mí me...

—Shhh —dijo poniéndome el dedo en sus labios—. Somos como hermanos, lo sabes. No hace falta que digas nada. Me han dicho que pronto te vas a casar.

—Sí, pero padre no quiere que me case con el hombre al que amo.

—Ya sabes que mi tío, siempre busca algo más.

Aparté la mirada y me quedé pensativa, ¿era esto lo que había que hacer por el bien

de la familia? De repente noté unas manos en mi cara. Él me estaba sujetando para que le mirase. Sus ojos eran muy expresivos en ese momento. Se acercó a mí y me dio dos besos. Sentí todo el apoyo y el amor que se suponía que debía darme por ser mi primo, pero yo quería estar con el hombre que me había robado el corazón. Empezamos con mal pie pero, conociéndole poco a poco me había ido conquistando.

—Bueno no parece difícil. ¿Qué es lo que te preocupa?

—Pues que el chico que me apareció en mi sueño lo conocí hace unos días.

—Bueno. Como sabrás, hay muchas personas que son reencarnadas y que han vivido otra vida antes de esta. Lo raro es que estas personas se acuerden de su pasado. Los pocos que lo hacen, creen que son sueños y no tratan de buscar la verdad que se oculta de ellos. Parece ser que después de ver a ese chico tuviste una pequeña visión de tu vida pasada.

—¿Y puede volver a ocurrir?

—No es muy frecuente pero si te has acordado una vez, a lo mejor también puedes acordarte de más cosas.

—Pero eso no significa que se vaya a repetir lo del pasado, ¿no?

—No tiene por qué, el destino es diferente en cada vida.

—¿Me dirías el destino de esta vida?

—Te daré una guía, el destino cambia con cada decisión que tomas. Aunque tú creas que es la correcta y no era la que tenías que tomar el destino cambia completamente. Lo único que puedo hacer es leer lo que te dicen las manos, que es un resumen de lo que te está predestinado.

—Entonces, eso se cumple siempre ¿no?

—Tarde o temprano, sí.

Miré a Xeila. ¿Debería saber qué iba pasar en mi futuro? ¿Y si Roberto estaba en él?

—Vale, entiendo. ¿Podrías...? —Me callé de repente

—Claro, déjame tu mano —me dijo antes de acabar mi pregunta.

Estiré la mano derecha hacia Nora y miré su cara y mi mano alternativamente. Tenía la cara muy seria de repente, ¿me diría algo malo?

—Vas a tener una vida muy larga, con algunos achaques hacia el final que te van a dejar un poco más débil. Siempre has sido una chica enamoradiza ¿no? Aquí dice que hay tres chicos que te han marcado o lo harán profundamente en tu manera de tratar con los hombres, te sale un chico de tu edad o un poco mayor que será una relación larga y duradera. En tu mano veo que tendrás dos hijos, una niña y un niño. Estás destinada a hacer algo grande con tu vida, lo único malo es que la fortuna no está mucho de tu lado aunque por veces tendrás una pequeñita porción de suerte.

Mientras Nora hablaba yo miraba mi mano intentando asimilar todo lo que me decía. Una relación larga y duradera, ¿yo? No sabía si estaba preparada para eso, a mí no me gustaba estar con el mismo chico mucho tiempo. Desde la decepción de Daris no confiaba en los hombres y por eso cuando sentía que estaba a punto de pillarme los dejaba, así no

me harían daño cuando me dejasen o me pusiesen los cuernos.

—Pero... —empecé a decir.

—Esto puede cambiar en cualquier momento, ya te lo dije.

Me quedé pensativa por un momento y miré a Xeila. Sus ojos me decían que nos fuéramos para pensarlo luego con calma.

Capítulo 10



Tal vez el sueño del día anterior había sido algún recuerdo de mi vida pasada. Y Carlos, ¿formaba él parte de mi pasado? ¿Sabría él algo al respecto? ¿O simplemente me estaba dejando sugestionar? Bueno, según Nora no todo el mundo se acordaba de su vida pasada. ¿Qué habría sido para Carlos en el pasado? Me había quedado muy intrigada con ese sueño y necesitaba más para sacar una conclusión. ¿Por qué en mis sueños me sentía atraída por él? ¿Por qué había esa complicidad?

De repente empezó a soplar una brisa fría, abrí los ojos y me sorprendí al ver el sol totalmente oculto por nubes grises. Avisé a Laura, que estaba también absorta en sus pensamientos. Le toqué en el hombro. Le señalé el cielo y ambas entendimos que el día de paseo se acababa. A Laura no le hacía mucha gracia, pero sabíamos que se podía poner a llover de un momento a otro. Lo mejor era no arriesgarse a llegar a casa totalmente caladas de agua hasta los huesos. Tuvimos mucha suerte, ya que, cuando llegamos a la parada, también llegaba el autobús. Subimos y en vez de parar en casa de Laura fuimos hasta la de Luisa.

Le mandé un mensaje al móvil a Luisa para avisarla y de paso aproveché para llamar a mi madre, aunque le había mandado mensajes de vez en cuando contándole que estaba bien. Mi madre era muy protectora conmigo, no le gustaba tenerme lejos demasiado tiempo y claro, ya eran tres días sin estar en casa. Eso la mortificaba así que la mantenía al corriente de lo que hacíamos. No sé ni cómo había conseguido convencerla de haberme ido con las niñas a la República Dominicana, supongo que fue porque estaba siempre peleándose con mi padre y los abogados y no quería que viviese mucho de eso.

Llegamos al piso de Luisa. Comparada con la casa de Laura todo parecía pequeño, pero en realidad era un piso bastante normal para una familia, un poco más grande que mi piso en el pueblo. Nos fuimos a la habitación de mi amiga. No tenía todo apelotonado, mi habitación tenía todo concentrado y casi no tenía espacio para caminar pero en la de Luisa había espacio de sobra. Tenía una cama de matrimonio con sus dos mesillas, mientras que yo solo tenía una, un armario con cuatro puertas y espejos en ellas y varios cajones. Encima de la cama tenía una foto de nosotras tres en el parque Miño, a tamaño grande. En una esquina de la habitación había un sillón de color marrón oscuro y una mesa de mimbre en la que tenía un portátil con unos altavoces negros. Me encantaba la decoración suave de la habitación de Luisa. Al vernos alteradas nos preguntó qué nos había pasado.

—Fuimos a las charcas y ahora el tiempo amenaza con llover —dijo Laura enfadada.

—Además había un pesado que nos andaba persiguiendo y no disfrutamos del poco rato de sol, de la comida ni del agua de las charcas. Era realmente pesado y sus amigos también —continuó sin dejar hablar a Laura.

—Bueno, siempre tiene que haber de todo, chicas.

Nos reímos las tres a carcajadas viendo la situación desde el punto de vista de Luisa y, la verdad, tenía razón, siempre iba a haber pesados que no nos iban a dejar disfrutar del momento, pero no puedo reprochárselo, Laura era muy guapa y llamaba la atención por donde quiera que pasaba. Tenía el cabello castaño largo casi por la cintura, su piel era blanca y casi parecía una muñeca de porcelana. Los ojos de Laura eran de un color azul muy claro, sus labios carnosos aunque el superior es ligeramente más fino. Tenía un tipazo de modelo, tan delgada y guapa, a veces me daba celos pero siempre estaba a mi lado sin importarle nada.

Esta iba a ser la última noche que pasara en la ciudad, mañana después de comer tendría que volver a mi querido pueblito de la costa que, aunque lo adoraba, también me gustaba estar con mis amigas de siempre. Luisa recogió algo de ropa, avisó a su madre y nos marchamos paseando a casa de Laura, que no quedaba muy lejos. Pasamos por delante de un escaparate de una tienda de organización de eventos, aún estaban lejos los carnavales pero ya empezaban a poner los disfraces. Me quedé mirando un vestido de época con una capa larga, ¡era precioso! Busqué desesperada a ver si estaba el precio pero no veía nada. Miramos el cielo otra vez y cada vez estaba más gris. Justo cuando estábamos a mitad de camino cayó un diluvio, llovía y llovía sin parar e incluso granizaba. Corrimos lo que quedaba de camino, apartando gente y esquivando a los que iban debajo de los soportales con paraguas. ¡Maldita manía tenían!, ¿no podían dejar los soportales para los que íbamos sin paraguas ni capuchas? Intentamos empaparnos lo menos posible, pero cuando llegamos a casa de Laura, la ropa y el pelo nos chorreaban agua. Entramos corriendo en el baño, que era tan grande como una habitación, nos sacamos la ropa y nos secamos con toallas. Enchufé el secador para sacarle algo de humedad a mi pelo, si no tardaría siglos en secar solo. Tapadas con toallas fuimos a la habitación, Luisa cargada con la mochila, para ponernos el pijama ya que la otra ropa estaba completamente empapada. Después de cambiarnos, Laura metió toda la ropa en la secadora, que empezó a hacer un ruido muy molesto. Parecía que en vez de ropa había piedras dando vueltas en el interior de la máquina.

Como no teníamos ganas de cocinar buscamos en la guía telefónica el número de teléfono de un restaurante chino para que nos trajera algo de comer: yo pedí pollo al limón, Luisa cerdo agridulce y Laura unos tallarines fritos además de unos Won ton para picar. Desde que había llegado a la ciudad básicamente solo comía comida china, en el pueblo no la había. Estaba bien cambiar de comida de vez en cuando. Luisa rebuscaba entre la música de Laura, necesitábamos algo de marcha. Encontró algo de bachata y la puso a lo más alto que daba el aparato de música.

Laura y Luisa empezaron a bailar y a mí me dio una puntada en el corazón. Desde nuestro viaje a la República Dominicana había evitado poner esa música ya que me recordaba a Daris. Luisa me agarró de los brazos y me hizo bailar sacándome de mis pensamientos. Era divertido volver a bailar con mis amigas, volver a aquella época en la que todo era sencillo. Luisa se había cortado el pelo y ahora tenía una media melena por

los hombros, que aunque normalmente la llevaba lisa con la lluvia se le había encrespado y rizado de nuevo. Su pelo se movía con cada movimiento de su cuerpo. Muchas veces veía a otras dominicanas y la verdad que Luisa me parecía la más guapa de todas. Era algo rellenita, por lo que me parecía una persona más natural que esas que son tremendamente delgadas con pechos y culos enormes, tal vez Luisa y yo deberíamos dejar los dulces.

Esa noche bailamos, comimos y hasta jugamos a juegos de cuando éramos más pequeñas, como la escoba, el burro y hasta Laura encontró un juego de cartas de UNO. Me dolía la barriga de tanto reír, estaba llena de energía y alegría. Me había sentido fenomenal desconectar de todo lo que me estaba pasando en el pueblo. Pero la culpa era mía, ¿por qué tenía que desear que mi vida no fuera aburrida? ¿Por qué quería más emoción? ¿Acaso no llegaba con todos los exámenes que me venían y este año de agobio escolar?

Fuimos a cama exhaustas de tanto bailar, las chicas se quedaron dormidas en apenas cinco minutos, pero a mí, como siempre, me costaba dormir. Este año terminaba el instituto y tenía que esforzarme a tope y más ahora que sabía que ellas vendrían a la universidad de Oviedo. Laura había terminado hace tiempo el bachiller y Luisa estaba por acabarlo, yo era la única que iba atrasada. Laura había estudiado un curso de moda durante un año, en ese tiempo había decidido qué carrera estudiar porque como ella decía: *“Para ir a la universidad siempre hay tiempo”*.

Mi mente no dejaba de trabajar y el hipnótico sonido del agua cayendo con fuerza a la carretera y pegando en las ventanas me relajaba. Me encantaba la lluvia. Poco a poco me fui durmiendo, deseando que esa noche durara días para no tener que irme y volver a ver a Unai y Anthony. Ellos querían algo de mí que yo no les podía dar. Unai era mi amigo y Anthony mi mejor amigo, siempre estaban a mi lado, no podían pedirme ahora que los viera de otra manera. A Anthony le había dicho que solo como amigos y a Unai no le había explicado nada, estaba muy confusa y aunque en estos días me había llamado no le había cogido el teléfono ni una sola vez. No iba poder evitarle mucho más tiempo.

Como me iba por la tarde, por la mañana bajamos a desayunar al bar de siempre, al lado de la casa de Laura, y allí estaban todos mis amigos otra vez, esta vez, para despedirme. Me encantó su detalle pero también sentía que mi corazón se rompía teniendo que dejarles aquí. Lo había pasado tan bien estos cuatro días que no quería volver a mi rutina. Las clases seguían y tenía que cogerlo con ganas para poder ir a estudiar con mis amigas. ¡Ya tenía nuevo propósito!

Después de comer en un restaurante de comida rápida, Luisa y Laura me acompañaron a la estación de autobuses. Mi maleta pesaba algo más que cuando vine, mis amigas me habían regalado ropa y libros, sabían que adoraba esas dos cosas. Mi maleta pesaba muchísimo, casi no podía con ella, menos mal que llevaba ruedas que si no... Entramos en la estación y fui a la ventanilla a comprar el billete. Había mucha gente, tuve miedo de que ya estuviesen ocupadas todas las plazas. Por suerte compré mi billete y pude elegir ir sentarme al lado de la ventana. Bajamos y esperamos a mi autobús. No tardó mucho en aparecer un autobús amarillo y negro en la pista donde yo tendría que cogerlo para volver a mi adorado pueblo. Cuando lo vi aparcar y bajar a la gente supe que en media hora tendría que estar en él para hacer un largo camino hasta la costa. Un largo camino en el que podría pensar cómo decirle las cosas a Unai sin que pareciera una

persona fría y calculadora.

Mis amigas se despidieron de mí, Luisa me ayudó a meter la maleta hacia el fondo, ya que yo sería de las últimas en bajar del autobús. Prometieron hablar a menudo conmigo y que cuando volvieran las vacaciones vendrían al pueblo. Nos abrazamos fuerte, algunas lágrimas rodaron silenciosas por nuestras mejillas y noté un nudo en la garganta, era imposible tragar saliva y solo tenía ganas de llorar por dejarlas. Pero tenía que marcharme. Mi vida ya no estaba aquí, pero ellas siempre serían parte de mí. Subí al autobús decidida a coger al toro por los cuernos y hacerme respetar por todos.

Durante el viaje empezó a llover. Pasé la mirada por todo el autobús, que iba lleno. Algunos iban recostados, otros escuchando música, unas chicas delante de mí leyendo, todos hacían algo. Mi compañero estaba dormido con unos cascos en los oídos. Volví a mirar por la ventana y sin darme cuenta me quedé dormida y empecé a soñar.

Capítulo 11



*E*staba delante de un espejo enorme, me veía de cuerpo entero, tenía puesto un precioso vestido de color azul y continuaba probándome otros tantos vestidos de diferentes colores, siempre de tonos claros. Me habían traído una gargantilla de perlas con un diamante en forma de corazón. Tenía flores en el pelo y adoraba cómo me quedaban.

Salían y entraban chicas, supuse que serían las sirvientas, con ropa y joyas para que me probara.

Una chica rubia y delgada me traía en brazos un vestido de color beige, palabra de honor, muy ceñido a la cintura. Tenía encaje debajo del busto y en la cintura, era muy pomposo y me encantaba. Otra chica intentó cambiarme la gargantilla pero se lo impedí, esa era preciosa, no quería probarme más. En ese momento entró mi padre seguido de una señora rubia, algo regordeta y con unos ojos verdes preciosos. La señora se acercó, me puso sus manos en los hombros y mirando al espejo me dijo:

—Hija, estas realmente hermosa. Ese vestido resalta tus ojos y tus labios

—Gracias —Estaba nerviosa y no podía quitar los ojos del espejo.

—Este será el vestido para el baile que se celebrará en unas semanas —dijo mi padre.

—Encontraremos un gran hombre para ti, hija —respondió mi madre dando por terminada la conversación.

Las chicas volvieron a cambiarme de ropa, esta vez me pusieron un vestido más ligero de color azul cielo con encaje blanco. Me quité la gargantilla y rápidamente me pusieron otra más sencilla, un lazo de color blanco con un cristal en forma de lágrima. Me senté delante del tocador e iba a peinarme cuando vino corriendo una de las chicas para quitarme el cepillo de la mano y se puso a peinarme ella.

No tuve más opción que dejar que hiciera ella el peinado. Una vez estuve lista salí de la habitación para dar un paseo por el jardín. Me detuve ante el rosal de rosas blancas. Cogí una rosa e inhalé su delicioso aroma.

Me senté un uno de los bancos del jardín, era un jardín enorme lleno de flores de muchos colores que llamaban la atención. Una de las chicas vino a traerme una sombrilla, una mujer de la alta sociedad no debía de verse morena, dijo esta. Escuché pasos detrás de mí y al girarme vi a Carlos.

Me desperté desorientada, miré por la ventana y reconocí un edificio de piedra con tres banderas. Tan solo quedaban unos cuantos kilómetros para llegar a mi destino. Me sorprendió ver que ya era de noche.

Llegué a la estación de autobuses de Ribadeo, me bajé y busqué mi maleta entre el resto. Menos mal que, aunque eran todas parecidas, yo tenía un distintivo en mi maleta. Aún medio dormida y asustada por el sueño, caminé hasta mi casa. No era un camino muy largo pero con compañía todo era más llevadero. Las calles estaban abarrotadas de gente y una chica me preguntó cómo llegar al hotel en el que se hospedaba, ya que se había perdido. La acompañé hasta el hotel ya que quedaba cerca de mi casa y así no iría sola.

Me senté en el portal de mi casa, no me apetecía nada subir. Escuché unos pasos detrás de mí y al girarme vi a Carlos, ¡como en mi sueño! Mi corazón se aceleró, ¿estaba teniendo visiones o aún estaba soñando?

—Hola, qué susto me diste —dije con la mano en el pecho.

—No tenía intención de asustarte —me respondió avergonzado.

—No pasa nada, estaba ensimismada en mis pensamientos.

—¿Qué tal la fiesta?

—Bien, me alegró mucho estar con mis amigas. —Hice una pausa. Me gustaba que se preocupara por mí—. Tal vez vengan ellas aquí en el verano.

—Qué bien. Nunca se deben olvidar las viejas amistades.

Dicho eso se despidió de mí y siguió su camino de costumbre tarareando aquella canción. ¡Teníamos que dejar de vernos así, algún día me iba a dar un infarto del susto!

Subí al piso en ascensor, no me apetecía subir tres pisos andando con la maleta que pesaba bastante. Al entrar en casa, mi madre me abrazó como si acabara de llegar de la guerra. Me había echado mucho de menos y yo a ella también, solo que mis amigas hacían que estuviera ocupada todo el día y apenas tenía tiempo de mandarle un mensaje. Me ayudó a deshacer la maleta y quedó asombrada con la ropa que me habían regalado mis amigas. Hablamos de lo que hice, de cómo estaban todas mis amigas, del chico que le gusta a Laura y de cómo habían mejorado los alrededores del río. Me preguntó si había visto a mi padre. No había querido verle, ni le había avisado de que estaba en la ciudad, pero Laura me dijo que ya había nacido el bebé de su nueva novia y que le veía muy contento.

Yo no sabía si alegrarme o no. Él nunca me había hecho caso en toda mi vida, trabajaba a todas horas y yo básicamente me había criado con mi madre como si fuera madre soltera. La única vez que me hizo caso fue cuando se divorciaron, intentó que me quedara con él para hacer sufrir a mi madre, pero yo quiero a mi madre por encima de todas las cosas. ¿Cómo pretendía que me quedara con él si nunca había estado en mis cumpleaños ni momentos importantes? Era un desconocido. ¿Iba hacer lo mismo con este bebé? No creía posible que mi padre cambiara porque, como dice el viejo refrán, la cabra siempre tira al monte.

Estaba agotada del viaje, del cumpleaños y de mis sueños raros así que me dejé caer sobre la cama y me quedé dormida al instante.

A la mañana siguiente me levante tardísimo y me sorprendió verme tapada. Mi madre me había dejado dormir y se lo agradecía. Cuando fui al salón estaba viendo una comedia de vampiros. Me senté con ella en el sofá y me puse a comer pipas. Al terminar la película hicimos la cena, que estaba riquísima. Mi madre se acostó y yo preparé la mochila, ya que al día siguiente tenía clase. Me metí en cama y encendí la lamparita que tenía en la mesilla de noche para empezar a leer uno de los libros que me habían regalado.

Para mí habían pasado cinco minutos desde que había dejado el libro y apagado la lamparita hasta que sonó la alarma. Sin ganas, me levanté, me puse lo primero que encontré en el armario, me recogí el pelo en una coleta y cogí algo para desayunar por el camino al instituto. Casi se me olvidaba la mochila, como siempre. El camino desde mi casa hasta el instituto no era largo, había que cruzar el pueblo de un lado a otro pero no se hacía pesado y en quince minutos estaba en la puerta del instituto. A medida que hacía el camino nos íbamos juntando la pandilla, primero iba a buscar a Keesha, que vivía a dos calles de mi casa. Luego, en el portal siguiente al de Keesha, se unía Mónica, un par de calles más adelante, Anthony y casi cerca del instituto, Xeila; los demás venían en autobús porque venían de las afueras del pueblo.

Hice como si nada hubiera pasado entre Anthony y yo, aunque notaba que estaba más frío conmigo. Keesha aún no me había dicho que estaba liada con Lexter, aunque para ser sinceros tampoco veía que las cosas hubieran cambiado entre ellos, no se miraban más de lo normal, ni se buscaban para hablar. Unai seguía mandándome mensajes y no sabía cómo hablar con él.

Las clases se me hacían más pesadas de lo normal, odiaba tener un puente porque luego no quería volver a clase; menos mal que estaba en el último año de instituto. Luego solo tendría que pensar qué iba a hacer, si iba a continuar con bachiller para luego hacer una carrera o si mejor me decantaba por una formación profesional que ahora estaba muy de moda. La verdad es que quería llegar a ser profesora por lo cual necesitaba hacer bachiller, pero últimamente lo de estudiar no me apetecía nada, así que lo mejor era estudiar un ciclo formativo de dos años y luego tener un trabajo para tener mi propio dinero.

Llegó el recreo y me decidí a mandarle un mensaje a Unai, le cité para vernos en el puente de palo a las ocho de la tarde. Esperaba que fuera fácil decirle lo que había pensado estos días.

Las siguientes horas de clase se me hicieron más amenas ya que eran las clases de historia y la historia me encantaba. Nos avisaron de que en este trimestre íbamos a tener varias charlas, un autor nos vendría hablar de su libro, luego la mítica charla sobre educación sexual que teníamos cada año y por último la orientadora hablaría en clase sobre salidas profesionales. ¡Qué emoción! Y lo mejor es que casi todas cuadraban entre marzo y abril, estaba bien descansar un poco.

Por fin sonó el timbre que proclamaba la libertad escolar, nos íbamos a casa a comer. Mi madre me había llamado en el recreo y me había dicho que tenía que hacer un viaje a otra ciudad y que estaría fuera un par de días. Tenían una exposición de turismo en no sé dónde, tampoco es que le prestara mucha atención. Últimamente tenía bastantes salidas de esas. La pandilla había decidido ir al restaurante de comida rápida más famoso, por así

decirlo, del pueblo. Había estado fuera cuatro días y querían comer todos juntos para organizar la salida del fin de semana. Teníamos pensado ir a las fiestas de Vegadeo, si no fuera porque está en Asturias bien podría pasar por un pueblo más de Galicia por lo cerca que estábamos. Había que organizarse para ir todos juntos, ya fuera en autobús o coches y todas esas cosas.

Nos sentamos en la mesa de costumbre, esta vez vino un camarero nuevo muy guapo.

Tomamos lo de siempre y comenzó el debate. A veces tenía que poner orden y pedir silencio, no nos dábamos cuenta y subíamos mucho el volumen y los del restaurante nos lanzaban miradas de reproche. Yo propuse que fuéramos en autobús, nos llevaría menos tiempo y podríamos disfrutar más de la fiesta. Iba ir una gran orquesta que nos encantaba a todos. Al final, después de mucha discusión, decidimos ir en autobús ya que era lo que mejor se nos acomodaba, porque ir andando era un poco peligroso ya que la carretera no tenía arcones.

Después de comer, Xeila y yo nos fuimos a dar una vuelta hasta la Atalaya. Por el camino nos encontramos con Paula que se unió a nosotras. Al llegar, como siempre, nos sentamos en los cañones, ¡la vista era hermosa! Era de los primeros lugares que había descubierto y desde entonces no dejaba de visitarlo de día o de noche. La hierba estaba alta, no habían ido a cortarla. Nos acercamos al muro que limitaba el precipicio hasta el paseo marítimo, se veían las barquitas atracadas en ese mar tranquilo. En frente se veía Figueres, un pueblecito de Asturias en el que también teníamos algunos amigos.

Empezamos a contar chistes, a hacer tonterías y, como siempre, yo acababa a nada de partirme en dos de la risa. Siempre que nos juntábamos las tres era un no parar de reír, esta vez les conté del chico pesado de las charcas que nos acosaba a Laura y a mí, aunque lo exageré un poco más para que hiciera gracia.

Miré el reloj y ya empezaba a hacerse tarde, nos despedimos y Paula y Xeila se fueron a sus casas. Vivían portal con portal cerca del instituto. Yo me fui haciendo el camino hacia el puente de palo. Salí de la atalaya y pasé por la hamburguesería, seguí de frente y llegué hasta una pequeña capilla que nunca había visto por dentro; caminé poco a poco mirando el mar, que estaba a mi lado derecho, y me encaminé al puente de palo. Había llegado antes de tiempo, me senté en las piedras a esperar que Unai llegara, seguro que vendría en coche. Empezaba a sentir algo de frío, no me había traído una chaqueta y me notaba impaciente por esa cita a la que Unai parecía que iba a llegar tarde, ¿quería hacerse el interesante conmigo?

Eran las ocho y media cuando apareció Unai y yo estaba muy cabreada. No sé qué reacción esperaba de mí, pero seguro que no fue la que deseaba.

—Hola —dijo como si nada pasase.

—Llevo media hora esperándote, me pillas de milagro.

—Pero aún estas aquí —comentó sonriendo.

—Solo venía a hablar contigo. Te mereces una respuesta a lo que pasó la última vez y a que no haya querido verte hasta ahora. Pero veo que no te interesa —dije molesta.

—Te escucho —respondió sentándose a mi lado mirando hacia el mar él también.

Respiré hondo, ya tenía claro lo que le iba a decir pero no quería hacerle daño. No podía estar enamorado de mí, ¿no? Llevaba dos años con Keesha hasta que lo dejaron hace un par de semanas. Aún estaría enamorado de ella, ¿no? ¡Sería lo más normal!

—Siento mucho si te di a entender que me gustas. No voy a negar que eres guapo, muy simpático y me haces sentir protegida, pero no estoy enamorada de ti ni tengo hacia ti ningún sentimiento de amor o atracción.

—Pero... —intentó hablar, impresionado— el beso que nos dimos. Yo pensé que...

—Lo siento. El beso no sé por qué pasó, supongo que, no sé, todo lo del beso con Anthony me tenía algo rara, no sé explicarte. Lo siento.

Me levanté del muro de piedra y sin mirarle me fui a casa. Miré hacia atrás cuando ya estaba lejos y le vi cabizbajo, a lo mejor había sido muy dura con él. Tenía que dejarlo claro, yo solo quería a Lexter y hasta a él tenía que olvidarlo.

Caminaba despacio en dirección a casa. Un sonido que ya reconocía muy bien llegaba a mis oídos. Carlos estaba cerca. Me quedé quieta esperando a que él llegara desde donde quiera que viniera. Me paré intentando que pareciera casual, él me vio y se acercó a mí. No estaba nerviosa, esta escena me resultaba muy familiar, no sé si por los sueños o por las veces que nos habíamos encontrado así. Algo me sacudió por dentro y no pensé en lo que estaba a punto de decirle.

—¿Tú y yo nos conocemos de antes?

Carlos se quedó petrificado por mi pregunta, sin saber que decirme. No sabía por qué lo había dicho, solo eran sueños. Sueños de una niña adolescente, nada más. Por mucho que dijera Nora, solo eran sueños y nada más.

—Perdona, yo solo. Bueno, es que...

No sabía dónde meterme y me marché corriendo de allí en busca de algún lugar donde esconderme. Mi cabeza estaba a punto de estallar. ¿Por qué había dicho eso? ¿Cómo le había preguntado eso? Claro que no nos conocíamos de antes, él había vivido aquí y no en mi ciudad. No sé qué cosas me pasaban por la cabeza.

Seguí mi camino aún con lo que acababa de decir en mi mente, ni siquiera me había dado cuenta de que estaba en el portal de casa. Subí por las escaleras y nada más entrar en casa me fui al balcón. Miré hacia las montañas y me imaginé cómo sería vivir en algún lugar que no estuviera tan edificado, sola y acompañada de mis pensamientos. Como empezaba a refrescar entré para coger una chaqueta y el MP3. Me encantaba quedarme en el balcón apoyada escuchando mi música mientras miraba a la gente que pasaba.

La música me tranquilizaba y ahora mismo estaba histérica y muy nerviosa. Cerré los ojos para dejarme transportar por la música y tranquilizarme. Abrí los ojos y en la acera de enfrente vi a Carlos, que miraba hacia arriba. Nuestras miradas se encontraron. Mi corazón se aceleró al recordar lo que le había dicho. Noté cómo me subían los colores y como no sabía qué hacer me metí dentro de casa.

La mirada de Carlos era diferente esta vez, no vi ese brillo de odio que solía verle,

tenía un brillo diferente que no llegué a interpretar. Dándole vueltas a todo y aún con la música sonando suavemente en mis oídos me fui durmiendo.

Sonó el despertador arrancándome de mi mundo de sueños. Sin ganas, me levanté y me preparé para marcharme a clase, lo bueno es que el puente había cogido parte de la semana y este era el último día de clases. Lo malo era ahora me esperaban casi dos meses de exámenes constantes en los que no tendría tiempo de nada, casi ni de respirar.

El día pasó rápido. La mayoría del tiempo lo pasé absorta en mis pensamientos y aunque Keesha intentaba distraerme no lograba concentrarme en nada que no fuera ese brillo en los ojos de Carlos y por qué me habían salido aquellas palabras. Al salir al recreo Lexter había tropezado conmigo, se le cayeron los libros y los apuntes al suelo. Me miró y acto seguido a Keesha, ambos tenían esa mirada interrogante en la cara a la que no hice caso. No me interesaban esos dos ahora mismo, mi cabeza buscaba una explicación a todo lo que me estaba pasando. El resto de las clases pasaron entre apuntes, agradecí que nos dejaran hacer ejercicios y repasar porque mi cabeza no estaba para tonterías.

A la tarde fui a buscar a Xeila para dar un paseo y hablar un rato, ya que iba a ser nuestro último fin de semana tranquilo. Nos fuimos al parque del ayuntamiento, que habían cambiado las flores recientemente y aún no las habíamos visto. Me encantaba aquel parque, las rosas blancas, los árboles, casi se parecía al jardín de mis sueños.

—Xeila, he tenido más sueños de mi vida pasada.

—¿Más? —dijo sorprendida.

—Nora dijo que era raro que me acordara de más cosas, pero no sé.

—Pero también dijo que ibas a hacer algo grande en tu vida, tal vez sea eso.

—¿El qué? —pregunté interrumpiendo a mi amiga.

—Pues no sé. Tal vez poder acordarte de tu vida pasada y cambiar el desenlace en el presente, no sé. Tal vez en tu pasado no pudiste ser feliz o te obligaron a algo y ahora puedes cambiarlo, ¿no ves que te encuentras con mucha gente de tu pasado? No sé si me explico.

—Sí, creo que te entendí, pero no tiene mucho sentido, ¿no?

—Ya, bueno, lo que te pasa tampoco es que tenga mucho sentido.

—La verdad es que no —le respondí bajando la cabeza y pensando en que tal vez mi amiga tenía razón.

Cambiamos de tema mientras decidimos ir hasta el auditorio. Bajamos por la rampa que estaba al lado de la oficina de turismo y seguimos de frente hasta las barandillas, donde, como en la Atalaya, se veía Castropol separado por la ría. Era una vista preciosa, el sol se reflejaba en el agua y hasta se veían algunas barquitas. Nos quedamos allí un rato hablando de tonterías, de lo mucho que había que estudiar y sobre todo de las pocas ganas que teníamos. Xeila se despidió de mí y se marchó para hacer unos recados de su madre. Yo me fui a dar una vuelta por las tiendas, no tenía nada que hacer y parecía que todos estaban ocupados. Decidí irme a una de las playas del pueblo, me fui al cargadero. La playa estaba llena de piedras, me senté en la más grande y miré al mar, cómo se acercaban

las olas, lo sosegado que estaba todo. Por fin, me sentía tranquila y en paz, algo que no había sentido desde que había empezado todo lo de Lexter y los demás.

Nada tenía sentido, ¿por qué tenía esos sueños de mi pasado? ¿Qué era Carlos para mí en mi pasado? ¿Sabría él algo? Me quedé pensativa, la reacción de Carlos había sido de sorpresa cuando le había preguntado aquello. Tenía que hablar con él pero no sabía cómo encontrarlo, era él quien me encontraba. Noté que alguien bajaba las escaleras. La persona se sentó cerca de mí y me sorprendí al mirar por el rabillo del ojo, era Unai y se le veía triste.

—Hola.

—¿Cómo estás? —le respondí.

—Bueno, no muy bien. Siento lo del otro día, sé que no te gusta que te hagan esperar.

—No pasa nada, a lo mejor fui algo bruta contigo.

—Me gustas mucho, Lilith. De verdad.

—Lo siento, yo no siento eso por ti. Eres un gran amigo, te tengo mucho cariño y aprecio por estar siempre cuando te he necesitado.

—Sé que es difícil de entender, yo estaba con Keesha, sí, pero pasábamos tanto tiempo los tres que para mí fue inevitable ir empezando a sentir cosas por ti. Eres muy divertida, sincera y espontánea.

—Gracias, pero no puede ser. Entiéndelo.

—Yo quiero luchar por ti. Sé que puedo conquistarte, dame una oportunidad.

Le miré a los ojos y en ellos vi una gran ternura que llegó al fondo de mi alma. Era guapo, le gustaba estar conmigo y era sincero. Tal vez podía darle una oportunidad para intentar conquistarme, no sé. La duda asomó en mis ojos y él se aprovechó de ella.

—Lilith, eres una gran chica y me encanta estar a tu lado. Por favor, déjame intentarlo, no pierdes nada.

No sabía qué decirle, razón tampoco le faltaba. Estábamos muy bien juntos, nos llevábamos bien. ¡No podía decidirme! Tal vez a su lado, toda esta locura que me empezaba a rodear se alejase de mí y podía tener una vida aburrida otra vez.

—Yo. Necesito tiempo, aún tengo a Lex en la cabeza...

—No importa, yo sé que te haré olvidarle. Yo de verdad siento algo por ti.

No sabía qué decirle así que giré la cabeza y volví a mirar al mar que aún seguía tranquilo. Sé que Unai esperaba una respuesta, pero lo mejor era dejarlo como estaba. Nos quedamos callados, simplemente acompañándonos el uno al otro. Empezaba a oscurecer y decidí irme a casa, no tenía nada que hacer y tampoco tenía hambre, pero necesitaba descansar. Me levanté y Unai me sujetó la mano para pararme.

—¿Ya te vas?

—Bueno, ya llevo mucho tiempo aquí.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, gracias. Estoy bien, me voy a casa.

Me solté y subí las escaleras decidida. Iba a ir al faro, no tenía claro lo de ir a casa, no solía ir de noche pero me gustaba que el viento me diera en la cara e hiciera mecerse mi pelo. Lo bueno es que desde el cargadero no quedaba lejos, sería como un pequeño paseo.

El viento movía las ramas de los árboles del camino, mi pelo ondeaba y tenía la sensación de volar. Llegué al faro casi sin darme cuenta. Me fui hasta el cascarón que habían construido, ya que no se permitía la entrada libre al faro, tenía unas verjas altísimas antes del puente por el cual se llegaba con un candado enorme.

Al acercarme al cascarón vi que había alguien. Intenté no molestar a quién estaba allí. Me dirigí hacia una de las cuatro paredes sin revestir para ver el mar.

Me sobresalté al notar que alguien me ponía la mano en el hombro, di un salto y busqué mi pequeña navaja que tenía en el llavero. Me giré despacio con miedo y la mano en el bolsillo del pantalón, por si acaso. ¿Quién sería?

Mis ojos se abrieron como platos al ver a Carlos, tenía una mirada diferente, una mirada que ya había visto antes; como la del sueño. Sin saber muy bien por qué, me sentí nerviosa e incómoda. En sus ojos se reflejaban los míos. El viento movió mi pelo y él me ayudó a colocarlo en su sitio, era muy tierno.

Era igual que aquel sueño, no sabía qué hacer y él tenía la misma mirada. Algo me empujaba a hablar con él y pedirle perdón por marcharme así el otro día.

—Lo siento. —Es lo único que alcancé a decir con el nerviosismo que invadía mi cuerpo.

—No tienes por qué pedirme perdón por nada.

—Es que siento que nos conocemos, pero no sé de qué —le mentí, sabía que formaba parte de mi pasado, pero ¿lo sabría él?

—Algún día lo recordarás y yo te estaré esperando —dijo acercándose a él para darme un beso en la frente y marcharse.

¿Algún día lo recordarás y te estaré esperando? ¿Se refería a mis sueños? ¿Qué sabía él? Me puse roja al recordar que me había besado en la frente y mis deseos habían ido a que él me hubiese besado, como Anthony o Unai. Me quedé allí sentada, tocándome la frente con mis dedos temblorosos, esperando a entender por qué ahora mi vida había cambiado tanto. ¿Cuándo se había vuelto todo tan raro? Era como una mala pesadilla que nunca se terminaba. Tenía que acordarme de todo de una vez para entender lo que me había dicho Carlos. Tendría que volver a ver a Nora, tal vez había alguna forma de recordarlo todo.

A la mañana siguiente llamé a Xeila y le conté lo que me había pasado. Ella era la única de mis amigas que estaba al tanto de lo de Carlos y lo de mi pasado, ¿que por qué no se lo contaba a nadie más? Porque ya no confiaba en Keesha, y Laura y Luisa estaban lejos y aunque hablara con ellas no podían acompañarme en esto, y las otras chicas del grupo, bueno, no éramos tan amigas y a los chicos no iba a contárselo, me iban a llamar de

todo, que si loca, bruja o yo que sé.

A las cuatro de la tarde Xeila vino a buscarme para ir hasta casa de Nora. Ya no podía aguantar más esta tensión y las palabras de Carlos aún resonaban en mi cabeza.

El camino hasta allí se me hizo muy largo, aunque Xeila me daba conversación y comentábamos lo de Unai.

—Mujer, no pierdes nada por intentarlo. Es buen chico —me comentó Xeila.

—Pero es el ex de Keesha, que aún no la perdono por liarse con Lex. Ya sabes que el ex de una amiga no puede tocarse.

—Pero ella si le quisiera la mitad de lo que él la quiso, no se hubiera liado con otro, y lo sabes.

—Sí, lo sé, pero según me dijo Unai él se estaba enamorando de mí, ¿no? Entonces tampoco es que él quisiera tanto a Keesha, ¿quién me puede asegurar que no me pasará a mí lo mismo con otra amiga?

—Ya estás, puede que a lo mejor tú realmente consigas enamorarlo y no necesitará fijarse en otra mujer ya que tú se lo darás todo.

Llegamos a casa de Nora, llamamos y esperamos a que nos abriera. Como siempre que la íbamos a ver, nos llevó a aquella sala. Me senté cerca de Nora y en mi cara se podía ver la ansiedad que me dominaba. Esperaba que con sus respuestas consiguiera calmarme y ver otra solución a todo esto.

—¿Y bien? —dijo sonriendo.

—Quiero poder recordar más cosas de mi vida pasada, ¿es posible?

—Se podría intentar, pero no te prometo nada. Tienes que estar receptiva, tranquila y sin nervios o prejuicios.

—Entonces es mejor en una época en la que me sienta tranquila, ¿no?

—Siempre es más recomendado, pero si hasta ahora te has ido acordando por ti misma no sé por qué acelerar el proceso.

—Porque necesito saber cosas e ir poco a poco me desmoraliza. Necesito entender ya lo que pasa.

—Mira, te aconsejo que vayas poco a poco ya que así es más fácil asimilar las cosas. No es fácil descubrir información de tu otra vida y mucho menos conseguir recordar todo. Todo sigue su ritmo, no hay que forzar nada.

Todo tenía sentido pero yo necesitaba sacarme las dudas de mi pasado.

—¿Es verdad que los que son reencarnados suelen tener rasgos de su vida pasada?

—Solemos tener algo, el carácter suele ser siempre el mismo aunque físicamente a lo mejor solo conservamos un rasgo pequeño como el color de ojos, de pelo y en algunos casos el físico puede ser el mismo en ambas vidas.

Después de un par de preguntas más para intentar buscar la luz a todo este tema dimos por terminada la conversación y nos marchamos. Me fui algo más tranquila

deseando poder recordar más cosas por mí misma.

Ahora iba a estar algo atareada de exámenes así que era mejor centrarse en los ellos. mi vida de ahora tenía que ir hacia algún camino, aunque fuera una formación profesional. El invierno estaba llegando a su fin, en nada iba a llegar marzo y con él la primavera. Yo ya había repetido dos cursos, uno en mi ciudad, porque me había juntado con malas compañías, y otro en el pueblo. La verdad, me había quedado alucinada al ver el nivel tan alto que tenían. Me había costado mucho ponerme al nivel de los demás, pensé que al venir de la ciudad tendría más nivel, pero no. Este curso era el último y tenía asignaturas pendientes del curso pasado, los exámenes no eran difíciles pero se juntaba todo, aunque sabía que podía con ello. Ahora más que nunca estaba decidida a acabar con mi etapa obligatoria y hacer todo lo que pusiera para tener buenas notas, por si algún día decidía ir a la universidad.

Volví a casa e invité a Xeila a cenar. Comimos y como no quería quedarme sola le pregunté si se quedaba a dormir.

Capítulo 12



Me desperté sorprendida de no haber tenido ningún sueño y sobre todo descansada. Desayunamos con prisa, fuimos al instituto y Xeila fue por sus libros. Nos reunimos en la puerta y nos separamos yendo cada una a nuestra clase. Me sorprendió que ni Lex ni Keesha estuvieran en clase. Estarían haciendo algo juntos. Por suerte el profesor que nos daba las asignaturas de ciencias no vino y por pudimos marcharnos después del recreo. Por la tarde quedamos toda la pandilla en la estación de autobuses. Habíamos decidido ir temprano y cenar en algún restaurante barato que ya teníamos fichado de otras veces.

Llegamos a Vegadeo, allí nos juntamos con varios amigos que habíamos hecho a lo largo de los años y tranquilamente nos juntamos diez personas. Fuimos cenar a una hamburguesería barata cerca de la zona de la fiesta. Había un tráiler enorme al lado del parque de la iglesia, cerca de la entrada del pueblo. Nos juntamos en el parque de la iglesia para tomar unas copas con otros compañeros que nos presentaron. Me lo estaba pasando genial, la bebida hacía que mi timidez se fuera y logré disfrutar de la fiesta, de la música y de la compañía sin preocuparme por nada. Anthony se había separado del grupo, supongo que por mi culpa, pero esperaba que pudiéramos volver a ser amigos. Cuando ya no aguantamos más, nos despedimos de todos y volvimos a nuestras casas en autobús.

Empezaba la semana de clases de nuevo. Como ahora venían todos los exámenes, la mayoría de los profesores nos dejaban estudiar y organizarnos. A mí me venía genial, ya que en ese tiempo hacía resúmenes para estudiar luego o pasaba a limpio los apuntes del tema si me faltaba alguna cosa. Las clases se pasaban volando entre preparar temas, corregir ejercicios que tenía a medias y buscar algunas notas que no me había dado tiempo a coger. Tenía que prepararme a conciencia. Cuando llegué a casa mi madre ya me tenía la comida en la mesa, había hecho albóndigas caseras con arroz y una salsa riquísima. Comí rápido porque aún tenía que volver a clase a la tarde.

La semana se me pasó volando enfrascada en la preparación de los exámenes. Necesitaba un pequeño respiro. Xeila y yo nos fuimos al cine a ver una película de vampiros que nos había llamado la atención en los tráileres que echaban en la televisión, a la cual también invitamos a venir con nosotras a Unai. Yo no estaba del todo segura, pero Xeila insistió. Unai había estado muy atento conmigo esa semana, me había mandado mensajes sin agobiarme y se preocupaba por cómo iba con los resúmenes y eso. Me había dicho que si necesitaba ayuda allí estaba él para lo que quisiera. Me hacía sentir alguien especial.

Nos sentamos atrás de todo, justo había tres asientos. Como siempre, la mitad de las gominolas que comprábamos nos las comimos antes de que empezara la película.

La película era muy interesante, no sacaba ojo a la pantalla, me encantaban los vampiros desde que era pequeña. La protagonista vampira se había enamorado de un chico humano y estos luchaban por su amor. ¿Por qué el amor era tan bonito en las películas y en la realidad era tan difícil? ¿Por qué las personas que querías que estuvieran a tu lado se iban con otras? ¿Tan difícil era encontrar un hombre al que amar y que él me amara incondicionalmente?

Cuando acabó la película nos fuimos a cenar a la hamburguesería donde solíamos ir a celebrar los cumpleaños. Unai nos contaba chistes y casi me atraganté con la coca cola, me tapé la nariz porque pensé que me iba a salir por ella, ya que me picaba mucho por las burbujas. Fue una cena divertida en la que tanto Xeila como yo disfrutamos de una noche agradable en la que acabamos con dolor de barriga de tanto reírnos.

Unai quiso saber cómo nos habíamos conocido Xeila y yo, y ante la mirada de mi amiga y con una sonrisa cómplice empecé mi relato:

“Era mi primer año en el pueblo y en el instituto nuevo. Rápido hice amigos y en un recreo una chica de otra clase me vino a decir que había una chica que se llamaba Xeila, de la misma clase que ella, que me quería pegar y no sé qué cosas más. Yo, con mi genio, le dije a Sagrario, así se llamaba la chica que me advirtió, que me trajera a la chica esa y que íbamos a ver quién pegaba a quien. Al día siguiente, en el recreo, yo estaba con mis amigos al lado de la puerta de la biblioteca y aparecieron las dos.

—Esta es Xeila —me dijo Sagrario y luego se marchó.

Me acerqué a ella y la miré de arriba abajo. Era morena y bajita, con expresión ausente, como si nada fuera con ella. Pensé: ¿y esta quiere problemas conmigo?

—Me dijo Sagra que tú me andas insultando. ¿Tú sabes quién soy? ¿Me conoces de algo?

—No.

—¿Entonces?

—Yo no dije nada. Si es la primera vez que te veo.

—Normal, es mi primer año aquí.

Desde ese día nos hicimos inseparables. Siempre juntas para lo bueno y lo no tan bueno”.

Acompañamos a su casa a Xeila y Unai y yo fuimos paseando por el colegio de monjas hasta la antigua estación de tren abandonada y casi derruida por completo. A esas horas de la noche y con esas zarzas y plantas creciendo entre los muros tenía un aspecto sombrío. Unai me agarró de la mano y me llevó hacia dentro. Tenía miedo, pero sabía que él estaba allí para protegerme. Recorrimos las vías del tren imaginando los trenes que debían de haber pasado por allí en sus buenos tiempos. Unai se paró de repente y cogiéndome la otra mano habló:

—Lilith —dijo mirándome a los ojos—. Sé que tu corazón ahora mismo es como

esta estación, abandonada y destruida, pero yo quiero ayudarte a levantar otra vez las paredes de tu corazón. Sé que has sufrido, llorado e incluso llegado a odiar a los hombres, pero siento que puedo hacerte cambiar de opinión. No te voy forzar a nada, cuando tú estés lista. Te esperaré.

—Yo... No sé qué decirte.

—Solo dame tiempo para conquistarte, estar cerca de ti y demostrarte cuánto amor puedo tener para ti. Llegaste al fondo de mi corazón con tu sencillez, ahora me toca a mí.

Me quedé impresionada por sus palabras, tenía la misma determinación que Daris y eso me gustaba. ¿Podría hacer que olvidara a Lex y que todo esto que sentía fuera un recuerdo? Tenía que darle la oportunidad y descubrir por mí misma si él podía darme todo lo que necesitaba.

—Está bien.

Se veía realmente feliz a Unai por esa respuesta, tal vez sí que se hubiera enamorado de mí. Seguimos caminando, al no ver nada interesante volvimos por donde habíamos venido y me acompañó hasta mi casa. Me sentía halagada por sus sentimientos, empezaba a sentirme feliz, pero había una sombra a mí alrededor, una sombra oscura que planeaba siempre que me sentía así y sabía que tarde o temprano acabaría con aquella felicidad.

Unai durante toda la semana se preocupaba por cómo me iba, venía a verme un rato y siempre me sorprendía con algo, un ramo de flores, una caja de bombones, un CD de música, siempre algo nuevo y diferente. Empezaba a sentir que era una parte importante de su vida. Algunas veces, se sentaba a mi lado y me ayudaba a repasar la lección.

Las semanas pasaban y yo estaba saturada de exámenes, uno por día, no coincidían dos de milagro. El poco tiempo que dejaba de estudiar era para hablar con Xeila, Unai y con Laura y Luisa, que estaban ansiosas por venir en el verano para conocer a mis amigas y a ese chico que poco a poco me iba conquistando.

Por fin, un respiro. En esa semana faltaban algunos profesores con los que ya habíamos hecho los exámenes, así que me relajé un poco. Solo quedaban dos semanas de exámenes y ya estaríamos libres, libres para irnos de vacaciones, disfrutar de los días y de sentirnos jóvenes de nuevo. Los exámenes estaban acabando con todos, ya no había sonrisas ni alegría en clase, todos tenían la cara larga, con ojeras y casi parecía que íbamos al matadero. Después de esta semana, nos iban a dar una charla aprovechando que quedaba aún otra semana bailando antes de las vacaciones de primavera. Nosotros encantados, venía bien algo diferente que nos calmara entre tantos exámenes y pudiéramos distraernos de las notas un rato.

Unai se alegraba de poder quedar más conmigo. La verdad, si sacaba fuerzas para estudiar era porque él me las transmitía. Aprovechando ese fin de semana habíamos decidido ir a algún lugar nuevo, desconectar un poco y retomar la semana que aún me quedaba de exámenes con las pilas cargadas a tope. Unai vino a buscarme el viernes por la tarde, lo bueno es que empezaban a alargarse los días y no se hacía tan pronto de noche. Me vendó los ojos, me ayudó a meterme en el coche y me prohibió mirar a dónde íbamos. Le notaba muy emocionado. Cuando llegamos me quedé completamente asombrada, había una casa destruida cerca la playa. Las ruinas dejaban entrever que había sido un lugar

impresionante en su época. Tal vez había sido la segunda residencia de alguna familia noble. Era toda de piedra, ahora estaban negras y con llenas musgo y zarzas. Del muro que rodeaba lo que seguro que había sido un jardín enorme no quedaban más que algunas piedras contadas y, en algún lugar, parte del muro aún permanecía en pie. Entramos para inspeccionar a través de una parte del muro que estaba completamente destruida. Miré a la playa, estaba anocheciendo y era una vista hermosa, ya sabía por qué habían elegido este sitio antes que cualquier otro. De la casa, que era más pequeña que otras que había visto a lo largo de muchos viajes, no quedaban más que algunas paredes de piedra ennegrecida. Caminamos con cuidado por las piedras tiradas por el terreno, que antes debía de haber sido un camino a la casa. Me tendió la mano para que tuviera un apoyo firme y se lo agradecí. ¡Menos mal que yo no era de esas chicas que iban siempre en tacones!

El viento silbaba entre lo que quedaba de las paredes y nos llevaba hasta la parte de atrás de aquella casa. Aquella pared seguía casi intacta, había una ventana en la que me iba apoyar pero Unai me detuvo. La vista desde aquella ventana, o lo que quedaba de ella, me resultaba muy familiar.

Me imaginé un jardín verde lleno de flores y plantas exóticas. Se parecía a la vista de uno de mis sueños, a lo lejos se veía el mar como en la habitación de mi sueño. ¿Sería esta la casa en la que había vivido en el pasado? Me quedé totalmente impresionada. ¡Era imposible!

Una escena de uno de mis sueños vino a mi cabeza. Carlos enfrente de mí mirándome con esos ojos tiernos, como diciéndome algo que aún no acababa de entender y de pronto me sentí rara, sentía como si le estuviera traicionando. ¿Cómo había pasado de ser una persona desconocida en un baile a estar en la que era mi casa? Había algo que mis sueños se habían saltado y esperaba que algún día todo tuviera sentido.

Unai estaba ilusionado por mostrarme aquel sitio que había encontrado. Todos sabían que me encantaban los lugares medio destruidos y antiguos, tal vez debería estudiar arqueología o arquitectura. Estábamos a varios kilómetros del pueblo, en cambio no me parecía estar demasiado lejos, debía de ser algún pueblito costero cerca del nuestro.

—Vamos, tenemos que ir al hotel.

—¿No volvemos a casa?

—No. Te voy enseñar Foz, Está a media hora de Ribadeo. Aquí me crié yo de pequeño. Me gustaría que me conocieses mejor y yo a ti, claro. ¿Qué te parece?

—Me parece una buena idea —le dije sonriendo.

—Me alegro —me respondió, cogiéndome de la mano.

Volvimos al coche y seguimos hacia la entrada del pueblo. Pensé que iba a ser más pequeño, pero me quedé asombrada al ver que no era así. Tenía muchos edificios y casitas, las farolas estaban encendidas dando su característica luz de color naranja. No sabía a dónde me llevaba, estaba algo nerviosa. No me gustaba depender así de nadie. Nos encaminamos hacia el puerto del pueblo y allí había un pequeño hotel. Unai aparcó en la entrada. Me ayudó a salir del coche y fuimos hacia la recepción cogidos de la mano.

Mientras Unai entregaba el DNI para firmar los papeles, llamé a mi madre para

decirle que me quedaba a dormir en casa de Xeila. Ella seguro que me cubriría. La recepcionista nos dio la llave de la habitación y nos acompañó hasta la que sería nuestra habitación este fin de semana.

La habitación era grande, tenía dos camas individuales y un enorme balcón. Abrí las puertas del balcón y me quedé impresionada por la vista tan hermosa que teníamos. Estábamos en el puerto pero no esperaba que la habitación estuviera mirando para el mar, pensé que sería una habitación de las que dan a otros edificios o incluso a un patio interior. Unai fue hacia el baño y me llamó.

—Mira —dijo señalando la bañera de hidromasaje.

—Increíble —acerté a decir—. Ya sé dónde voy a estar dentro de un ratito —dije riéndome.

—No sabía que tendrían una bañera de hidromasaje. Habrá que hacer turnos para meterse, ¿no?

—Yo primero —dije levantando la mano y saltando.

—Bueno, vale. Tu primero.

—Pero no traje ropa para cambiarme.

—Tranquila, traje una camiseta mía.

—Gracias —dije sonrojándome—. Has pensado en todo.

El baño era enorme. Tenía en una pared un espejo corrido de una punta a otra con una encimera preciosa y dos lavabos, como casi todos los hoteles nuevos. Abrí el grifo del agua caliente, luego el de la fría. No era necesario que quemase el agua. Solo necesitaba relajarme. Eché en el agua jabón para que se formara espuma, siempre había querido hacer eso, pero mi madre decía que era malgastar agua y jabón, así que en esta situación no me sentía mal por ello. Para eso había pagado Unai, ¿no?

Se estaba genial. Agua, jabón solo faltaban unas velas para que fuera súper romántico, y bueno, un chico dispuesto a amarme ante cualquier cosa.

Después de un buen rato en el agua, salí totalmente relajada y con la piel hidratada. Me sequé con cuidado y me puse la camiseta de Unai. Salí del baño y me sorprendió no verle, me acerqué al balcón y allí estaba con una mirada ausente perdida en algún lugar del horizonte. Le puse la mano en el hombro, no quería molestarle ni sacarle de sus pensamientos, pero la noche empezaba a refrescar y teníamos todas las ventanas y el balcón abiertos, en vez de una habitación iba a acabar pareciendo un congelador.

—Perdona, me quedé atontado —se disculpó.

—No pasa nada, entra o acabarás congelado.

Entramos y cerramos las ventanas. Me acerqué al televisor a coger el mando a distancia. Me metí en una de las camas y me quedé sentada tapada hasta la barbilla. Me dispuse a ver qué echaban en la televisión a esas horas pero me imaginaba que nada bueno, algún programa de videntes con sus cartas del tarot, tele tienda y cosas así para los que se desvelan o tienen mucho dinero y no saben en qué gastarlo. No me di cuenta de hasta qué punto estaba acostumbrada a mi rutina de siempre. Ahora tenía la tentación de

salir al balcón a sentarme y escuchar música mientras esperaba que pasara Carlos tarareando su canción en la noche. ¿Algún día me atrevería a preguntarle porque siempre tarareaba aquella canción? ¿Significaba algo?

Me empezaba a quedar dormida cuando noté una presión en mi cama y me desperté sobresaltada, era Unai que se había sentado a mi lado. Tenía una mirada un poco triste pero intentaba ocultarse mirando para otro lado.

—¿Qué te pasa?

—Nada, Lilith. Solo espero que hayas disfrutado de esta escapada.

—Sí, gracias. Me has dado una gran sorpresa —le dije sonriendo.

—Me alegro mucho que te gustara. Quería que desconectaras un poco de los exámenes para que los retomaras con más ganas y ánimo —me soltó sin mirarme.

—¿Por qué no me miras? —pregunté extrañada.

—Pues, no sé. Ya ha pasado un tiempo y no sé si tus sentimientos hacia mí han cambiado.

—La verdad es que han pasado varios meses, sí. Nos hemos visto, te has preocupado por mí y es algo que me gusta mucho. No puedo decirte que me haya enamorado de ti, porque sería mentirte, pero sí que tienes un gran espacio en mi corazón. Me gusta mucho estar contigo —continué—. Contigo soy yo misma, no me tengo que esconder ni ser diferente para llamar tu atención y eso es algo que me encanta. Con Lex no era yo, tal vez por eso se buscó otra chica.

La tristeza asomó a mis ojos, había conseguido olvidarlo gracias a las atenciones de Unai, pero había aún algo que me hacía sentir triste cuando hablaba de él. Unai me agarró la cara con mucha delicadeza, tenía las manos calientes y me reconfortaba por dentro.

—No debes estar triste, él se lo ha perdido y otro ha tenido la oportunidad de conocerte mejor y amarte como te mereces.

Dicho eso se acercó a mí y me besó con una dulzura y un amor que no podría describir.

Me apartó el pelo de la cara con mucha suavidad, como si temiera hacerme daño. Me agarró de las manos y empecé a sentirme nerviosa.

—Solo déjate llevar, Lilith. No estés nerviosa.

Sus besos eran dulces y apasionados. Me dejaba llevar por ellos e intentaba corresponderle de la misma manera. Aunque me gustaba mucho más que antes, no estaba enamorada y no sentía lo que decía la gente: que era como si encontraras a tu alma gemela, que te recorre algo por dentro que no se da explicado y solo deseas que no se acabe nunca el beso que te están dando, que en ese momento el mundo desaparece y solo estáis los dos.

Me acosté y deseé quedarme dormida rápido. No quería pensar en nada, solo dormir.

Capítulo 13



*H*abía mucho bullicio en la casa, gente trayendo jarrones de flores, los músicos trayendo los instrumentos, en la cocina estaban lavando la mejor vajilla que había y los cocineros preparando aperitivos. Todo era un ir y venir de gente por toda la casa. Mis doncellas me habían preparado un baño en la habitación, debía de ser la noche del baile.

Me metí en aquella bañera y las doncellas comenzaron a frotar cada zona de mi cuerpo sin olvidarse nada. Le habían echado un aceite esencial de lavanda al agua de la bañera y al levantarme para que me secaran había dejado un rastro del aroma en mi piel que se me hacía muy agradable. Se me hacía raro que me hicieran todo si yo podía hacerlo sola. Las costumbres de aquella época eran raras.

Me pusieron una toalla alrededor del cuerpo para taparme. Cogieron la ropa interior y empezaron a ponérmela. El corsé y las enaguas, un camisón largo blanco y por último me pusieron el vestido que habían elegido mis padres para asistir al baile. Me senté en el tocador para que me peinaran y me pusieran las joyas. Me hicieron un moño precioso, me pusieron unas perlas por el pelo y luego en mi cuello la preciosa gargantilla de perlas y el corazón de cristal. Me calzaron con unos zapatos cerrados con unas hebillas de color blanco y algo de tacón. Me sentía radiante, ahora entendía por qué me gustaban tanto aquellos vestidos. Me miré en el espejo y me quedé sorprendida, parecía una princesa.

Después de que me vistieran y dejaran sola, me fui a dar una vuelta por la casa. Estaba diferente, lucía como recién comprada, engalanada para la ocasión, que se esperaba fuera todo un éxito.

Mientras paseaba me encontré con mucha gente que no conocía, pero ni se daban cuenta de mi presencia. Me fui al jardín, allí seguro que nadie estaba haciendo nada. Me senté en un banco y me quedé pensando en las musarañas hasta que vinieron las doncellas a buscarme para la recepción. Me llevaron a la entrada de la casa en la que me esperaban mis padres vestidos para la ocasión. Saludamos a un montón de gente hasta que llegó una familia que parecía que mis padres tenían en gran estima y su hijo. Me quedé petrificada al ver a Carlos. Venía con un traje que le hacía parecer mayor.

—Buenas tardes, señorita —dijo el padre de Carlos a mi padre.

—Buenas tardes. Espero que el viaje fuera bien —respondió mi padre.

—Sí. Gracias. Mi esposa y mi hijo —presentó señalando mientras estés hacían una

reverencia.

—Mi esposa y mi hija, Lilith —hicimos una leve reverencia.

Seguido de la presentación de cortesía, nos adentramos en el salón del baile con ellos, ya que eran la última familia en llegar.

La gente se estaba divirtiendo, los músicos tocaban, la gente bailaba, hablaba y comía los aperitivos que salían sin parar desde la cocina.

Mis padres iban delante con los de Carlos y nosotros detrás de ellos.

—¡Qué bonito ha quedado todo! —comentó Carlos.

—Gracias, han trabajado mucho para conseguirlo —dije orgullosa.

—Estas realmente preciosa, Lilith. Aunque siempre estás hermosa, hoy con diferencia más que otros días.

Me sonrojé ante sus palabras. Nos paramos en la pista de baile y comenzó a sonar la música.

—¿Bailamos? —me preguntó tendiéndome la mano.

—Sí —respondí nerviosa.

Carlos y yo nos fuimos al centro de la pista y empezamos a bailar. No sabía cómo se bailaba aquello pero lo estaba bailando con una soltura como si lo hubiera hecho toda mi vida, como respirar. Él me miraba y yo le miraba a él. Me sentía compenetrada con él. Nuestros padres nos observaban en la distancia.

—Me encanta esa gargantilla, realza tu belleza.

—Es un regalo de mis padres por mi mayoría de edad.

—Tienen muy buen gusto.

Volvimos a mirarnos, esa mirada de él me encantaba. Era dulce, sensual y pícara. Me sentía importante a su lado. Al acabarse la música nos separamos, salimos del salón de baile y nos fuimos a uno de los balcones. Allí estaban nuestros padres hablando y cuando llegamos enseguida se callaron.

—Lilith, tienes que estar en el salón, eres la anfitriona —dijo mi padre en un tono severo.

—Ahora vuelvo, padre.

Me encaminé hacia la pista de baile de nuevo. Otros chicos me invitaban a bailar y yo accedía con gusto pero algo incómoda porque notaba que alguien me miraba fijamente como desaprobando que bailara con otros chicos. Esa sensación la conocía muy bien en mi vida actual. El vello se me erizaba y notaba unas punzadas en la nuca como si me estuvieran pinchando con alfileres. Al dar una vuelta miré alrededor para ver quién era el que me estaba mirando de esa manera, me sorprendí al ver a Carlos con una mirada asesina hacia el chico con el que estaba bailando en ese momento. Era increíble, no hacía ni cinco minutos tenía una mirada súper dulce en sus ojos.

Me desperté sobresaltada en la cama. Ya era de día y Unai no estaba en la

habitación. Llamé tocando con los nudillos en la puerta del baño y al ver que nadie contestaba entré. Allí tampoco estaba. Me empezaba a preocupar, ¿se habría ido dejándome sola? No le creía capaz pero, ¡quién sabe qué se le podía haber pasado por la cabeza!

Me vestí, me aseé y estaba a punto de salir de la habitación cuando apareció Unai con una bandeja de comida. Croissants, zumo de naranja, azúcar, tostadas, mermelada y fruta.

—¿A dónde ibas?

—Pues a buscarte, ¿qué crees que iba a hacer?

—No sé, tú sabrás —dijo sonriendo—. Fui a por tu desayuno. Estabas tan bien dormida que me dio pena despertarte.

—¡Qué detalle! —exclamé asombrada.

—No es nada. Fue un placer.

Me senté en la cama, encendimos la televisión y él me acercó la bandeja con mi desayuno. Unai me trataba como una princesa.

Mi sueño vino a mi cabeza, ¿en mi otra vida le gustaba a Carlos? Por sus reacciones en el baile diría que sí y, la verdad, mi yo del pasado actuaba como si fuera normal, tal vez ella, bueno, yo, también le quisiese. Parecía que nos queríamos en secreto, por eso siempre le veía muy poco, como a escondidas. Tal vez por eso mismo aquella vez la sirvienta ni le habló como si fuera uno más de la familia, era todo muy extraño.

Intenté alejar aquellas ideas de la cabeza y disfrutar del desayuno que me habían traído.

Cuando terminé de comer nos fuimos a dar una vuelta por Foz, ya que luego tendríamos que marcharnos para estar por la tarde en casa.

El pueblito era encantador, la gente era muy amable y hacía un día soleado, así que nos acercamos a la playa. La gente corría, saltaba las olas en el mar, los niños hacían castillos de arena o jugaban a la pelota, los mayores jugaban con las palas como si fuera el tenis y, cómo no, había mucha gente tumbada tomando el sol. Me daban ganas de unirme a esa fiesta pero no había traído el bañador. Había que aprovechar que empezaba a venir buen tiempo de vez en cuando.

Le tiré de la ropa a Unai, quería irme a casa. Tenía que repasar el tema de los exámenes que quedaban y aunque me había divertido y asombrado con la escapada, ya era hora de volver a la realidad.

Nos dirigimos al coche, echamos gasolina y volvimos a hacer el camino que nos llevó a aquel lugar pero al revés. Tenía prisa en llegar a casa, era la última semana de exámenes y solo me quedaban cuatro por hacer, luego ¡sería libre! Nos darían las notas, y solo quedarían tres meses más para las vacaciones de verano. No me gustaba mucho el verano, el calor y todo eso, pero sí la playa, los helados y tener todo el tiempo del mundo para vagar y estar con mis amigas.

La semana fue estresante, menos mal que solo eran cuatro exámenes. Estudié y

memoricé como no lo había hecho nunca, mi futuro estaba en juego este curso y no lo iba a dejar ahora. Estaba súper motivada, necesitaba un futuro y estaba luchando por él.

Ahora tocaba una semana de tranquilidad, una charla y vacaciones de primavera.

Lo mejor de todo es que se acercaba mi cumpleaños y mi mayoría de edad había que celebrarla como se merecía.

El lunes fuimos a clase. Esa semana, como habíamos acabado los exámenes, algunos profesores habían decidido empezar nuevos temas y otros, con muchos exámenes aún sin corregir, nos dejaban a nuestra bola si no hacíamos mucho ruido. Así sí daba gusto ir a clase. Sin darme cuenta ya era jueves y por lo tanto nos iban a dar la charla. Tocaba la charla de sexualidad y de prevención de embarazos adolescentes. Cada año hacían una y yo estaba asombrada de que tardaran tanto en hacerla hecho este año.

Nos dirigimos todos al salón de actos, que ya tenía la puerta abierta. El salón de actos estaba al lado del aula de informática, al otro lado del jardín interior del instituto. A mano derecha estaba el gimnasio, ¡cómo odiaba la asignatura de gimnasia! Nos juntamos todos los alumnos del último y el penúltimo curso. Enseguida nos juntamos toda la pandilla: Seb, Anthony, Lucas, Xeila, Keesha, Lucía, Paula y algunos más con los que más relación tenía en clase. Lexter miró hacia nosotros como si quisiera acercarse y unirse a nosotros pero siguió hacia delante y se juntó con los de siempre. Nosotros nos pusimos hacia atrás, así pasábamos desapercibidos a los que vinieran a darnos la charla y podríamos cotillear sobre nuestras cosas.

El salón de actos era grande, estaba pintado de amarillo pálido, tenía un montón de sillas nada cómodas y, en un pequeño escenario con una mesa y varias sillas, una pantalla blanca para que se pudieran exponer las imágenes y, cómo no, el proyector, sin el que ningún profesor se acostumbraba ahora a la hora de explicar. Allí también nos daban las charlas a principio de curso antes de ir con los tutores a las aulas.

Entraron el director y dos personas más que no conocía, por lo que supuse que serían los relatores. El chico nos fue repartiendo unos folletos con todo lo que se iba a hablar. Le eché un ojo rápido, esta vez no era diferente de otras, esperaba que por lo menos fuera ameno y no solo se limitara a leer las diapositivas que ya traían preparadas.

La chica empezó a ponernos fotos de métodos anticonceptivos explicando cuando usar uno u otro. Había demasiados diferentes y, claro, ya empezaron los chicos con que si ellos ya sabían usarlos, que si les hacía una demostración práctica y cosas por el estilo. Aunque todos nos reímos, me dio pena la chica que daba el discurso. Después de dos horas de larga charla y aburrida, volvimos al aula y como faltaban quince minutos para terminar, la profesora de inglés nos dejó salir antes.

El resto de la semana pasó rápido, todos estábamos nerviosos con el tema de las notas. Había estudiado mucho, no lo había dejado para el último día como hacía normalmente y esperaba sacar buenas notas.

El viernes, por una vez no había que madrugar, quedamos todos a las diez y media en el parque de al lado de la escuela de idiomas. A Xeila le venía genial porque estaba al lado de su portal. Las notas las daban a las once. Conforme iba llegando el momento, los nervios hacían que no dejara de morderme el labio inferior y mover las manos. ¡Malditos

tics!

Llegamos a nuestra clase, que estaba en el último piso, entramos y nos sentamos en nuestros sitios de siempre. Yo como estaba tan nerviosa y aún faltaba gente por llegar, miré por la ventana al colegio de infantil y primaria que estaba enfrente. Los niños corrían y saltaban, los mayores jugaban al futbol, también debía ser su último día. Los que faltaban fueron llegando a cuenta gotas. Una vez estuvimos todos el tutor nos dio la charla típica de que había gente que le había decepcionado, que esperaba más y que con algunos había quedado asombrado y uno a uno nos fue llamando para darnos las notas.

Los demás de la pandilla ya me esperaban fuera del aula con sus notas. El profesor me llamó, me levanté despacio y con miedo. ¡Ojalá aprobase todo! El tutor me miró con una sonrisa y me tendió las notas, salí sin mirarlas siquiera y cuando me calmé, salté de alegría al ver todo aprobado. No eran notazas, pero servían. Había aprobado alguna con un suficiente raspado y en otras notable, pero bueno, no estaba mal. Incluso las del año anterior las había aprobado. Mis amigas se unieron a mi alegría y salimos saltando y hablando muy alto de la ilusión de un propósito cumplido.

Capítulo 14



Al entrar en casa estaba más contenta que unas castañuelas y como sabía que mi madre se iba a alegrar decidí hacer la comida para darle una sorpresa. No es que fuera una chef de primera pero no se me daba mal. Como dice mi madre, soy una cocinillas. Puse la mesa, y cuando estaba a punto de ser la una y media, emplaté la comida. Estaba haciendo un bizcocho, faltaba poco para que terminara de hacerse, pero entre lo que tardábamos en comer se hacía.

Mi madre entró por la puerta y lo primero que dijo fue: “¡Qué bien huele!”. Comimos un riquísimo cordon bleu con una salsa de champiñones y justo cuando iba recoger justo sonó el temporizador del horno. El postre estaba listo, y me encanta el bizcocho recién hecho, calentito y con todo el aroma. Al final de todo, le di las notas a mi madre. Se alegró mucho y me pidió que no volviera a caer, que siguiera estudiando para ser alguien en el futuro.

Después de que mi madre se fuera a trabajar, Unai me mandó un mensaje al móvil. Me encantaba que se preocupara por mí, le dije que había aprobado todo y que pronto podríamos vernos, ya que había vacaciones.

Una semana de vacaciones no llega a mucho, la verdad, pero entre risas, salidas con las amigas, cine, paseos por la noche disfrutando del buen clima que empezaba a llegar y las sorpresas constantes que me daba Unai, no tuve ni tiempo para respirar.

Entrábamos en el tercer trimestre, el más corto y en el que posiblemente menos haríamos. Con eso de que acabábamos este año vendrían a darnos una charla para informarnos de los ciclos formativos y de las universidades. También nos habían dicho que vendría el autor del libro obligatorio de este trimestre a darnos una conferencia. Esperábamos con ansias las charlas, así descansaríamos un poco de tanta materia exprés.

Las clases empezaron y con ello todos los profesores apuraban la teoría, íbamos mucho más deprisa e incluso se saltaban algún tema que veían que no era tan importante. Estaban afanados en enseñarnos todo lo que faltaba y se les veía agobiados. Las clases se hacían más y más pesadas y el ánimo de todos empezaba a caer. Para nuestra suerte los libros de lectura obligada eran cortos. Mi madre ya me lo había comprado y por eso lo sabía. Seguro que me lo leía rápido, en una noche de esas que me costara dormir.

Con Keesha casi no hablaba, me había dicho que estaba rara y yo le había dicho que si ella no sabía qué había hecho para perder mi confianza, tal vez no debería hablar

conmigo. Supongo que, como decía Laura, tenía que sincerarme con ella y decirle lo que sentía ante su traición, pero si pensaba que me iba a mantener en la inopia toda la vida ¡estaba equivocada! No me iba preocupar más por ese tema, en unas semanas era mi cumpleaños y por fin llegaba la mayoría de edad. Era una pena que Luisa y Laura no pudieran venir, pero también tenían exámenes, así que cuando vinieran en verano lo celebraríamos otra vez.

Unai me mandaba mensajes a diario. Me había dicho de ir el viernes al cine porque sacaban una versión nueva de *Orgullo y prejuicio* y sabía que adoraba esa historia. Mi madre me había regalado el libro cuanto tenía doce años y siempre, desde entonces, he deseado tener una aventura amorosa como Lizzy y el señor Darcy. Tal vez Unai podría llegar a ser mi señor Darcy, ¿quién sabe? Méritos hacía para ello, la verdad.

Me vino a buscar a las siete, la película empezaba a las siete y media y desde mi casa al cine nos llevaba diez minutos llegar. Esta vez había decidido maquillarme un poco, me apliqué una sombra azul suave en el párpado y con el *eyerline* me remarqué el ojo con cuidado de que quedara fina. A los labios le pasé un brillo rosado que quedaba súper natural. Me puse un conjunto que me había regalado Laura cuando fui a verla por su cumple, unos pantalones pitillo de un color azul marino y una camiseta de color azul cielo con un dibujo de la Torre Eiffel y unos chicos besándose con muchos corazones rojos con purpurina. Me puse las deportivas de calaveras y cuando sonó el timbre me marché de casa dejándole una nota a mi madre, que aún no había llegado del trabajo, para recordarle que me iba al cine.

Bajé de prisa, no podíamos ir tarde porque en el cine eran muy puntuales en cuanto a la hora de comienzo de las películas. Unai me esperaba apoyado en la pared del portal, con ese aire de chico maduro, con sus vaqueros y su camiseta blanca, estaba muy guapo.

—¡Qué guapa estás! —dijo silbando y cogiéndome la mano para que diera una vuelta.

Me puse roja, le di las gracias y nos pusimos en camino al cine. La verdad, siempre había tenido algo de complejo por estar gordita, pero él hacía que se me olvidara. Miré al cielo y vi que parecía que iba a llover, solo esperaba que aguantara hasta que llegáramos al cine.

Por suerte llegamos secos y cuando íbamos a coger las entradas escuchamos tronar y la lluvia empezó a caer con mucha fuerza. Me acerqué a coger las gominolas, esta vez me apetecía dulce, por lo cual compré fresas, huevos, ositos, corazones y de todo lo que había con azúcar. De beber, en vez de coca cola, compré una botella de agua, porque con tanto dulce la coca cola no sabe. Entramos en la sala y al ser los primeros teníamos toda la sala para elegir, pero yo por costumbre me quedaba atrás. Qué decir de la película, me había enamorado de ella y del señor Darcy, ¡que guapo! ¡Qué bonita historia de amor! No sé por qué no pude evitar pensar en los recuerdos que me venían en sueños de mi otra vida con Carlos. ¿Cómo nos habíamos enamorado? ¿Se me habría declarado como Darcy a Lizzy? Ojalá mis sueños me dijeran todo lo que quería saber. Los recuerdos que me llegaban eran de que él se portaba genial conmigo y como si estuviera enamorado de mí.

Salimos del cine, como Unai estaba cansado me dijo que solo me acompañaba a casa y no saliésemos. Una vez llegamos a mi portal y nos despedimos, decidí ir a una playa

artificial que había cerca de mi casa. A esas horas no había nadie y con la amenaza de lluvia menos. Me senté en las escaleras de piedra que daban al agua del mar. Me quité las deportivas, los calcetines, subí lo que me dejó el pantalón y metí los pies en el agua, que estaba fría. El césped estaba amarillo, no lo regaban lo suficiente y como en los soportales se guardaban las piraguas y todos los materiales de competición, no le prestaban mucha atención. Había una zona de arena blanca, muy fina, en la que los niños solían jugar con sus cubos en verano.

Lo bueno de la primavera es que el tiempo mejoraba un poco y se notaba que los días se alargaban un par de horas. Me vinieron miles de ideas a la cabeza, como ir a buscar a Carlos y sacarle de una vez lo que sabía, porque me daba la impresión que sabía algo. Parecía que poco a poco mi vida volvía a la normalidad, hacía tiempo que no veía a Carlos y no tenía sueños de mi pasado, Unai era mi presente ahora mismo. Se desvivía por hacerme feliz y creo que me estaba empezando a acostumbrar a sus atenciones. ¿Llegaría a enamorarme de él?

Mis pensamientos volaban de uno a otro, hilando un tema con otro y sobre todo sintiéndome tranquila con los pies en el agua. Después de un rato decidí que era hora de marcharse. Me puse las deportivas y volví a casa a paso rápido, no quería que lloviese mientras iba de camino porque no había soportales donde resguardarme. Justo cuando salí al balcón, empezó a llover a cántaros. Llovía con fuerza y se escuchaba resonar en los capós de los coches. La gente corría por las calles con las manos en la cabeza para no mojarse, otros con ropa a modo de capucha y yo no paraba de reír ante esa escena. Miré el reloj, ¡qué tarde era!

Fui a mi habitación, me puse la camiseta para dormir y esperé a que el sueño me llegara, sin dejar de pensar en Darcy y Lizzy pero, sobre todo, en cómo nos habríamos enamorado Carlos y yo en el pasado.

Mi padre estaba reunido con un vecino mientras mi madre estaba en el saloncito del té con su esposa. Carlos estaba de pie mirando una armadura del salón, así que decidí dar un paseo por el jardín, aunque acabara de llover. Ese chico era vecino nuestro, se habían mudado hacía muchos años a una casa a media hora de la nuestra, Carlos siempre se había mostrado distante en decenas de bailes que habíamos ofrecido. Paseaba pensando en las veces que había coincidido con ese chico tan serio y misterioso: la primera vez había sido en mi puesta de largo, era mi presentación en la alta sociedad y habíamos coincidido en el balcón. No me había hecho caso. Otra vez coincidimos en un baile de máscaras en otra ciudad. Ese día empezamos a hablar un poco y descubrí que era divertido, tenía cada ocurrencia que hacía que me riera a pleno pulmón. Empezamos a vernos a menudo, ya que nuestras madres se hicieron amigas y cuando no estábamos en mi casa hablando y paseando por el jardín, estábamos en la suya. La casa de Carlos era más pequeña que la mía pero era muy acogedora, me encantaba estar allí y conocer más a aquel chico que poco a poco se metía en mis pensamientos. Incluso aquella vez que me colé en su habitación y se puso hecho una fiera, me había parecido guapísimo, aunque había sentido miedo ante su reacción.

Después de varios años, creía que empezaba a conocerle. Le gustaba leer y la historia, estaba muy bien preparado, como todos los hombres de familias ricas, siempre tenía alguna ocurrencia que me hacía reír sin miedo, olvidando mis modales por un

momento.

Me senté debajo del sauce llorón, los bancos estaban mojados. Siempre que estaba cerca de él mi corazón se ponía a mil y empezaba a mover las manos compulsivamente. Al recordar sus ojos y sus labios, sin darme cuenta, me mordí el labio inferior y justo en ese momento llegó Carlos a mi lado. Se sentó y me miró con intensidad, por lo cual me puse muy nerviosa. Empezamos a hablar de cosas sin sentido, del tiempo, lo que deberían estar haciendo nuestros padres... De repente se acercó más a mí y una corriente eléctrica me recorrió por todo el cuerpo. En ese momento se levantó una brisa fría y fuerte que hizo que mi peinado se deshiciera y mi pelo cayera alborotado, dejando el flequillo delante de mis ojos. Se acercó a mí y con mucho cuidado levantó sus manos para meterme el pelo detrás de las orejas. Al simple contacto de su piel suave me estremecí entera, me mordí el labio del nerviosismo y me quedé atontada mirando esos ojos negros que me parecían la mar de hermosos. Haciendo un esfuerzo, intenté recordar cuándo había descubierto que me gustaba ese chico que tenía enfrente, mirándome a los ojos. Enseguida me asaltaron las dudas de si yo era lo suficiente buena para él.

—Lilith, hace tiempo que quiero decirte algo.

—Dime —le dije nerviosa sin poder evitar morderme el labio.

—Me encanta ese tic tuyo —dijo sonriendo—. Ya hace años que nos conocemos, nos vemos casi todos los días y he descubierto cosas de ti que no creía posibles.

—Pero... —¿Qué cosas eran esas que no creía posibles?

—No, no es lo que crees— dijo adivinando lo que pensaba—. Cuando nos encontramos por primera vez, me parecías una chica aburrida más de la alta sociedad. Pero después, al vernos todos los días, te he ido conociendo y he visto que eres divertida, que tienes muchas ocurrencias que me hacen reír, que te encanta leer como a mí. Una mujer tiene que cultivar su mente para poder aconsejar a su marido cuando lo necesite. Eres muy bella y cuando estoy cerca de ti, estoy muy nervioso, aunque no lo parezca.

—Carlos... —¿Acaso se estaba declarando? Le miré nerviosa.

—Lilith, te has hecho la dueña de mi corazón y mi alma. Me he ido enamorando de ti día a día. Solo quiero estar a tu lado y ser feliz todos los días, como hasta ahora.

Me quedé callada, esperaba estas palabras como agua de mayo. Mi corazón estaba lleno de alegría y a mis ojos comenzaban a asomarse las lágrimas. Empecé a ver borroso y notaba un nudo en la garganta que me impedía tragar saliva.

—Espero que aceptes mi corazón, ya que de momento es lo único que tengo para ofrecerte.

—Yo... —empecé a decir. Claro que me era suficiente—. Sí. Yo también quiero darte mi corazón.

Bajé mi cabeza hacia el suelo, las lágrimas no paraban de salir de mis ojos, mi vestido se estaba mojando y no podía levantar la cabeza para mirarle directamente a los ojos. Me daba vergüenza mirarle y que me viera en este estado. Carlos me levantó el mentón suavemente, limpió las lágrimas que salían de mis ojos y se acercó lentamente a mí. Miré a sus ojos y vi en ellos determinación. Sus labios presionaron los míos con

suavidad, haciendo que miles de sensaciones me recorrieran. En mis manos noté un picor que me hizo agarrarlas, el corazón me latía desbocado y las mariposas subían desde el estómago a toda prisa. Una corriente se extendió por todo mi cuerpo sin olvidar ningún rincón. Nuestras lenguas jugaron y se exploraron mutuamente.

Me desperté sobresaltada. Había querido recordar el momento en que él me había dicho que me amaba y lo había hecho, ¿empezaba a controlar los sueños? Él me había declarado su amor y había sido muy romántico ¡y perfecto! Enseguida me sentí triste olvidando por un momento el subidón que me había dado acordarme de algo tan importante. ¿Si nos amábamos, que había pasado? ¿El Carlos de ahora se acordaría de esto? Intenté alejar esos pensamientos que no me llevaban a ningún lado y quedé con la pandilla para la tarde, tal vez con ellos olvidara por un instante todo este tema escabroso. No quedaba más que una semana para mi cumpleaños y había que organizarlo.

Como aún era temprano, y mi madre estaba trabajando, me puse a leer el libro del que vendría el autor a darnos la conferencia. Hice un revuelto con las sobras que había por casa y preparé un batido de yogur de los que a mamá le encantaban. Puse la mesa y cuando llegó, comimos. Por la tarde quedamos todas en el parque de la iglesia, así iríamos a mirar las cosas que necesitábamos para mi cumpleaños. Como todos los años, me sentí triste porque mis amigas de Ourense no estarían aquí para ese día, pero me consolaba la idea de que en unos meses vendrían a conocer este lugar hermoso.

Al llegar la noche Unai me llamó por teléfono, pero, como no tenía ganas de salir, hablamos de mi cumpleaños y de lo que me gustaría que me regalara. La verdad, con que estuviera conmigo me llegaba. Al colgar, cogí el libro de la mesilla y me dediqué a terminarlo. Cuanto antes me lo sacara de encima mejor, que ahora quedaban un par de meses e íbamos a estar a tope.

Esperaba que la semana que empezaba pasara súper rápido. Tenía ganas de celebrar mi mayoría de edad, no se podía celebrar más que una vez ¿o no? Las clases siguieron con la tónica de ir a toda prisa, el tiempo se escapaba y solo quedaba un mes y medio. En esa semana habían decidido que era cuando nos debían informar de las salidas profesionales para ir digiriendo y decidiendo nuestro futuro. ¡A mí me volvieron la cabeza loca! Me llamaba la atención todo lo que tuviera que ver con la imagen, maquillaje, peinados y esas cosas que aprovechaba para hacer, ya que Xeila se ponía de conejillo de indias. Tal vez podría hacer algo de eso, y luego ir descubriendo mi vocación.

¡Por fin! Mi cumpleaños. Al final habíamos decidido empezar a celebrarlo por la tarde en plan picoteo de sándwiches y chuches, jugamos al trivial y nos reímos mucho. El salón estaba a tope, casi no cogía más gente, y eso que solo estábamos la pandilla de siempre. Pero entre los sofás, la mesa con toda la comida y las bebidas y el juego del trivial en el suelo, no había sitio para nada más. No invité a Unai, ya que por la noche, a la cena, nos juntaríamos muchos más e iríamos a la hamburguesería de siempre. Estaba abarrotada, pero nosotros ya teníamos reservadas tres mesas. Las juntaron todas y pusieron un mantel de papel blanco. Pedimos hamburguesas como siempre y coca cola, pero lo mejor fue al final cuando Unai me tapó los ojos y me trajeron una tarta de queso con fresa. ¡Me encantaba esa tarta! Estaba riquísima y cuando podía la hacía yo en casa, menos mal que se hacía rápido y era sin horno. Lo peor de todo era esperar a que se enfriara y cogiera consistencia.

Nos reímos muchísimo, algunos que no habían venido a la tarde a mi casa, me dieron regalos y al terminar de cenar tuve que llevarlos a casa. Después nos fuimos a la playa a hacer botellón, ya éramos mayores de edad y podíamos probar el alcohol, aunque había algunos que bebían desde hace años. Me divertí como nunca, reí hasta que me dolió la tripa y hasta me levantó dolor de cabeza. Parecía que había vuelto a la vida de siempre, excepto por ese sueño.

Cuando se fueron todos, Unai me acompañó a casa. Al llegar al portal se paró, me agarró de las manos y me dijo:

—Antes, como estábamos con tanta gente, no quise darte tu regalo. Es algo muy personal y quería que estuviéramos a solas.

—No hacía falta nada. Solo con que vinieras a disfrutar conmigo de este día era suficiente.

—Ya, pero yo quería regalarte algo. —Me soltó una mano para tenderme una caja alargada de color negra con un lazo dorado—. Espero que te guste.

Le miré. Observé la caja negra. Deshice el lazo dorado. Volví a mirar a Unai, y notando cómo el nerviosismo crecía en mí, con mis manos temblorosas, abrí la caja. ¡Allí estaba! Reluciente, demostrándome lo atento que estaba Unai a mí y a mis gustos. Cuatro broches para el pelo, réplicas de las que había llevado Sissi en su cuadro más famoso. Siempre había querido tenerlas, pero suelen ser caras si son de plata y llevaban su perla natural. En bisutería no estaban realmente caras, pero perdían el color enseguida. ¿Serían de verdad? Salté de alegría al verlas y le abracé con fuerza. De mi boca solo salía una y mil veces, “gracias”.

Me besó dulcemente. Una punzada me dio en el corazón al acordarme del beso de mi sueño. No sentía ni la mitad de las sensaciones que con ese beso, pero me salía del corazón.

Subí a casa como si estuviera en un sueño. Tenía algo que adoraba, había sido un gran día de cumpleaños, mis amigos me hacían sentir normal y tranquila. Tal vez la locura ya se había pasado y volvía a mi vida de siempre. Volvería a ser una chica más, aburrida y cansada de estudiar, con poca vida social y cansada de peleas entre amigos, descubriendo nuevos sitios en este pueblo maravilloso y por fin ¡con el amor a las puertas! Tal vez Unai consiguiera enamorarme por completo. Con esas ideas rondando mi cabeza, me quede dormida. Dormí tranquila, feliz y sobre todo sin sueños raros que hicieran cuestionarme mi salud mental.

Capítulo 15



Después de un fin de semana a todo tren, disfrutando de mis amigas y de Unai, tocaba volver a la cruda realidad estudiantil. Estudiar, estudiar y estudiar hasta que mis codos quedasen planos de tanto apoyarlos en la mesa.

No voy a decir que se me pasó volando un mes entero en el que apenas hablaba a través de mensajes con Unai y Laura, pero sí que fue de prisa. Entre las clases, los exámenes de recuperación y que ahora iban a empezar todos los exámenes finales, sentí como si mi cabeza fuera explotar de un momento a otro. ¡No tenía vida social! Me pasaba las tardes encerrada en casa entre las cuatro paredes de mi habitación con la música a tope, para concentrarme al repasar. No tenía tiempo ni de pensar, me sentía saturada y solo deseaba que terminara esta tortura. ¡Otro año más así no lo soportaría! Menos mal que me había decantado por la formación profesional.

A dos semanas del fin de curso, con casi todos los exámenes hechos, el escritor que tenía que haber venido a dar la conferencia apareció. Se disculpó por tener que atrasarla, ya que su agenda se había visto modificada, por decirlo de alguna manera. Para nosotros mejor, ahora necesitábamos desconectar y coger energías para los exámenes que faltaban.

Nos reunimos todos los del último curso en el salón de actos. Cuando llegamos, el escritor, junto con el director, el tutor y la profesora de lengua estaban sentados en la mesa del escenario. Nos sentamos todos y por una vez, mi pandilla y yo, lo hicimos hacia el medio. El libro nos había gustado y Lucía había escrito algunos relatos para la revista escolar, al igual que Christian, que publicó su último relato, que iba sobre una espada mágica en la revista de fin de curso. A mí se me ocurrían historias pero nunca llegaba a nada, supuse que no era lo mío.

La charla fue súper amena, nos contó cómo había escrito el libro, en qué se había inspirado y, sobre todo, lo que hacía cuando no le salían las ideas. Nos dijo que escribir un libro es muy difícil, que no todos valen y que pocos son los que permanecen en el mundo de la literatura, ya que viendo cómo está el panorama muchos decidían colaborar con revistas o cosas por el estilo. Incluso le dio un par de ideas a Lucía, que estaba atascada con su novela, que yo leía y me parecía preciosa.

Me quedé un rato pensativa, había refrán que decía: “En la vida hay tres cosas por hacer: plantar un árbol, escribir un libro y criar un hijo”, pero pocos decían lo difícil que era cuidar el árbol, escribir el libro y educar a un hijo. Tal vez yo no servía para escribir

porque tenía demasiadas cosas en la cabeza y no podía serenarme, ya que según el escritor que nos había visitado: “Hay que tener la mente despejada, estar tranquilo y sereno para escribir las cosas claras”. Tal vez algún día me decidiría a escribir algo, pero mientras, apoyaría a Lucía y seguiría disfrutando de sus historias.

Era hora de volver a la realidad y estudiar, porque sin estudios no serás escritor, ni filósofo, ni nada de provecho. Tenía que acabar este año como fuera, no pensaba repetir y menos ahora que mis amigas vendrían a la universidad de Oviedo. Las tres juntas de nuevo, las tres estudiando y ayudándonos para salir adelante, como siempre. Me centré en mi objetivo y volví a mi rutina de zambullirme en libros y apuntes para superar los exámenes que quedaban y después volver a tener vida social.

¡Al fin el último día de exámenes! El último día de dolor de cabeza, de insomnio y sin tener vida social había llegado. Necesitaba relajarme. Tenía decidido hacer un ciclo formativo, y para entrar necesitaba buenas notas, ya que según la nota media y las plazas escogían a los alumnos.

Me concentré, era el último examen de la semana y del curso, estaba muy nerviosa. Me jugaba el curso, como bien nos recordaban los profesores. Respiré hondo, miré las preguntas una a una del examen y el alivio me inundó al ver que recordaba las respuestas. Empecé a responder poco a poco y cuando veía que no me acordaba pasaba a la siguiente, no tenía que apurarme, tenía cincuenta minutos de examen. Cuando entregué el examen me relajé sabiendo que había hecho todo lo que había podido, esperaba que los profesores se portaran corrigiendo y no sacaran puntos por cualquier tontería.

Tocó el timbre de la salida, recogimos, nos marchamos y como cada día se formó un tumulto de chicos que se agolpaban por salir, en cambio, no era así para entrar. Me reuní con Xeila, que me esperaba en la entrada del instituto, sentada. Íbamos a reunirnos todos para comer y celebrar el fin de los odiosos exámenes. Volvíamos a tener vida social. Unai también se unió a nosotros y Keesha se quedó sorprendida al ver que se sentaba a mi lado y me besaba. Parecía que Keesha lo había dejado con Lexter, ya que no estaba con nosotros en la mesa. Yo hice como que no veía la cara que ponía ella, vi como mandaba un mensaje por el móvil y al poco rato se nos unió a la mesa un chico que no había visto nunca y que enseguida nos presentó.

—Chicos —dijo Keesha mirándonos—. Este es Lucas. Es mi novio.

Todos nos quedamos mirando a aquel chico que parecía que se iba a unir a la pandilla. Era alto, rubio y con unos ojos azules que llamaban la atención a distancia. Se le veía cara de buen chico, pero claro, eso se vería con el tiempo.

Como siempre que nos juntábamos, parecía que hacíamos una fiesta, éramos un poco escandalosos pero lo pasábamos genial. Hacíamos bromas, le echábamos patatas fritas en la coca cola cuando alguien se iba y cosas por el estilo. La verdad, siempre que nos juntábamos todos me iba con dolor de barriga, no dejaba de reírme a carcajadas. Después de comer íbamos a dar una vuelta por el pueblo, acompañándonos unos a otros a nuestras casas. La primera en marcharse era Xeila y yo era la última, ya que vivía casi al final del pueblo.

Empezaba a hacer calor, el verano se acercaba. Tal vez podríamos ir por la tarde a la playa, ahora que estábamos más descansados. Con esos pensamientos subía las escaleras

hasta mi casa más contenta que nunca.

Keesha me había llamado para vernos y hablar y aunque no me hacía mucha gracia, algún día tendríamos que arreglar esto. No es que no quisiera que fuera mi amiga, pero lo que había hecho no era de buenas amigas, a mi entender, aunque ahora estuviera con otro chico. Le dije que se pasara a la noche por casa que ya había hecho planes, había quedado con Mónica en su casa un rato.

Mónica era una de mis mejores amigas. Tuvimos nuestros más y nuestros menos desde que nos conocimos. Tuvimos también épocas de ser inseparables y otras de no hablarnos en mucho tiempo. Cuando llegué al pueblo ella andaba en una pandilla de las no agradables del pueblo, pero me parecía simpática. Como vivía cerca de mi casa íbamos juntas al instituto, la iba buscar muchas veces y nos íbamos a muchos sitios juntas, pero claro, a las chicas de la pandilla en la que estaba Mónica no les debía de hacer mucha gracia porque se acabaron metiendo. Una vez, una de ellas le cogió el teléfono móvil y me mando unos mensajes haciéndose pasar por ella que me hicieron daño y no sé qué le dirían a ella de mí porque no nos hablamos durante mucho tiempo. Pero bueno, que la amistad siempre prevalece es lo que aprendí con ella. Por mucho que inventaran para separarnos siempre volvíamos a hablar y estar juntas como si nada hubiese pasado.

Por la tarde habíamos quedado en su casa. Como muchas otras veces, fui, timbré y esperé a que me abrieran la puerta. Su casa era grande y me gustaba estar en ella; sobre todo en la habitación de su madre, que tenía baño. Yo quería una así cuando fuera mayor. Me había invitado a probar el queso que había hecho y, con lo que me gustaba a mí el queso, no pude negarme.

Sacó el queso de la nevera, cortó unos pedacitos finos y los puso en un plato con algo de pan. Lo probé y estaba buenísimo, un poquito salado, pero riquísimo.

—La próxima vez que lo haga si quieres vente y así ves cómo se hace.

—Claro —dije entusiasmada—. Me encantaría.

Desde que la conocía había cambiado mucho en la hora de comer, por ejemplo: a mí no me gustaba el arroz, en cambio, sí me gustaba cómo lo preparaba ella. Si mi madre quería comer arroz sabía que lo tenía que hacer yo, y yo lo hacía como Mónica me había enseñado.

Mónica, Keesha y Xeila eran mis mejores amigas en el pueblo, a ellas les contaba todo, pero desde lo que había pasado con Keesha me había distanciado un poco de todas, aunque Xeila sabía lo de Unai y me alentaba a seguir con él. Decidí contárselo también a Mónica, ya que ella era la más sensata de las tres. Después de contarle todo casi sin respirar, lo que me preguntó me descolocó. Me miró fijamente y me dijo: “¿Cuál es el problema?”. No supe qué contestarle, ¿cuál era el problema? La verdad, no lo sabía, Unai intentaba conquistarme sin agobiarme, dándome mi tiempo y mi espacio para estar con mis amigas, pero había algo y no sabía el qué. A la cabeza me vino la imagen de Carlos, ese chico que me miraba de esa forma tan tierna, como si nos conociéramos desde siempre y tenía esa manera de aparecer cuando estoy sola o disgustada por cualquier cosa...

No sabía por qué Carlos siempre aparecía cuando tenía algún problema o cuando me sentía sola por las noches. Hacía tiempo que no le veía pasar por delante de mi balcón

tarareando su canción, los exámenes no me habían dejado tiempo ni de airearme como solía hacer todas las noches.

—Hay otro chico —dije sin pensar, sin sacarme de la cabeza a Carlos.

—¿Otro chico?!

—Bueno, no sé si me gusta ni si le gusto, pero es algo extraño. Siempre pasa por delante de mi balcón de noche, tarareando una canción. Cuando he estado sola sin rumbo por lo de Unai y lo de Anthony, él estaba allí conmigo. Incluso de casualidad lo he visto cuando paseaba de noche, ya sabes que me encanta relajarme de noche por algunos sitios.

—Lo sé. ¿Y dices que no sabes si le gustas?

—Bueno, la verdad, no me lo he planteado.

—¿Y es guapo? —preguntó con mucha curiosidad.

—Sí —contesté sin pensar—. Muy guapo.

Carlos era un chico misterioso, tenía sentimientos encontrados cada vez que le veía. Me gustaba verle pero me ponía muy nerviosa. Él debía de saber algo de mi pasado, pero no me lo quería decir, era exasperante. Era raro pensar que ya había vivido antes, que no era la primera vez que estaba en el mundo y que me podía haber enamorado antes. Lo de mi vida pasada me intrigaba muchísimo, no lograba entenderlo. ¿Cómo me venían recuerdos de esa manera? ¿Podría llegar a recordar todo lo que me había pasado? Tenía que hacer caso a Nora e ir recordando poco a poco lo que había pasado. Siempre que me encontraba con él acababa recordando cualquier cosa, por pequeña que fuera, ¿y si le iba a buscar y le volvía a preguntar? Si era muy pesada seguro que me diría algo.

Mónica fue a cambiarse, pasarse la plancha rápido por el pelo y retocarse el maquillaje para volver a salir de paseo. Me miré yo también en el espejo para ver cómo estaba mi maquillaje, me encantaba cómo quedaban mis ojos enmarcados de negro haciéndolos resaltar.

Esta vez íbamos a ir al cine y como estábamos algo cortas de dinero decidimos llevar la comida de casa escondiéndola en los bolsos. Habíamos hecho unos bocadillos de tortilla francesa y así solo comprábamos las entradas y las bebidas.

Nos fuimos al cine y esta vez nos pusimos en el medio para que no se nos oyera desenvolver el papel del bocata. Si es que siempre armábamos algo cuando estábamos juntas.

Al acabar la película, al ser tan temprano, decidimos ir hasta el ayuntamiento. Nos solíamos reunir de vez en cuando por allí para hacer el tonto, hacer fotos y cosas así. Me sorprendí al ver a Anthony con otra chica agarrados de la mano, no es que me sentara mal sino que no hacía mucho me había dicho que estaba enamorado de mí y ahora le veía con otra. Tal vez lo que decía que sentía era solo un capricho. Poco a poco empezaron a llegar los demás de la pandilla y, como siempre, empezamos con nuestras tonterías.

Unai no me había llamado en todo el día, no iba a estar en el pueblo porque le habían llamado sus padres para que los fuera a buscar a Avilés, que se venían de visita unos días. Supongo que ese tiempo iba a estar un poco distante, ya que tendría que

atenderles a ellos.

La chica de Anthony se había ido, pero él seguía con nosotros. Hacía tiempo que no me divertía tanto con todos. Miré el reloj. ¡Qué tarde!

Me despedí de todos, tenían pinta de quedarse un rato más. Menos mal que mi casa no estaba muy lejos, no tenía ningunas ganas de darme una caminata.

Escuché unos pasos detrás de mí y me empecé a poner nerviosa. ¿Quién me perseguía? Empecé a caminar más deprisa para intentar demostrar que no estaba nerviosa aunque iba con prisa, como si llegara tarde a una cita o algo. Llegué al portal y una sensación de alivio me invadió, saqué las llaves para abrir la puerta.

Alguien me agarró y forcejeé para liberarme.

—¡Suéltame! —grité—. ¡Voy chillar y alguien vendrá!

—No chilles, soy yo.

Ante mí estaba Anthony. Me abrazaba con fuerza y me hacía daño.

—¡Suéltame! —repetí.

—No pienso soltarte, no hasta que me digas que vas a ser mía.

—¡Para ya! Sabes que no quiero nada contigo. ¡Déjame!

—Lilith, ¡te quiero! —Me apretó más fuerte entre sus brazos. Sentía cómo el aire poco a poco salía de mis pulmones para no regresar.

No entendía nada. Si tenía novia. ¿Por qué hacía esto? Anthony se acercaba cada vez más a mis labios. No quería besarle y menos de esa manera tan rastrera. Por mis ojos salían las lágrimas sin parar.

A mis oídos llegó un sonido que conocía muy bien y en la acera de enfrente paseaba Carlos siempre tarareando su canción. Forcejee más fuerte para intentar coger aire y llamarle, en cambio lo que conseguí fue ahogarme más, ningún sonido salió de mi boca. No paraba de llorar, si Carlos no se daba cuenta no sabía qué podría pasarme.

Cerré los ojos, era inevitable. Sentí como poco a poco las fuerzas me abandonaban, cada vez me costaba más respirar por la fuerza que hacía Anthony sobre mí.

Escuché chillar a Anthony y noté que la presión desaparecía, ¡podía respirar! Inspiré tanto aire como me cogía en los pulmones, aunque noté una punzada. Me había caído al suelo y no me había hecho daño de milagro, como si alguien me hubiese cogido y posado en el suelo con cuidado.

Me decidí a abrir los ojos lentamente ante el silencio que reinaba y me quedé estupefacta al ver a Carlos agachado mirándome con miedo y dolor en los ojos. ¿Por qué tenía esa mirada? Me incorporé lentamente ayudada por él y nos quedamos agarrados de las manos, era muy dulce. En sus ojos había preocupación, hasta ahora nunca le había visto así.

—¿Estás bien? —me preguntó sin soltarme las manos y ayudándome a levantarme del todo.

—Sí, gracias —le contesté tocándome las costillas por donde Anthony me había apretado. ¡Todavía me dolía un poco al respirar!

—¿Seguro?

—Sí, muchas gracias por ayudarme. No me podía mover.

—Eso no se le hace a una mujer, ¿qué educación tienen los chicos de hoy?

Me hizo gracia su expresión, ¿los chicos de hoy? Al decir eso parecía más mayor, no sé, como si tuviera treinta o cuarenta años.

No me soltaba las manos y aunque pareciera mentira tampoco quería que me las soltara. Estaba muy a gusto así con él. Nos quedamos mirando uno al otro. Sin darme cuenta de lo que estaba pasando habíamos empezado a caminar de la mano hacia el parque de la iglesia, donde estaban los columpios. Nos sentamos en un banco y con el reflejo de las farolas en la noche sobre él me pareció mucho más interesante que nunca.

Nos quedamos callados, simplemente con la compañía del otro, agarrados de la mano mirándonos a los ojos. Era algo especial y romántico. Tenía la sensación de haber vivido algo así antes con él, ¿se repetirían actos de nuestras vidas?

—Sé que no quieres hablar conmigo de esto, pero sé que tú y yo nos conocemos de antes. En otra vida.

Carlos se sorprendió por mis palabras. Era como si hubiese estado esperando que yo le dijera eso para poder relajarse y hablarme con naturalidad.

—Tú y yo nos conocemos, simplemente.

Sus palabras me dejaron descolocada. ¿Acaso no me iba a decir nada? Claro que nos conocíamos, era el chico que siempre me encontraba de noche cuando tenía problemas o estaba sola, era como si me vigilara en las sombras. Un vigilante en la noche que me protegía de todo. Hasta en mis sueños estaba él.

Absorta en mis cavilaciones no me di cuenta de que él se había acercado a mí. Su mano aún sujetaba la mía, pero ahora con más fuerza. Sin saber muy bien el porqué cerré los ojos, como por instinto. Incliné hacia atrás un poco la cara, sabía lo que iba a ocurrir y no tenía miedo, ni vergüenza, como en otras ocasiones, más bien era como si lo esperara y desease desde el fondo de mi alma. Sus labios se pegaron a los míos con una ternura que nunca había sentido, ni con Unai. Poco a poco la presión fue aumentando al igual que la pasión que se desataba en nosotros. Le agarré del cuello y jugueteé con su pelo y él me tocaba suavemente la cara y me acercaba a él.

El mundo se quedó oscuro y en silencio, solo nosotros dos rodeados de paz y amor. Por un momento me olvidé de todo y me dejé llevar por esos sentimientos que experimentaba por primera vez en esta vida, cuando de repente a mi cabeza vino una imagen. Una imagen que hizo que me separara de Carlos como si me hubiera pasado una corriente eléctrica. ¡Unai!

Unai y yo no éramos novios propiamente dichos, nos veíamos con regularidad y esas cosas, intentaba conquistarme y yo me dejaba pero ¿por qué me sentía mal después de haber besado a Carlos? Me había gustado muchísimo besar a Carlos, había sentido muchas

cosas, como si estuviéramos atados por un lazo invisible que tarde o temprano nos uniría.

Al separarme de Carlos noté como si estuviera decepcionado. Estaba confusa, como casi siempre que veía a Carlos. Tenía que descubrir más cosas y él no me iba a ayudar.

—Muchas gracias por lo de antes. Ya es tarde, debería volver a casa —dije mientras me levantaba del banco.

—¿Quieres que te acompañe? Por si acaso —dijo aclarando.

—Claro —sonreí.

Caminamos hacia mi portal, empezaba a hacer frío y yo iba en camiseta de manga corta. Me sujeté los brazos intentando darme calor con las manos, Carlos vio el gesto y me puso en los hombros su chaqueta. Un olor a madera mezclada con hierba recién cortada me inundó, ¡era su colonia!

Llegamos a mi portal y nos despedimos. Le devolví la chaqueta y subí las escaleras pensativa por todo lo que acababa de pasar y poniendo en orden mis ideas.

Me tiré encima de la cama. Nada tenía sentido y en cambio todo me sonaba familiar. Estaba muy cansada, solo quería dormir y tener sueños bonitos, como dicen siempre las madres al arroparte.

Lo último en que pude pensar con claridad antes de que el sueño me venciera fue: "¡Qué bien huele!".

Capítulo 16



La noche era larga y todos los chicos querían bailar conmigo, en cambio, yo solo quería estar con Carlos. Él miraba desde lejos cómo bailaba mientras yo solo deseaba que me dejaran un minuto de respiro aquellos chicos que, ante los ojos de mi padre se peleaban por mí.

Carlos me hizo una señal, sabía que iba a salir al balcón. Me disculpé con mi acompañante y salí al balcón.

El aire frío me envolvió. Apoyado en la barandilla estaba él, con la mirada perdida en el horizonte. Me acerqué en silencio para sorprenderle, cosa que no conseguí, como de costumbre.

—Gran montaje el de la fiesta —dijo Carlos.

—Sí, mi padre quiere encontrarme un buen marido.

—Como todos los padres con sus hijas...

—Tu padre, ¿le va a proponer al mío de prometernos? —pregunté esperanzada.

—Creo que sí, el caso es si tu padre acepta. No somos tan ricos como otros que están hoy aquí —me respondió, triste.

—Bueno, nuestras familias se conocen de siempre. Seguro que mi padre acepta —le manifesté esperanzada.

—Eso espero —se giró bruscamente, me cogió de las manos y me miró. Notaba que en sus ojos había tristeza y esperanza—. Sabes que te amo y que yo solo seré para ti. No quiero a otra mujer.

Nos besamos apasionadamente, mis manos se enredaron en su pelo y él me apretaba fuerte contra su pecho como si temiera que me llevaran lejos. Yo no quería que ese momento terminara nunca. Siempre tenía que ser a escondidas, ¿por qué no podía cambiar eso? Esperaba que mi padre aceptara, yo quería a ese hombre más que a nada y sí, era joven, pero sabía lo que quería.

Cuando estaba con él sentía que volaba, como si tuviera alas con las que ascender y gritar al cielo que lo amaba con locura.

Alguien salió al balcón y carraspeó. Nos separamos como si nos cayera un rayo

encima. Era mi padre, debía estar buscándome.

—Te esperan dentro.

Su mirada era severa y su tono autoritario. Me daba miedo qué era lo que tenía preparado. Le seguí hacia el salón de baile. Mi madre estaba hablando con una señora que nunca había visto y al lado de la señora había un chico rubio. No podía ver su rostro ya que estaba de espaldas.

Mi padre me llevó hasta allí, entonces vi bien al chico, rubio, ojos azules, delgado y unos labios carnosos que llamaban la atención. Mi padre me colocó al lado de mi madre, justo en frente de él.

—Aiden, ¿por qué no vais a bailar? Seguro que os divertís— dijo mi padre.

Aquel chico me sacó a la pista y bailamos sin hablar durante un buen rato, ¿quién era y por qué tenía que bailar con él?

—Perdonad, mi padre os ha llamado Aiden. No sois de aquí, ¿verdad?

—No, disculpad que no me haya presentado. Mi nombre es Aiden, soy natural de Irlanda y nos hemos mudado hace poco a este país.

—Encantada, me llamo Lilith.

—Un placer, señorita.

Seguimos hablando mientras bailábamos y me enteré de que sus padres estaban en la línea sucesoria del trono inglés. Mi alma se calló al suelo y fue pisoteada por cada persona que bailaba. Si eran tan importantes seguro que mi padre haría lo imposible para casarme con aquel hombre y me alejaría de Carlos para siempre.

Empecé a encontrarme mal y me desmayé.

Cuando desperté estaba en mi cama, rodeada por mi madre y las sirvientas.

—¿Madre? —pregunté desorientada.

—Tranquila hija, te desmayaste. ¿Te encuentras mejor?

—Sí, siento haberos preocupado.

—Los invitados empiezan a marcharse, si estás mejor deberíamos ir a despedirlos.

—Sí, madre.

Me levanté de la cama y mi madre me sujetó, ya que aún me temblaban las piernas. ¿Tan grande había sido el shock que me había desmayado? Tal vez me apresuraba en mis conjeturas y sí podía casarme con Carlos.

Mi madre no me soltó la mano en ningún momento mientras estábamos en la puerta para despedir a los invitados. La familia de Carlos fue la última y este aprovechó cuando me besó la mano para entregarme una nota sin que nadie se diera cuenta. La guardé en uno de los bolsillos interiores del vestido, con disimulo, para leerla cuando estuviese a solas.

Cuando se fueron todos, los sirvientes empezaron a recoger y limpiar mientras mi

madre me llevaba a la habitación de nuevo. Aún tenía miedo de que me desmayase. Me senté en la silla del tocador y busqué la nota. La leí y una lágrima recorrió mi mejilla.

Ya estaban todos dormidos en casa y yo había salido al jardín trasero. Me senté en el banco, donde siempre nos encontrábamos a escondidas, a esperar que llegase Carlos. Mientras, releía una y otra vez la nota. Me sorprendí al verlo llegar con alguien. Esperé a que llegaran y me levanté.

—Lilith, este es un viejo amigo de la familia. Es un mago que nos puede ayudar.

—¿Por qué nos tiene que ayudar? ¿No habló tu padre con el mío? ¡Seguro que nos dejan estar juntos! —exclamé intentando convencerme.

—Lilith, mi padre habló con el tuyo, pero no nos ha permitido estar juntos. Yo te amo y quiero estar siempre a tu lado, ¿tú no?

—Sí, por supuesto.

—Él va realizar un conjuro para que no nos separemos nunca. No permitiré que te vayas con otro que no sea yo.

Miré a aquel hombre que se presentaba como la salvación de nuestro amor. Era un hombre mayor, con algunas canas ya en el pelo y en la barba. Vestía con buena ropa, así que pobre no debía de ser. Si Carlos confiaba en él, también debía confiar yo. Me acerqué a Carlos. Le agarré de la mano, tenía miedo ¿qué nos iba a hacer? Carlos me besó tiernamente en la frente y me puso un brazo en los hombros, como protegiéndome.

Aquel hombre nos puso un lazo blanco en las manos y con él nos las envolvió. Dijo unas palabras que no logré entender y comencé a tener sensaciones extrañas. Carlos se veía impasible, como si nada le afectase. Nos pusimos uno en frente del otro, aquel hombre nos puso las manos en la frente y nos dijo que nos besáramos. Miré a Carlos y le besé con todo el amor que llevaba dentro. Tanto lo amaba que estaba haciendo cosas extrañas para que no pudieran alejarnos.

El amigo de Carlos se marchó dejándonos solos. No nos separamos, aún nos besábamos y sentía como si estuviera en un remolino. La cabeza me daba vueltas y ya no podía sostenerme más en pie. Menos mal que Carlos me estaba abrazando, porque si no estaría tirada en el suelo. Carlos se sentó en el césped y sosteniéndome en brazos me dijo que me amaba. Miré a Carlos y en sus ojos veía la duda de si lo que acabábamos de hacer serviría de algo. No me gustaba verle triste. Quería que fuese feliz, conmigo o sin mí.

Me desperté de ese sueño, ese recuerdo, que tanto ansiaba recordar. Nos amábamos, por eso sentía estas cosas cuando le veía, y él debía de acordarse de todo, por eso siempre tenía la mirada triste y era poco hablador. En mis sueños él siempre hablaba mucho. Todo empezaba a tomar sentido, ¿pero por qué él no quería decirme nada?

El sonido del móvil me sobresaltó. Lo cogí y miré quien me había hecho dar un respingo. Tenía un mensaje de Unai:

“Cariño, ¿estás bien? Anthony acaba de llamarme. ¿Cómo se le ha ocurrido intentar besarte otra vez? Menos mal que alguien le paró. Tenía que haber estado contigo, lo siento. La próxima vez avísame. Sabes que me tienes para lo que necesites. Te quiero”.

Se había enterado de lo de Anthony. Rápidamente até cabos. Anthony no había venido a la última comida, por lo cual no sabía que Unai y yo estábamos juntos, así que supongo que le llamaría para contarle lo sucedido ya que eran muy buenos amigos y esperaba que Unai le hubiera dicho que estábamos juntos. Aún estaba un poco confusa por todo lo que había pasado, el beso entre Carlos y yo fue hermoso. Mucho mejor de los que me daba con Unai. Eran tan diferentes los dos...

Me fijé en la hora que marcaba el móvil y aún era muy temprano. Con todos esos sentimientos revoloteando en mi interior volví a dormirme de nuevo. Ya analizaría todo con calma cuando descansara un poco.

Capítulo 17



Mi madre vino a despertarme, no me había oído llegar ayer y quería saber a qué hora había venido, por supuesto le dije que temprano. Me dijo que podía levantarme un poco más tarde con tal de que hiciera la comida. Aproveché esa concesión y me incorporé en la cama, me puse el MP3 y me quedé pensando en lo que había pasado unas horas antes. Cuando estaba cocinando había pensado en Carlos y no en Unai. Con todos los esfuerzos que hacía Unai para conquistarme, y no era capaz de pensar en él en esos momentos, ¿qué me pasaba? Carlos me atraía mucho, de eso ya me había dado cuenta por mucho que pensara que no. ¿Si no, por qué le había besado? Cuando estaba con él notaba una conexión que con Unai no sentía. Pero lo que no sabía era si esa atracción la sentía porque sabía que en el pasado nos queríamos, apenas habíamos intercambiado media hora de conversación en todas las veces que nos habíamos encontrado. Siempre tan misterioso y yo volviéndome loca buscando una razón a todo esto que me está pasando.

El resto del día estuve pensativa. Tenía que ir a ver a Nora y preguntarle, ¿seguro que sabría decirme algo sobre el tema! Por la tarde, estuve con mi madre, ayudándola a hacer un puzle, ¡le encantaban! En cambio, a mí, me acababan la paciencia, todas las piezas me parecían iguales.

Una vez terminamos el puzle, me marché. Salí de casa con mis pensamientos revoloteando por mi mente, recomponiéndolos y buscándole una lógica que por mil vueltas que le diera no encontraba. Me topé con la puerta de la casa de Nora, que justo en ese momento se abrió y de ella salió Carlos. Mis ojos se abrieron por completo, casi como en los dibujos animados cuando alguien se sorprende, lo mismo. Nos miramos el uno al otro, sus ojos estaban tristes como aquella vez en mi sueño, como cuando con habían lanzado el hechizo. Se disculpó conmigo y siguió su camino, me quedé como una idiota viendo cómo se alejaba hasta que Nora me tocó el hombro y me trajo de vuelta a la realidad.

—Vamos, te estaba esperando —dijo cogiéndome de los hombros para hacerme caminar.

Me llevó hacia la habitación que ya conocía, me senté automáticamente en la silla opuesta a la de Nora. Puse los brazos cruzados sobre la mesa, apoyé mi barbilla y miré a Nora buscando una explicación a que Carlos se hubiese ido hacía solo unos instantes, ¿de que habrían hablado?

—Te estaba esperando, sabía que hoy ibas a venir.

—Ya... —dije aún atontada.

—Venía a hacerme una consulta del futuro. Más no te puedo decir.

—Gracias —la verdad, agradecía la poca información que me había dado. ¿Habría ido a preguntar sobre nosotros?

—¿Aún quieres hacer la regresión?

Me quedé pensativa, ¿debería hacerla? Necesitaba descubrir más cosas para entender lo que me estaba pasando.

—Preferiría esperar un poco, tal vez consiga recordar más cosas por mí misma.

—Muy bien. ¿Querías preguntarme algo en especial?

—Sí, bueno. Quería saber si un hechizo, o como se llame, que se pudo hacer en mi otra vida podría afectarme en esta. Supuestamente nos unía por siempre.

—Todo depende de lo que se hiciera, pero generalmente sí. Tú cuando vuelves a nacer es para corregir errores del pasado.

—¿Y cómo vas corregir errores del pasado si no te acuerdas de él?

—La verdad, no lo sé, tal vez sea por eso que empiezas a recordar cosas.

—¡Pero aún no recuerdo qué tengo que cambiar!

—Necesitas tiempo, tal vez te acuerdes pronto.

—¿Y si no logro recordar nada?

—Hacemos una regresión —sentenció.

—Lo que yo siento por el chico, ¿es real o es solo un recuerdo de un sentimiento del pasado?

—Vaya, eso ya es más difícil. Tus sentimientos son verdaderos independientemente de si es del pasado o no. Tu alma y la suya se han reconocido y por eso existe esa atracción. Porque en el pasado hubo amor y eso se recuerda.

Me quedé callada ante su explicación. Todo parecía tener una explicación mística que yo no lograba comprender y que según me decía, estaba delante de mis narices. ¡Tenía que recordar más! ¿Por qué nos habíamos separado? ¿Por qué en esta vida estábamos en el mismo lugar otra vez? ¿Tanto nos habíamos amado? Fuera lo que fuese lo que nos había separado en la otra vida, en esta era poco probable que pasase. Mis padres estaban divorciados, cada uno en una ciudad, y nadie se metía en mis decisiones. Tal vez era eso lo que tenía que cambiar, ¿qué sería de Unai? A lo mejor Unai era el amor de esta vida y no debería andar buscando maneras de recordar un pasado que ya había tenido su momento, pero esa mirada triste de Carlos me partía el corazón.

¿Por qué me obsesionaba tanto esa vida pasada? Sin tiempo para seguir pensando, noté cómo la puerta de la casa de Nora se cerraba y sin preocuparme siquiera de si me había despedido o no de ella, me encaminé hacia el puente de palo, ya que no quedaba muy lejos de allí. Necesitaba ver el mar para calmarme, era increíble cómo me podían

alterar las visitas a Nora. Tal vez no debería volver.

Cuando llegué al puente de palo me senté en un muro cercano, me gustaba notar que mis pies colgaban. ¿Realmente a quién quería de los dos?

Unai era mayor que yo, eso me gustaba porque podíamos hablar de muchas cosas, no como con Anthony, por ejemplo. La mayoría de los hombres, hablan de coches, motos, fútbol y mujeres. Carlos era un completo desconocido hasta el momento, pero cada vez que le veía era como si nos conociésemos de toda la vida; hasta sus silencios decían mucho de él. Mi madre decía muchas veces que si no tenías nada inteligente que decir, mejor no dijeras nada. Se le veía un chico serio y atento, tenía esos detalles que me encantaban, como acompañarme a casa aunque le dijera que ya iba sola, con aquella conversación que tuvimos antes de que me fuera a casa de Laura. Le note maduro y que me hacía caso cuando le hablaba, además de que realmente le preocupaban mis problemas, por muy pequeños que fuesen. Era todo un dilema, ¿podría conocer mejor a Carlos? Ese era el problema, no tenía cómo contactar con él, no sabía dónde vivía y aun así, tenía este sentimiento tan fuerte por él. Era muy complicado pero tenía que encontrar una solución a lo que me estaba pasando.

El horizonte, esa fina línea que separa el mar del cielo, ese lugar que todos, cuando somos pequeños, queremos tocar. Me daba tanta paz mirarlo. Mis ojos siempre se acostumbraban bien a la luz, por lo cual no me di cuenta cuando anocheció. Estaba allí sentada, mirando sin mirar, sintiendo el batir de las olas contra las rocas más abajo de mis pies. Cerré los ojos y me sentí una con el entorno.

El móvil comenzó a sonar y miré en la pantalla quién era. Me sorprendió ver su llamada, pero ante todo la alegría me inundó por completo.

—Hola Laura, ¿Cómo estás?

—Ey, hola Lilith. Estoy bien, te llamaba para ver cómo ibas de tiempo en estas vacaciones.

—Pues, la verdad, de tiempo el que quieras, ahora mismo estoy tomando el aire.

—Pues teníamos pensado ir en una semana a verte, ya hemos mirado el hotel.

—¿Hotel? Os podéis quedar en mi casa, vamos a estar apretadas pero cogemos. ¿Venís Luisa y tú?

—Claro las dos solas, ¿querías que fuéramos más?

—Por mí está bien así, pero para vosotras dos hay sitio en casa. Hay una habitación libre con dos camas. ¿Por qué no llamasteis antes de hacer nada?

—No queríamos molestar.

—No sois una molestia, total, la habitación está vacía ¿qué más da que la uséis un par de semanas o lo que queráis quedaros?

—Bueno, le comento a Luisa y ya decidimos.

—¿Pero ya habéis hecho la reserva?

—Bueno, la verdad es que no. —Se rió—. Solo hemos mirado la disponibilidad para

las fechas y de momento hay bastante.

—Ya, aún es temporada baja, así que se encuentra fácil.

—Ya veo, bueno, mañana te llamo.

—Vale, espero a tu llamada. Ya le comento a mi madre que venís, le hará mucha ilusión veros de nuevo.

—Sí. Espero que ahora que somos más grandes no armemos el escándalo que hacíamos antes cuando nos juntábamos.

—¡No mujer! —le dije sin parar de reírme, era increíble cómo Laura hacía que me olvidara de mis problemas.

—Bueno —dijo entre risas—. Ya te llamo. Cuídate.

—Chao —me despedí colgando el teléfono.

Me giré para poner los pies hacia la tierra y, apoyándome, me levanté. Sentía el trasero entumecido por estar tanto tiempo sentada en la misma postura.

Sentí un picor recorrerme las piernas y me quedé quieta, sin moverme, ya que cuando lo intentaba se volvía más intenso, se me habían dormido las piernas. Me volví a sentar a esperar a que pasase el hormigueo.

Miré hacia el camino de tierra y vi una silueta que se acercaba. Me entró el miedo, pero intenté que no se me notara una pizca siquiera y disimuladamente llevé mi mano a mi llavero con mi mini navaja.

Cuando la silueta pasó por debajo de una farola puede ver mejor quién era, Unai. ¡Qué susto me había dado! Unai se acercó a mí. Puso una cara algo rara, como si no esperase verme allí. ¿Pasaría algo? ¿Me estaría ocultando algo?

—Hola Lilith, ¿Qué haces aquí? —preguntó asustado.

—Nada, paseando un rato.

—Pensé que no ibas a salir por lo que te había pasado con Anthony.

—No tengo por qué tener miedo —dije pensando en Carlos, siempre aparecía cuando le necesitaba.

—Yo voy dar una vuelta hasta el faro, ¿vienes?

—No, gracias. Es tarde y tengo que volver a casa. Mi madre me está esperando —dije intuyendo que no quería que le acompañara a ningún sitio.

—¿Quieres que te acompañe?

—No hace falta. Sabes que me gusta pasear sola.

Unai se acercó a mí y me dio un beso suave en los labios, como esos que me acostumbraba dar siempre. Tal vez fueran obsesiones mías y no pasaba nada, no debía obsesionarme con las conspiraciones amorosas. Si él no quería estar conmigo me lo diría, ¿no? Además fue él quien quiso que fuésemos novios. Pero no conseguía sacarme la sensación de que pasaba algo.

Conseguí levantarme sin notar el hormigueo y miré cómo se alejaba Unai en dirección al faro. Me daba tentación seguirle y ver si ocultaba algo como era mi impresión, pero tenía tanto sueño que no me lo planteé como una opción. Me iría a casa, era tarde y el sueño me estaba venciendo.

El camino a casa se hizo llevadero, estaba entusiasmada ante la idea de que Laura y Luisa se vinieran unos días. Me puse a pensar en unas rutas para enseñarles mis lugares favoritos de Ribadeo y, claro, cómo no, las noches de locuras de chicas, que eran una regla indispensable cada vez que nos juntábamos. Tendría que comprar refrescos, aceitunas, patatas onduladas, que son las que más nos gustaban a las tres, y cualquier otra golosina que pudiera apetecernos, como las fresas o los chupetes de pica, lacasitos o cualquier cosa dulce estaría bien para la ocasión. Tan absorta iba en esos pensamientos que no miraba por dónde iba, hasta que tropecé con alguien. Me caí al suelo, me levanté y pedí perdón, mientras no dejaba de frotarme el trasero. Me dolía muchísimo.

—Perdón —dije sin levantar la vista—. No iba atenta...

—Nada, fue culpa mía.

Mis ojos se abrieron hasta el máximo que daban, Carlos estaba enfrente de mí. Tenía la mirada fija y parecía que quería algo, era como si fuese otro hombre. Tenía en los ojos un reflejo de determinación que nunca había visto en él y me daba algo de miedo, ¿qué quería?

—Perdona, te estaba buscando.

—¿A mí? —pregunté.

—Sí, quería darte algo.

—¿Darme algo? —repetí aún más sorprendida por lo que decía. ¿Me había buscado para darme algo?

—Es algo que llevo mucho tiempo guardando y que, bueno, pensé que quizás te gustaría.

No podía articular palabra era todo tan extraño. Estaba a muy poca distancia del portal de mi casa, era de noche y estaba muy oscuro. Si no fuera por las farolas de la calle no se vería nada. ¿Había ido hasta mi casa a buscarme? Carlos se acercó a mí. Sacó del bolsillo una caja negra y me la tendió para que la cogiera. Me acerqué y cogí la caja. La abrí y allí estaba.

—¿Es mi collar! —dije sorprendida mirando ese collar con el que había soñado.

—¿Tu collar? —preguntó estupefacto ante mis palabras.

—Sí, me lo regalaron mis padres cuando cumplí la mayoría de edad. Me lo regalaron para el baile.

Saqué el collar de la caja e intenté ponérmelo, con cuidado de no estropearlo. Era muy valioso. Ese collar era la prueba de que lo que soñaba era real, que de verdad nos habíamos conocido en otra época, en otro lugar y que nos habíamos amado. Pero, ¿qué hacía Carlos con mi collar?

—¿Por qué me lo das? Y lo más importante, ¿por qué lo tienes tú?

Los ojos de Carlos se volvieron tristes y grises. No entendía qué había pasado y no tenía claro que fuera a contármelo.

—Nada, pensé que deberías tenerlo. Nada más.

—¿Te pasa algo? —pregunté notando que no iba todo bien.

—Nada, Lilith. Es solo que...

—¿Pensabas que recordaría más cosas? —dije intuitivamente

—Sí...

—¿Por qué tienes mi collar?

—Tus padres me lo dieron. Pensaron que les gustaría tener algo tuyo así que lo escondí y cuando recordé todo mi pasado lo fui a buscar.

Me acerqué a él y le cogí de las manos. Nos miramos y noté esa conexión inexplicable de cuando estás unido a alguien. Me sentía rara. Aunque no era la primera vez que estábamos tan cerca el uno del otro, notaba esa proximidad de estar con alguien que conoces de toda la vida. Un escalofrío me recorrió la columna, las manos empezaron a sudarme sin saber muy bien por qué y sentía que mi corazón iba acelerado. Los ojos de Carlos habían cambiado, le notaba esperanzado, alegre y algo asustado a la vez. ¿Qué se suponía que tenía que pasar ahora? Nos habíamos juntado de nuevo, en nuestra otra vida nos habíamos amado y en esta sentía un vínculo con él que no lograba entender. No podía despegar mis ojos de los suyos.

Carlos se separó y me cogió el collar de la mano. Se puso detrás de mí y me retiré el cabello. Me colocó el collar en el cuello con mucha delicadeza. Cuando sus manos rozaron mi piel, el pelo de la nuca se me erizó. Una corriente eléctrica me recorrió desde donde había rozado mi piel a todas las partes de mi cuerpo, haciéndome desear que volviera a tocarme aunque fuera por accidente, para volver a sentir aquella descarga.

Me giré despacio para mirarlo el collar brillaba como si una linterna lo estuviera enfocando. Le abracé para notar su cuerpo entre mis brazos. Me tranquilizaba escuchar los latidos de su corazón, ¡que rápido iba! Miles de veces, en sueños, hacia ese gesto con él, era algo familiar a la vez que desconocido, pero ante todo me sentía bien. Por un momento pensé que había nacido para ese momento, para estar con él así. No quería que terminara, quería abrazarle por siempre. No me hacía falta recordar nada más si estaba con él.

Carlos poco a poco se separó de mí obligándome a alejarme de él. No entendía ese movimiento suyo. Le miré a los ojos suplicándole que no me separara de su pecho, no quería dejar esos brazos que me daban seguridad.

—No deberíamos hacer esto —me dijo con los ojos brillantes, parecía que iba a llorar.

—Solo sigo lo que me dice mi corazón —le respondí acercándome de nuevo a él y cogiéndole la mano para ponerla sobre mi pecho—. Sé que no me acuerdo de todo lo que nos pasó, pero lo que sí sé es que nos amábamos y que queríamos estar juntos, ¿por qué no ahora?

—Tú no lo entiendes. No quiero que vuelvas a desaparecer. Hay cosas que tienes

que recordar tú sola y que yo no puedo decirte. Sí, nos amábamos y daría mi vida por ti, pero no sabes nada de lo que he tenido que pasar.

Me quedé muda ante sus palabras. ¿Qué era lo que no recordaba y que tanto le atormentaba?

—Hiciste lo que hiciste sin pensar en mí... —me volvió a decir mientras se soltaba de mis manos y daba media vuelta.

—No te vayas —le supliqué.

Carlos dio un par de pasos pequeños y noté cómo mi corazón sufría. ¿Tanto le había hecho sufrir en el pasado? Si solo recordaba cosas hermosas, sus brazos rodeándome en el jardín de rosas blancas, paseos al atardecer a caballo, bailes y confesiones secretas de un amor chillado a los cuatro vientos. Tenía que recordar qué había hecho, necesitaba más piezas en mi puzzle.

Dejé que se marchara, me acerqué al portal y abrí la puerta. Esperaba que él diera la vuelta y volviera a por mí, que me dijera que me amaba y me llevara tan lejos que nadie pudiera encontrarnos. Me sorprendió ese pensamiento, ya que apenas le conocía en esta vida y ya deseaba que me llevara lejos. Subí las escaleras y me senté en el rellano de mi casa. Rodeé con los brazos mis piernas y me apoyé en ellos con la cabeza ladeada intentando encontrar alguna lógica a lo que me estaba pasando. Mis pensamientos daban vueltas y vueltas a mi pasado, o más bien a lo que recordaba de él, a las pocas veces que habíamos hablado y algunas cosas comenzaron a encajar.

Siempre estaba triste, solo, tarareaba esa vieja canción y siempre nos veíamos de noche. Él era mi vigilante, tenía que ser él. Todas aquellas noches que me sentía insegura y notaba una presencia, debía de ser él acompañándome. Teníamos un lazo fuerte que nos unía. ¿Por qué tenía semejante carga sobre sus hombros?

Capítulo 18



Me levanté buscando las llaves. Sin encender la luz del rellano abrí la puerta de casa, sin hacer ningún ruido. Era muy tarde y seguro que mi madre me iba a soltar una bronca monumental.

Sigilosamente entré en casa y me fui a mi habitación, por la hora que era mi madre no debería tardar en levantarse y venir a ver si estaba durmiendo. Me quité los zapatos, la chaqueta y me metí en la cama. Si me paraba mucho más seguro que me iba a pillar. cuando se fuera, después de supervisar, tendría el tiempo que quisiera para ponerme el pijama y dormir. Me acomodé en la cama. Como siempre solía hacer me puse boca abajo y pase por debajo de la almohada un brazo y con el otro la rodeaba. Cómo me hubiera gustado estar abrazando a Carlos en vez de a la almohada.

Al poco de estar en la cama apareció mi madre por la puerta de la habitación.

—¿Estás dormida?

No le contesté, ya que me estaba haciendo la dormida y debía creer que llevaba ya tiempo en casa durmiendo. Al ver que no le contestaba se fue a su habitación, yo aproveché para ponerme el pijama que tenía en la silla.

¿Tendría hoy algún sueño que me revelara algo más de mi pasado? ¿De ese pasado junto a Carlos que tanto ansiaba recordar? Poco a poco un sueño intranquilo se apoderó de mí.

Por primera vez en mucho tiempo, no soñé con el pasado. Tuve un sueño normal y precioso. Carlos y yo estábamos juntos. Todo era tan blanco y tan puro, una sensación de felicidad irradiaba por todos los poros de mi piel. Me acordé de la frase “el amor está en el aire”. Respiraba amor en esa nube de color blanco tan impoluto y con esa luz rodeándonos. Nos cogíamos de la mano y corríamos, paseábamos y nos besábamos con tanta naturalidad como si lo hiciésemos desde hacía miles de años, como si fuese una rutina para nosotros, como la de decir buenos días al levantarse. Era algo mágico. ¿Sería ese el futuro que me esperaba con Carlos? ¿Acaso también podía ver el futuro? No estaría mal, así sabría qué hacer.

Cuando me levanté por la mañana tenía la sensación de que nada podría ir mal, que todo en ese día saldría como esperaba y, si todo iba bien, vería a Carlos. Iba siendo hora de dejar de esperar a que él me encontrara y me salvara del peligro. Tal vez, y solo tal vez, era yo quien tenía que salvarle a él de ese mundo de tristeza en el que estaba metido. Tenía

que enseñarle la luz con la que había soñado.

Necesitaba sobre todo conocerle más, al Carlos de ahora, ese chico que siempre tenía esa mirada triste en sus ojos. Lo mejor sería empezar siendo amigos y que después, si aún seguía existiendo ese sentimiento de amor, luchar por él. Pero no esperar que ese sentimiento del pasado nos juntase en el presente para que podamos tener un futuro, los dos. Ya sea con él, con Unai o con otro chico.

Al acabar de desayunar me sonó el teléfono y me sorprendí al ver que quien me llamaba era Laura. Qué rápido habían decidido quedarse en mi casa, ¿o no se iban a quedar?

—¿Dónde estás?

—En casa. ¿Dónde voy a estar, Laura?

—Pues ven a la estación de autobuses, no tardes. Te esperamos —dijo.

¿En serio? ¿Habían venido sin avisarme con tiempo? ¡Qué sorpresa! Iba a matarlas, eso no se hace. Me vestí lo más rápido que pude, le dije a mi madre que las chicas habían venido ya y salí hacia la estación de autobuses aún con el desayuno en la garganta. Iba tan deprisa y sin mirar que me tropecé y caí al suelo. Allí estaba Carlos, me había chocado con él, otra vez. ¡Teníamos que dejar de vernos así! Me tendió una mano para ayudarme a levantarme que yo cogí encantada. Me incorporé y me sacudí la ropa.

—Perdona, iba deprisa. Me llamaron unas amigas que acaban de llegar de visita e iba a recogerlas —me sorprendí explicándole todo.

—¿Quieres que te acompañe?

—Sí. Claro. —Sonreí ante su propuesta—. Encantada.

Durante el camino le fui hablando de mis amigas, de mi vieja ciudad y de las locuras que hacíamos cuando estábamos juntas. No entendía por qué le contaba tantas cosas si a Unai no le había dicho ni la mitad. Nos reímos de mis ocurrencias y notaba a Carlos relajado. Esto parecía ser un buen comienzo de nuestra amistad. Teníamos que haber empezado así, conociéndonos poco a poco. Carlos empezó a hablarme de sus aventuras cuando era pequeño, ya que por el trabajo de sus padres viajaba mucho. Me habló de lugares increíbles, algunos los conocía por los programas de viajes y poco a poco nos relajamos. Nos detuvimos ante la puerta de la estación y me dio la sensación de que Carlos iba a dar media vuelta.

—¿Te gustaría conocer a mis amigas? —le pregunté esperanzada.

—Sí —me contestó después de un pequeño tiempo de reflexión.

Entramos y fuimos hasta donde aparcaban los autobuses, seguro que estaban allí esperándome. Les hice una señal para que me vieran y corrí hacia ellas para abrazarlas y besarlas. Las había echado mucho de menos. Laura y Luisa cogieron las maletas y fuimos hasta la puerta en la que estaba Carlos esperándome aún.

—Chicas, este es Carlos. Un amigo —dije mirándolo a los ojos—. Carlos, estas son Luisa y Laura —le dije señalando a cada una cuando decía su nombre.

—Encantado.

Salimos y nos dirigimos a mi casa, hablábamos del viaje y Carlos estaba tan callado que parecía que volvía a ser el mismo chico taciturno que conocí cuando, de repente, me cogió de la mano. Le miré sorprendida y en vez de encontrarme esos ojos tristes, me encontré con una sonrisa. ¡Qué sonrisa más bonita!

Mis amigas se dieron cuenta del detalle y cuando las miré tenían esos ojos de “cuando lleguemos a casa te toca interrogatorio”. Me gustaría contarles todo, mi vida pasada, mis sueños y los temores que albergaba en el fondo de mi corazón, pero ¿me entenderían?

Cruzamos el pueblo de una punta a otra para llegar a mi casa. Carlos se veía divertido y me gustaba. Parecíamos una pareja paseando con las amigas.

Al llegar al portal me separé de Carlos para abrir la puerta a Luisa y a Laura para que, por lo menos, fueran subiendo las maletas y llamando al ascensor. Las dejé pasar y yo me acerqué a Carlos de nuevo, deseando no tener que despedirnos.

—Bueno, supongo que por hoy no nos veremos más —dije, triste, mirando al suelo.

—Si quieres podemos vernos más tarde con tus amigas.

—Me gustaría mucho. Podemos ir a dar un paseo por el pueblo para enseñárselo.

—Por mi perfecto, ¿quieres que te venga a buscar aquí?

—Sí, si eso damos un paseo de noche. Es más bonito.

—Os vengo a buscar a las diez, después de cenar, y así paseamos tranquilos.

—¡Perfecto! Aquí te esperaremos —dije levantándome para besarle.

Carlos me agarró por la cintura y nos dimos un beso suave, me sentí en el cielo por un instante. Nos separamos sin ganas y me dirigí al portal de nuevo para subir a casa con mis amigas. Se estaban riendo y cuando cerré la puerta las carcajadas de mis amigas se volvieron más fuertes.

Entramos en casa y mi madre ya nos estaba esperando. Entre todas colocamos rápido la ropa, cuando nos dimos cuenta ya era hora de hacer la comida. Me encantaba cocinar pero siendo más, aparte de ir más rápido, iba a ser más divertido. Tenía que rebozar unos filetes y se me cayó algo de harina encima de Laura empezando una terrible guerra en la que todas acabamos blancas.

Mi madre al oír tantas risas y chillidos vino a ver qué pasaba, y cuando vio la cocina llena de harina, ¡nos echó una señora bronca! Nosotras, en cambio, cuando se fue de la cocina lo que hicimos fue reírnos y terminar de cocinar.

La comida transcurrió sin incidentes, para demostrarle a mi madre que éramos buenas niñas y que nos dejara salir después a dar un paseo. Después de comer ya no tuve más escapatoria, ni nada que hacer para que se les olvidara lo que había pasado con Carlos.

—¿Así que este es el famoso Carlos del que nos hablaste, el que besaste antes de subir? —me preguntó Laura.

—¡¿Me habéis espiado?! —exclamé, aunque en el fondo no me asombraba.

—Es que pocas veces te vemos besar a un chico —dijo Luisa riéndose.

—Bueno —dije poniéndome roja—. Sí, aunque hace poco empezamos a ser más amigos.

—¿Y qué pasa con el otro chico del que nos habías hablado? —recordó Luisa.

—Unai no sabe nada de que estoy viéndome con él. No quiero hacerle daño y como no me llama supongo que tampoco quiere verme aún.

—¿Pero estás saliendo con Unai? —preguntó Laura.

—Bueno, la verdad es que es algo complicado —le respondí.

—Tenemos tiempo —cortó Luisa emocionada ante la historia que tenía que relatar.

Poco a poco les fui contado toda la historia. Cómo conocí a Carlos, lo que Unai hacía por conquistarme y también que desde que habían venido sus padres no me hacía mucho caso. Habían pasado un par de semanas ya. También les conté lo de que Anthony había querido besarme y que si no fuera por Carlos, que me salvó, no sé qué pasaría conmigo y el mensaje de Unai al móvil. Luego, sin saber muy bien cómo iban a reaccionar, les conté lo de mi vida pasada, ya que siempre fuimos de creer en estas cosas paranormales, aunque nunca nos había pasado a ninguna. Les conté mis sueños, mis recuerdos, las visitas a Nora y, sobre todo, les expliqué la historia del collar que tanto les había llamado la atención a ambas desde que nos habíamos visto en la estación, aunque no habían preguntado abiertamente. No me dejé nada, les conté todo hasta el más mínimo detalle: las veces que nos habíamos visto, los consejos que me había dado, todo.

—Lilith, tu vida parece una telenovela —me dijo Luisa.

—Ya, pero en las telenovelas siempre se sabe lo que va a pasar y yo estoy en un sin vivir. No sé si quiero a uno por lo que recuerdo o si intento querer al otro para olvidar que he tenido otra vida y que él me está esperando —dije, resumiendo mi situación.

—Por lo que he visto, os noto muy compenetrados a Carlos y a ti, aunque haga mucho menos tiempo que le conoces. Con Unai no puedo juzgar, ya que no os he visto juntos. Mi consejo es que sigas como hasta ahora. Conócele y si recuerdas más cosas, genial, si no, no te agobies. Ahora estáis construyendo nuevos recuerdos en esta vida —resolvió Laura.

Como siempre Laura tenía la solución al problema. Me asombraba que siempre supiera qué aconsejar a los demás y, en cambio, para ella no lograba ver la solución a las cosas de la misma manera y rapidez.

Entre charla y charla sobre mis sueños y demás momentos que ellas se habían perdido, llegó la hora de bajar. Decidí cambiarme de ropa, ya que por la noche refrescaba el ambiente. Les aconsejé a las chicas que se llevaran alguna chaqueta por si les cogía frío. De repente me puse muy nerviosa, me había echado ya tres veces perfume, ¡no sabía qué hacía! Bajamos despacio, aún era algo temprano cuando, para mi sorpresa, Carlos ya nos estaba esperando.

Nos fuimos hacia el mirador. Me encantaba ir de noche y aunque había que caminar un poco, las vistas lo merecían. Nos acercamos al muro y miramos hacia los barquitos

atracados, el mar estaba en calma y de color azul oscuro. Carlos se integró rápidamente en nuestras conversaciones, sabía de todo. Parecía un chico diferente, más cómodo y con ganas de pasárselo bien. ¿Qué es lo que había cambiado en él tan de repente? Hacíamos el tonto, reíamos, chillábamos, corríamos y siempre había uno que decía una barbaridad más grande que la anterior, así era como nos divertíamos. Cuando ya empecé a notar mucho frío, decidí que era hora de marcharse. Debía de ser tarde y aún quedaba la sesión de noche en mi habitación. Aunque cada una tuviera una habitación, seguro que íbamos a dormir las tres en la misma, con lo cual, poco íbamos a dormir. Teníamos muchas cosas de las que hablar.

Las chicas iban delante, explorando las fachadas de los edificios y observando cada detalle de mi pequeño pueblo. Me hizo recordar los primeros días en Ribadeo, tantos años atrás. Cada día descubría algo nuevo que, poco a poco, hizo que me enamorara de aquel lugar. No podía explicar por qué en tan poco tiempo llegué a sentirlo mío.

De camino a casa Carlos me volvió a agarrar de la mano. Mis amigas miraban de reojo y no disimularon su risita haciendo que yo me sonrojara y girase la cara hacia otro lado. Mis amigas fueron entrando en el portal mientras yo me despedía de Carlos.

—Ya es hora de descansar un poco —le dije sin querer soltarle.

—Espero que descanses y tengas una agradable noche con tus amigas.

—Gracias —respondí sin poder evitar reírme casi a carcajadas.

—¿Por qué te ríes?

—Porque eres muy formal.

—La verdad, no suelo tener mucha vida social y no sé cómo tratar a la gente.

—No te preocupes, vas muy bien. Con mis amigas te desenvuelves genial.

Carlos me sonrió ante el halago que acababa de hacerle y me agarró de las manos. Le miré a los ojos, que se veían diferentes. Me acerqué a él para abrazarle y darle un beso en la mejilla antes de marcharme, pero Carlos me sorprendió besándome en los labios. El beso solo fue un pequeño instante que a mí me parecieron horas, era algo imposible de describir. Era dulce y apasionado a la vez, hacía que me temblaran las piernas y que las manos comenzaran a sudarme. Cuando nos separamos sentí como si me rompiera en miles de trozos, sabiendo que solo él iba a poder recomponerme.

Nos metimos en mi habitación, nos sentamos las tres en la cama y empezamos a hablar cuando de repente sonó mi móvil:

“Cielo, siento no estar contigo. Mis padres están muy pendiente de lo que hago, pero no me olvido de ti”.

Me pareció raro que no me dijese que me quería y que su mensaje fuera tan corto. ¿Qué le pasaba a Unai? No me importó mucho porque enseguida la cara de Carlos me vino a la mente e inconscientemente me toqué los labios recordando nuestro beso.

Mis amigas se juntaron a mí alrededor para observar lo que ponía y sacar sus conclusiones. No entendían muy bien que se acordara de mí a estas horas, sobre todo cuando no hacía nada por verme. Entendían que sus padres estuvieran pasando el verano

en el pueblo y tuviera que atenderlos pero, ¿por qué no me los presentaba, ya que según el éramos novios? ¡Vaya relación más rara! Yo en cambio no le contesté, simplemente porque no sabía qué decirle, ya que ahora pasaba mucho más tiempo con Carlos y con mis amigas, sería raro que él también se uniera a nuestro grupo, ¿no?

Nos quedamos hablando un poco de lo que les había parecido la primera salida por el pueblo y sobre todo de Carlos. Me gustaba no tener que ocultarles nada, que me entendieran, que me dieran sus consejos y opiniones sobre el tema. Casi sin darnos cuenta caímos rendidas ante el cansancio, ni me enteré de cuando vino mi madre a taparnos.

Capítulo 19



Otra noche más, otro día más sintiéndome suya sin poder serlo. Mi madre dejaba la comida en la habitación esperando que tomase algo mientras que yo, en cambio, la tiraba por la ventana. Las sirvientas se preocupaban por mí, no en vano me conocían desde que era muy pequeña. Mi padre me había dicho que a partir de ahora iba a tener que verme con aquel chico, Aiden. Él tenía posibilidades de ocupar el trono. Se había puesto muy severo ante mis negativas y me había dicho que como hija suya tendría que acatar sus decisiones, respetarlas y llevarlas a cabo por el bien de la familia. ¿Acaso no podía estar con Carlos? También era de familia rica, como yo, y no es que fuera una deshonra que estuviera con él, nos conocíamos desde siempre, ¿no era lo más lógico?

Pasé días y días encerrada en mi habitación, sin comer ni beber, tanto fue así que enfermé. El doctor vino a atenderme y me dio unas medicinas para que me recuperara y volviera a ser la de siempre, pero para mí eso era imposible, solo quería ver a Carlos y no le dejaban acercarse por nuestra casa.

Mi padre, harto de mi reticencia a comer y salir de mi habitación, contrató unas sirvientas nuevas para que me obligaran a cumplir sus deseos. En unos días llegaría Aiden con sus padres y me temía que eso no iba a ser bueno para mí.

Las sirvientas me vistieron con un precioso vestido turquesa y me recogieron el pelo con unas hermosas trenzas a las que le intercalaron unas margaritas. Salí al jardín con permiso de mi padre y paseé absorta a todo lo que me rodeaba, sin ganas de nada que no fuera saber algo de él. Llegué al extremo del jardín, el que estaba más oculto de cualquier mirada, y me quedé mirando el precipicio deseando poder ser libre como el mar e ir a donde quisiese.

Un ruido me distrajo de mis pensamientos, los arbustos se movían dejando paso a una figura que reconocí al instante, era él. Me acerqué corriendo, le abracé y, sin dejarle respirar, le besé como nunca antes había hecho. ¿Sería capaz mi padre de obligarme a estar con un hombre que realmente no amase?

—Te he extrañado —dije después de besarle.

—Yo también. He oído que estabas mal y no me dejaban verte.

—¡Podías haberme escrito! —le recriminé.

—Te escribía cada día, pero tus sirvientas se negaban a acercarse a mí y coger mis

cartas para entregártelas. Estaba desesperado.

—Mi padre les dio esas órdenes. Estoy asustada, Carlos. Llévame contigo a donde sea pero lejos de aquí y para siempre.

—¿Qué es lo que pasa? —me preguntó asustado.

—En un par de días llega, Aiden. Me temo que mi padre quiera casarme con él.

El silencio cayó como una losa pesada sobre ese maravilloso encuentro. Yo me sentía suya, no podía pensar en tener que entregarme a otro hombre. Carlos estaba pensativo.

—Esperemos un par de días a ver qué pasa. Compórtate como quieren que lo hagas, no des un paso más largo que otro.

—Pero...

—No hay peros. Volveré a pedir tu mano ante tu padre antes de que llegue el chico ese y según me respondan obraremos. Ten confianza, Lilith.

Me agarró la cara con sus manos y yo notaba que quería empezar a llorar. Siempre juntos, para eso habíamos hecho la ceremonia. Me besó dulcemente y se escabulló por donde había entrado. Alguien venía. Me volví a apoyar en el muro y miré hacia el precipicio deseando una vez más ser libre de elegir mi destino.

Mi madre se acercaba sigilosa, como si no quisiera molestarme. Sabía que venía a hablar conmigo, mi madre era dulce en ese aspecto, por lo cual supuse que a ella le debió de pasar algo parecido a mi edad.

—Cielo —me llamó suavemente—. Aiden y sus padres llegaron antes de lo previsto.

—¡¿Cómo?! —grité girándome repentinamente.

—Debieron de avisar cuando ya estaban de camino. Acaban de llegar ahora.

—No puede ser, venían en unos días...

Mi madre me cogió del brazo, como para aparentar que estábamos paseando por el jardín e ir a buscar a los invitados. Me movía automáticamente sin un solo pensamiento rozando mi mente. Era como si fuese un fantasma.

Llegamos al vestíbulo y allí estaba mi padre hablando con los padres de Aiden.

—Lilith, enséñale la casa a Aiden. El día del baile no se la pudimos enseñar.

Me moví despacio hasta aquel chico que venía a cambiar mi rutina y mis deseos. Le hice un gesto para que me siguiera y decidí que tenía que ser taciturna y no darle mucho pie a conversaciones para que no se interesara por mí.

Pasábamos por diferentes estancias de la casa y le decía poca cosa sobre la decoración, mostrándome distante. No quería casarme con él por muy rey que pudiera llegar a ser.

Cuando llegamos al salón pequeño, el que utilizábamos diariamente, mi madre apareció para indicarnos que nos sentáramos y llamó a una de las sirvientas para que nos trajeran algo de beber. Mi padre y el padre de Aiden no estaban allí.

—Madre, ¿dónde está padre? —le pregunté en bajo.

—En el despacho, con el padre de Aiden.

Eso no presagiaba nada bueno para mí. No podían estar tratando de casarme con ese chico que no conocía, como si fuera una casa o un rebaño de cabras. Me volví aún más callada si cabe, solo participaba en la conversación si me hacían una pregunta directa y, si podía, también las esquivaba.

Estaba ya todo listo para la cena y nos encaminamos hacia el comedor pequeño, que era el que más usábamos. Allí estaba mi padre hablando alegremente con aquel señor. Me senté en mi sitio y esperé a que sirvieran la cena. Apenas levantaba la mirada del plato y mi madre me excusaba, echando la culpa a que había estado enferma últimamente y que no estaba recuperada de todo.

Al acabar la cena pedí irme a mi habitación poniendo como pretexto que estaba muy cansada y necesitaba reposo. Mis sirvientas me desvistieron y me enfundaron el camisón para dormir. Me senté en el tocador y me peiné mi melena una y otra vez, sin ganas de nada, ni siquiera de pensar. En el momento en que ya no logré distinguir nada en la habitación, me acosté. ¿Qué sería de mí?

Al día siguiente, no quería salir de la habitación, pero vino mi padre a obligarme. Para ese día me habían elegido un vestido de seda fina de color marfil con pedrería en el escote, un lazo de color marrón que llegaba hasta el suelo después de hacer el lazo. Me habían recogido el pelo en una redecilla y me la habían sujetado con unas horquillas terminadas en su parte visible con unas perlas. Para la ocasión me colocaron la gargantilla de mi puesta de largo. Era de oro, con incrustaciones de turquesa a cada lado de una serpiente negra en el centro de la gargantilla. Para taparme los brazos, los cuales mi padre me había presionado y dejado rojos, me habían traído una capa marrón oscura con piel de armiño bordeándola. Las sirvientas me pellizcaron las mejillas hasta que me quedaron rosas.

Mi madre entró a mi habitación y se quedó asombrada al verme. La verdad es que hasta yo misma me había quedado sin habla al verme, casi parecía que estaba vestida de novia. Estaba asustada y angustiada, ¿me estaban preparando para mentalizarme de lo que estaba por llegar? La capucha de la capa me caía suavemente por los hombros. Me cogió de los brazos como la noche anterior, me dijo que me veía hermosa y que estuviera tranquila; cuando le pregunté por qué, solo me dijo que mi padre tenía que decirme algo.

Mi madre bajó de prisa las escaleras al vestíbulo. Bajé despacio, no quería oír lo que fuera que tenía que decirme mi padre.

Me fijé en que Aiden le decía algo a su madre y que me miraba intensamente. ¿Por qué me habrían vestido tan elegante? ¿Para gustarle a Aiden y a su familia? ¿Que vieran que era un buen partido? Miles de preguntas se agolpaban mi cabeza y a ratos prefería no escuchar la respuesta a ellas.

Cuando llegué al vestíbulo mis padres y los de Aiden se adelantaron dejándonos solos. Fuimos detrás de nuestros padres y, aunque Aiden intentaba entablar una conversación, yo le respondía muy escuetamente y repitiéndole de vez en cuando que me excusase, que no estaba recuperada totalmente de mi dolencia.

Desayunamos y después paseamos por el jardín. Mis preciadas rosas, ellas solo crecían y morían sin tener que juntarse con nadie. Solo se preocupaban por sobrevivir, ir hacia el sol y crecer y crecer sin importar las malas hierbas que pudieran salir alrededor de ellas. ¿Tendría que hacer como las rosas y adaptarme a la situación? Mi padre me llevó aparte, a mi lugar favorito del jardín. Las rosas blancas dejaban un aroma que siempre me había encantado. Nos sentamos en un banco que había cerca, puso esa cara seria que le caracterizaba y con voz autoritaria me dijo:

—Aiden me ha pedido tu mano. Quiere que tú seas su esposa.

—¿Nadie más te ha pedido mi mano? —pregunté esperando que me dijera que Carlos se la había pedido.

—Carlos me ha pedido tu mano también.

—¿Y qué es lo que me queréis preguntar, padre?

—No tengo nada que preguntarte. Yo al ser tu padre decido con quien te casarás. Solo vengo a informarte de que seas más amable con Aiden, ya que será tu esposo.

—Pero... Padre, yo... Carlos...

—He dicho que Aiden.

—Padre, Carlos y yo nos conocemos desde siempre, también son una familia noble y rica como nosotros. ¿Por qué él no?

—Aiden está en la línea sucesoria del trono. Tenemos suerte de que a pesar de esa condición estén arruinados. Las fiestas sin medida pueden acabar con cualquiera en la calle por muy rico que sea, aprende de ellos, hija mía. Nuestra fortuna es suficiente para manteneros. No te he criado y enseñado todo lo que sabes solo para que seas la mujer de un noble del tres al cuarto. ¡Tú serás reina, hija!

Una vez dicho eso desapareció de mi lado y se fue junto a los demás, que habían decidido salir de excursión por la ciudad y comprar algunas joyas. Yo me quedé allí sentada, en aquel banco rodeado de rosas, intentando no llorar por lo que se me avecinaba. Tenía que casarme con un hombre que no conocía ni tenía interés en hacerlo. Irme a saber a qué ciudad, con qué condiciones y alejarme de toda mi vida. ¿Por qué no podía quedarme con Carlos aquí?

Me fui corriendo a casa de Carlos, llegué con el vestido todo lleno de barro y mi peinado totalmente deshecho. Tenía las mejillas rojas del esfuerzo y lo primero que hice al verle fue abrazarle y llorar.

—Cálmate, Lilith.

—Yo no quiero que me alejen de ti. ¡Haz algo!

—Lilith, vuelve a casa. Arréglate, nadie debe saber que has estado aquí. Cuando todos estén dormidos nos vemos en el sitio de siempre.

—Vale —le respondí llorando, dándole un abrazo y un beso de despedida.

El camino de vuelta a casa lo hice igual de rápido para que no me descubrieran. Volví a mi habitación y las sirvientas me arreglaron el pelo y la vestimenta. Me cambiaron

de vestido por uno de color marrón y una capa de color azul. Había empezado a llover y llovía con muchas ganas. El jardín estaba todo lleno de barro, así que nadie se iba a extrañar de verme con un vestido diferente. Mis mejillas seguían encendidas y mi respiración era un poco irregular, me senté en el saloncito a leer mientras fingía que estaba esperando a todos.

Mi cabeza daba vueltas y vueltas en busca de una solución, una solución que no lograba ver. No quería renunciar a Carlos, era lo único que tenía claro al cien por cien.

Me desperté y me sorprendió ver que ya era bien entrada la mañana, me habían dejado dormir. Miré el reloj de la mesilla y me quedé petrificada al ver que solo quedaba una hora para el mediodía. Mientras me vestía, estuve atenta a cualquier ruido de gente cocinando, pero todo era silencio. Busqué por la casa y no vi a nadie, ¿dónde se habían metido todos? Al llegar a la entrada, me percaté de que en el espejo había pegada una nota. Era de mi madre. Se habían ido a reservar mesa a uno de mis restaurantes favoritos.

El restaurante era pequeño, muy acogedor y la comida era excelente. Me encantaba la comida italiana, ya que por parte de mi madre tenía raíces de Italia. En ese restaurante la comida era como la que podías comer allí, pero con un toque de aquí. Lo mejor de todo es que no me quedaba muy lejos de casa y en un par de minutos estaba allí. ¿Por qué no me habían despertado? Se lo preguntaría al llegar.

Cuando llegué justo se acababan de sentar en una mesa. Me acerqué, las saludé a todas y me senté al lado de mi madre. Como siempre, me pedí los espaguetis de la casa, ¡estaban riquísimos! Llenaban mucho, pero no los cambiaría por nada. Hablamos animadamente hasta que vi entrar por la puerta a Unai con una chica despampanante. La chica era rubia, alta y con un cuerpazo de modelo que hacía que todo el mundo se girara para verla. Yo abrí los ojos de par en par, ¡Unai estaba con otra chica! Eso explicaba que siempre estuviera ocupado, que nunca me llamase y solo me hubiera mandado dos mensajes en todo ese tiempo. El último muy corto y como sin ganas.

Mis amigas por mi reacción entendieron que aquel debía de ser Unai, el otro chico que competía por mi corazón, aunque ahora no se veía que estuviera luchando con muchas ganas.

Unai se sentó con esa mujer lejos de nosotras, por lo cual no nos vio. Yo me quedé algo pensativa el resto de la comida, aunque hablamos de cómo le iban las cosas a Luisa y a Laura. Laura nos contó que salía oficialmente con el chico del que me había hablado la última vez y que estaba muy feliz. Ahora aquel chico le ayudaba a no sentirse tan sola con las ausencias de sus padres. Luisa, en cambio, dijo que en un par de semanas haría un curso de dirección de empresas y que iba a estudiar la carrera de lo mismo, así cuando tuviera su empresa sabría cómo llevarla, pero por el momento, ayudaba con la empresa de su familia.

Para hacer la digestión fuimos a dar un pequeño paseo por el pueblo y miramos los escaparates de las tiendas por si había algo interesante.

En un escaparate vimos un vestido de novia precioso, era de tipo princesa, blanco, con escote corazón con pedrería y llevaba un lazo a modo de cinturón de color marrón oscuro con algo de pedrería incrustada y la primera capa de tela de la falda era de un encaje muy bonito. Al lado del maniquí estaban expuestos los zapatos, de un color marfil,

con tacón muy alto y con encaje. Lo que me sorprendió es que no pusieran un velo. Solo había una tiara en la peluca del maniquí. Me quedé sin palabras y no apartaba los ojos de aquel vestido. ¿Habría tenido que llevar algo parecido en mí otra vida para casarme, con el que se suponía que tenía que ser mi marido?

Seguimos el paseo entre risas y bromas cuando nos encontramos con Unai y aquella chica. Estaban mirando un escaparate de zapatos. Intenté pasar sin que se diera cuenta de que estaba allí, pero me fue imposible, ya que al girarse para seguir por su camino tropezamos.

—¡Lilith!

—Hola, Unai.

—¿Cómo estás? Esta es mi prima Eneka. Vino a pasar unos días aquí, fueron a buscarla mis padres, por eso se fueron tan rápido.

—Encantada —le dije a aquella chica despampanate.

La chica miró a Unai y este volvió a hablar después de que ella nos saludara con la mano.

—Perdona, Eneka es de Suecia y no sabe casi nada de nuestro idioma.

—Ah —Era raro todo ese asunto pero me daba igual—. Estas son Laura y Luisa —expliqué señalando a cada una cuando la nombraba—. Han venido unos días para estar conmigo, son mis mejores amigas de Ourense.

—Me alegro mucho, tenías muchas ganas de que vinieran a verte y conocieran esto.

—Sí. Ahora espero que vengan más a menudo.

Cuando dije eso me giré para ver a mis amigas. En ese momento nos pusimos a reír a sabiendas de que si todo iba según los planes nos veríamos más a menudo. Hablamos un rato y luego seguimos nuestro camino. Mi madre se había ido a casa a descansar, ya que a la noche tenía un evento importante al que no podía faltar.

Llegamos hasta cerca del cine en nuestro paseo, nos detuvimos a ver la cartelera, por la tarde iban a echar una película de dragones de la que ya había leído el libro.

—Chicas, ¿qué os parece una tarde de cine?

—Por mí vale —respondieron mis amigas.

Nos fuimos a casa hasta que fuera la hora de ir al cine que. Sospechaba, me iban a dar su opinión de Unai y no me apetecía mucho pensar en él. Si estaba con otra me alegraba, a lo mejor aquella chica lo podía hacer feliz, y si de verdad era su prima entendía que estuviera tan ocupado y no me llamara. A mis amigas no les parecía normal. Para cambiar de tema llamé por teléfono a Mónica para que se nos uniera en el cine, pero como era temprano, vino a mi casa. Le presenté a mis amigas y empezaron a hablar como si se conociesen todas desde siempre. Sin saber muy bien cómo, volvió a salir el tema de Unai. Mónica, que lo conocía y sabía que él y yo estábamos medio saliendo, quiso advertirme.

—No quiero que te haga daño.

—Tranquila, no me lo hará —le aseguré. ¿Cómo me iba a hacer daño si no sabía lo

que sentía por el realmente?

—Hace unas semanas que lo veo con una chica guapísima, no quiero decir que tú no lo seas ¿eh?

—La conocí hoy, nos encontramos con él por casualidad y estaba con ella. Según él, son primos.

—No me parecen primos, ya que un día que salí por la noche a dar un paseo por el faro con Manuel, lo vi con aquella chica y muy juntitos.

—Bueno, tranquila, de verdad que no me importa. Hace un tiempo que estoy conociendo a un chico y me parece bien que él haga lo mismo. Hace un mes que casi no nos vemos.

—¿Un chico?

Le empecé a contar la historia de Carlos, de que nos veíamos y de cómo me iba conquistando eso sí, obviando los detalles de que nos conocíamos de otra vida, ya que no estaba segura de cómo iba reaccionar y no tenía ganas de que me tomaran por loca en el pueblo. Todas mis amigas llegaron a la misma conclusión, Unai parecía haber perdido el interés por mí. Ya no era aquella chica, amiga de su ex, que quería conquistar. En cambio, Carlos mostraba un interés real intentando ser sociable con la gente que me importaba, y eso en un chico silencioso y solitario se valoraba el triple.

Yo pensaba como ellas a ratos: Carlos era muy solitario, eso no se podía negar, pero no estaba segura de sentir lo que sentía solo por lo que hacía en esta vida. Me trataba muy bien, me sentía muy a gusto con él, pero a veces intentaba comportarme de forma más madura para agradarle. Con Unai podía ser yo misma. Carlos siempre me sorprendía con algo, hasta una simple mirada suya me hacía sentir que era la persona más importante del mundo, en cambio, Unai estaba desaparecido, siempre ocupado. No se parecía a aquel chico que intentaba conquistarme, interesándose por mí y mis problemas, dándome consejos y teniendo siempre una sonrisa en la boca que me hacía sonreír a mí también. Todo era muy complicado y quería escoger bien sin guiarme por suposiciones como las de que Unai podía estar con otra chica.

Estábamos tan animadas con la conversación, dando cada una su punto de vista, que si no es por mi madre que nos vino a avisar de la hora, no llegábamos a tiempo para ir al cine.

Salimos corriendo de casa y menos mal que todo era cuesta abajo, porque si teníamos que ir corriendo y por encima era cuesta arriba habría sido mejor dejar el plan. Al llegar a la taquilla cogimos las entradas y justo cuando íbamos a entrar mis amigas vieron a Carlos paseando por allí cerca y le llamaron. ¿Qué tenían planeado estas?

—Vamos a ver Eragon, ¿vienes con nosotras?

—Bueno, aún no la he visto. ¿Quieres que os acompañe? —dijo mirándome fijamente.

—Por mí puedes venir. No sabía que te gustaran los dragones —le comenté sorprendida.

Nos reímos y fue a comprar su entrada. Fuimos directas a por las gominolas antes de entrar en la sala. Esta vez compré unos maíces, que hacía tiempo que nos los comía, y una botella de agua. Cuando todas tuvimos las golosinas entramos en la sala y por no variar nos sentamos en la última fila. La sala en ese momento estaba vacía y la gente empezaba a llegar. No era tan tarde como había dicho mi madre, debí haberlo supuesto ya que su reloj esta adelantado.

La película estuvo interesante, aunque cambiaban cosas con respecto al libro, odiaba que hicieran eso. Hacia la mitad de la película Carlos me sorprendió cogiéndome la mano y mi corazón dio un vuelco. Cuando hacía cosas así me volvía loca, el roce de su piel me hacía sentir que una corriente circulaba por todo mi cuerpo, notaba que me faltaba el aire y, aunque parezca raro, a la vez notaba como si tuviera alas que me permitieran volar.

Al terminar la película sentí que había malgastado el dinero de la entrada. La película estaba bien, pero la habían estropeado poniendo cosas del segundo libro cuando supuestamente estaba basada en el primero. Me sentía decepcionada. En cambio, a mis amigas les gustó mucho. Fuimos caminando hasta el paseo marítimo, hacía tiempo que no íbamos y me sorprendió a esas horas ver gente pescando, casi siempre salían de noche no por la tarde. Nos sentamos en un banco enfrente del paseo, justo debajo de la atalaya. Empezamos a bromear, a decir tonterías y nos reíamos tanto que me dolía la barriga, incluso llegué a llorar de la risa. El tiempo pasaba y nos divertíamos mucho.

Se acercaron unos turistas preguntando por un restaurante y aunque a mí se me daban bien los idiomas no supe explicarme, Carlos salió en mi ayuda indicándoles perfectamente y con un inglés bien fluido. Dejó a mis amigas alucinadas a todas al ver lo bien que lo hablaba. Enseguida les dije que él era inglés y por eso no tenía que pensar en cómo decir las cosas como nosotros.

Los días pasaban deprisa, nos divertíamos mucho con Carlos. Nunca habría imaginado esa faceta suya, cuando siempre que lo veía parecía taciturno. Mis amigas disfrutaban de cada momento que pasábamos, no solo por las tonterías que decía Carlos sino, por cómo me miraba y me cogía de la mano tan tierno. Siempre me vacilaban cuando estábamos solas en casa. Lo único malo es que ya casi habían pasado dos semanas y mis amigas se tenían que marchar.

Un día me sorprendió recibir una llamada de Unai, quería verme y conocer a mis amigas ahora que ya no tenía más visitas de familiares. No sabía qué hacer, estaba tan a gusto con Carlos que la verdad solo pensaba en el momento de verle y disfrutar de su compañía. Tendría que hablar con Unai y decirle que me estaba enamorando de otro chico. Quedamos con él en mi portal a las cinco de la tarde, por lo cual le dije a Carlos que íbamos a salir más tarde aquella vez y que si quería nos encontraríamos en la cabaña del viejo cuidador del cementerio a las diez de la noche, ya que aún no le había enseñado nada a mis amigas de aquel lugar hipnótico para mí.

No estaba muy segura de salir con Unai, me había dejado sola durante más de un mes sin escribirme ningún mensaje, bueno, dos mensajes, pero no son suficientes para saber de alguien, ni una simple llamada hasta hoy. Había estado muy distante y las pocas veces que le había logrado ver estaba con alguna chica o muy acalorado porque según él llegaba tarde a algún lugar. Siempre me había hecho sospechar, pero como estaba con

Carlos se me olvidaba pronto.

Mis amigas empezaron a arreglarse después de comer. Yo les daba mi opinión mientras buscaba un pantalón negro y una camiseta roja que me encantaba. Me recogí el pelo en una coleta para hacer una trenza y enrollarla como si fuera un moño.

—¿En serio vas ir así? —me preguntó Luisa.

—¿Y qué quieres? —Me miré en el espejo del armario—. Creo que voy bien.

—¿No se supone que es tu novio?

—Bueno. —Me quedé pensativa—. No sabría qué decirte a eso con exactitud. Un novio no desaparece por más de un mes.

Y ahí comenzó un largo debate que terminó en tablas, ya que se acercaba la hora de bajar y mis amigas aún estaban sin maquillar, por lo cual no debatimos más sobre por qué no me maquillaba. Para hacerlas más felices me eché una sombra, un poco de máscara de pestañas y un brillo en los labios.

En este tiempo que había tratado más a Carlos había descubierto un montón de cosas de él. Aún sabía que había cosas que no recordaba y en ellas seguro que estaba la clave de sus ojos tristes. Él pensaba que no lo veía, pero de vez en cuando se daba la vuelta para que no le viera y sabía que en ese momento le venían pensamientos a su cabeza o recuerdos que le hacían sentirse triste y desolado.

Bajamos las escaleras haciendo bromas, les comenté lo que nos había pasado una vez a Xeila y a mí.

Les conté que había un chico que nos gustaba. Yo por aquel entonces era muy coqueta, siempre arreglada con mi maquillaje y bien peinada. Un día fuimos a ir a dar una vuelta:

—¿No te peinas antes de salir? —le pregunté a Xeila antes de cerrar la puerta.

—¿Para qué? No me voy encontrar con nadie, vamos al súper y volvemos. No es que nos vayamos encontrar con Pedro o algo.

Mientras mi amiga decía eso yo me había terminado de retocar el *eyerline*, que se me había borrado un poco. Xeila fue hacia el ascensor para llamarlo y yo cerré la puerta cuando de repente vimos que apareció Pedro. Salía de su casa, que estaba enfrente de la de Xeila, y mi amiga se dio la vuelta justo en el momento que había cerrado la puerta.

Empecé a reírme y Xeila me miró con su cara asustada. Pedro se quedó mirándonos, yo no podía parar de reírme.

—Lilith, ¿qué es tan gracioso? ¿Por qué te ríes tanto? —me preguntó extrañado ante mi reacción.

—¡Nada, solo que me acordé de un chiste!

Pedro no se lo creyó del todo y Xeila solo miraba hacia otro lado tocándose el pelo, intentando peinarlo. Muchas veces hablábamos de eso y desde ese día siempre salía peinada de casa, ¡de todo se aprende!

Mis amigas encontraron divertida la escena y nos empezamos a reír. Cuando

llegamos al portal y vimos a Unai aún nos estábamos riendo, ya que Luisa me dijo que una vez le había pasado algo parecido y al contárnoslo no pudimos evitar seguir riéndonos a carcajadas. Tal vez por eso ahora siempre va tan arreglada a todas partes.

—Me gusta verte reír. Lilith —dijo Unai cogiéndome la mano y abrazándome.

—Bueno, era divertido. Viejos recuerdos que marcan —contesté volviendo a reírme.

—Debe ser divertido cuando te ríes así. ¿A dónde vamos? —preguntó señalando el coche.

—No sé, ya les he enseñado casi todo el pueblo —dije pensando en que nos quedaba por ver.

—¿Qué te parece si vamos al mirador de Santa Cruz?

—¡Sí! —exclamé ilusionada—. Hace mucho que no voy y es precioso, os gustará.

—Pues venga, vamos. Subid todas al coche.

Una vez en el coche fuimos camino al mirador. Estaba en una montaña cerca del pueblo, había un restaurante pequeño, muchos árboles, un observatorio y una figura de piedra representativa del pueblo. Me divertía paseando por aquel sitio, entre piedras y árboles. La vista desde allí era preciosa, el pueblo, los barcos, el mar, el pueblo de enfrente y toda esa masa de árboles que me hacía pensar que podía respirar aire puro.

Aparcamos cerca del restaurante y nos dirigimos hacia el mirador. Laura y Luisa se quedaron con la boca abierta ante semejante vista, no es fácil explicar los sentimientos que despierta ese lugar. Aprovechamos que estaba despejado y nos fuimos a una de las mesas de camping para sentarnos a hablar. Unai les hizo muchas preguntas sobre mi infancia y de cosas que ni yo me acordaba, había que ver qué memoria tenían mis amigas.

Cuando miré el reloj eran casi las nueve de la tarde, habíamos quedado con Carlos a las diez en la cabaña del guardián del cementerio. Teníamos que ir bajando si no, no íbamos a llegar a tiempo y aún quería ir por casa a coger una chaqueta por si refrescaba, tenía que haber hecho como mis amigas y haberla llevado ya.

—Deberíamos ir bajando, Unai. Se hace tarde.

—¿Tienes otra cita?

—Esto... Sí, hemos quedado con un amigo cerca del cementerio —dije sin saber muy bien si debía explicarle algo más o dejarlo pasar.

—Muy bien, pues podemos ir bajando despacio.

—Gracias.

Mientras volvíamos al coche mis amigas y yo nos hicimos las últimas fotos con esa vista tan hermosa, disfrutando de ese momento que esperábamos que se volviese a repetir pronto.

Unai nos dejó al lado del portal, se excusó y se marchó que se había olvidado de no sé qué en no sé dónde. Subí rápido a casa y cogí mi chaqueta negra larga asimétrica. No abrigaba pero si empezaba a refrescar no lo notaría tanto. Como siempre que me escapaba un rato al cementerio, la emoción recorría mi cuerpo, un cosquilleo por las piernas me

acompañaba. Desde mi casa solo había que cruzar un par de calles y bajar por la carretera flanqueada de árboles.

La brisa mecía las hojas de los árboles con ese sonido tan particular que me hipnotizaba, el corazón me latía a cien y cuando recordaba que él me estaría esperando allí me ponía aún más nerviosa. ¿Cómo podía alterarme tanto ese chico?

La oscuridad empezaba a envolver el camino, ya que no había farolas y las únicas que había estaban estropeadas y no alumbraban. Mis amigas estaban nerviosas y no podían disfrutar de ese camino como solía hacerlo yo. Yo intenté calmarlas, nadie nos iba a atracar, por allí no solía pasar nadie a esas horas, tal vez alguna parejita en el coche y poco más.

Ya empezaba a distinguir la cabaña a lo lejos y no veía a Carlos, ¿dónde estaría? ¿Vendría a la cita? Al acercarnos más distinguí su figura sentado en el banco de piedra, estaba mirando al horizonte sin mirar, como si recordara algo del pasado. No me gustaba verle así, siempre ausente, constantemente sumido en sus pensamientos y distraído, con ese halo de misterio rodeándole.

Me aproximé en silencio, le abracé y le di un beso en la mejilla. Mis amigas me siguieron y a Carlos le cambió la cara. Parecía volver a ser el Carlos de los últimos días, alegre y divertido. Les enseñé a mis amigas la vista que había desde allí. Nos acercamos al precipicio y nos sentamos para hacer fotos.

Me acerqué al precipicio como otras tantas veces, cerré los ojos para que me envolvieran esas sensaciones que solo experimentaba en aquel lugar y la brisa comenzó a soplar más fuerte haciendo que mi chaqueta ondeara. Sin darme cuenta había dado un paso más hacia adelante, sentí como la tierra se desprendía debajo de mis pies y una mano me agarró fuerte. Abrí los ojos y era Carlos quien me sostenía en el aire, sus ojos estaban tristes, más tristes de lo normal, y yo empecé a llorar sin saber muy bien por qué. Carlos me ayudó a subir de nuevo a tierra firme, yo me apoyaba en unas rocas salientes para que Carlos no hiciera toda la fuerza. Mi corazón latía a cien y mis amigas estaban blancas como si hubieran visto un fantasma, arrodilladas en el suelo.

Me senté en el banco de la cabaña. Laura y Luisa lloraban. Carlos me abrazaba fuerte mientras me acunaba.

—No vuelvas a hacer eso. No lo soportaría.

—Fue un accidente, no sabía que estaba tan mal la tierra. ¡Yo no quiero morir!

—Te amo, Lilith. No me vuelvas a separar de ti, ¡nunca!

Me quedé de piedra ante esa declaración. Era lo que había deseado escuchar de sus labios, pero no podía alegrarme del todo ante esto. Como si de un fantasma se tratase apareció Unai. Mis amigas le saludaron y Carlos y yo nos incorporamos. ¿Qué hacía él allí?

Unai se acercó a mí y me besó en los labios. Y no supe cómo reaccionar, pero Carlos se levantó y fue hacia mis amigas.

—¡Sorpresa! —dijo Unai cuando se despegó de mis labios.

—Esto... ¿Qué haces aquí? —dije mirando a Carlos.

—Bueno, pensé que después de tanto tiempo sin vernos debía compensarte y como me habías dicho que ibas a estar con un amigo, pues decidí venir a estar aquí un rato con vosotros.

—Pero...

—Hola, soy Unai. Un placer conocerte —se presentó ante Carlos.

—Carlos. Mucho gusto.

¿Qué iba a hacer? Quería estar con Carlos y las niñas. ¿Qué pensaría Carlos de ese beso? Me quedé de piedra, no sabía qué decir para salir de aquella situación y la mirada fría de Carlos me estaba acuchillando el corazón. Cuántas veces había soñado con que me dijera esas palabras y cuando por fin me las dice aparece Unai, que sí, que era mi novio, pero esas cosas así de repente no se hacen. No cuando había estado más de un mes alejado de mí ¿y ahora esperaba que actuara como si nada?

Carlos se excusó y se marchó después de despedirse de mí y de mis amigas. Le dijo algo a Laura en el oído y se fue. Me quedé observando cómo se alejaba por ese camino, sin saber si correr detrás de él o esperar otra oportunidad para decirle lo que sentía, si es que quisiera escuchar lo que mi corazón quería decirle.

Unai hablaba de algo, no le prestaba atención. No me había dado cuenta de lo que sentía mi corazón hasta ese momento. Cuando me había besado no había sentido nada, no sentí ese escalofrío recorriéndome como me pasaba con Carlos.

—Tengo algo de frío. Me apetece volver a casa —dije poniendo fin a aquella reunión amarga.

Nos pusimos en camino a mi casa. Por ese mismo camino se había ido Carlos un momento antes, seguro que deseando borrar aquellas palabras que acababa de decirme y odiándome. Tenía que ir a buscarle y decirle que le quería en mi vida.

Cuando llegamos al portal les pedí a mis amigas que fueran subiendo porque tenía que hablar con Unai un momento. Ahora estaba segura de lo que decirle, era increíble que hubiera tardado tanto en darme cuenta.

—Unai, hace tiempo que tengo algo que decirte. No sabía muy bien cómo expresarte esto, pues no estaba segura al cien por cien. Por eso el tiempo que estuve sin verte ha sido importante para aclararme.

—Dime, te escucho.

—Durante ese mes que desapareciste me sentí muy sola. Notaba cómo te alejabas de mí y aunque entiendo que tenías que atender a tu familia me sentí como un segundo plato. Solo me hablabas si de casualidad nos veíamos por el pueblo, solo me mandaste dos mensajes y, porque te cuadró bien, una llamada. Es lo que he recibido de tu parte en todo este tiempo.

—Lo siento, Lilith. No pensé que te estuviese haciendo tanto daño.

—Las dudas vinieron mil veces a mi mente y yo me intentaba convencer de que me querías porque fuiste tú quien me propuso ser novios y luchaste por conseguirlo. Pero creo

que fue una gran equivocación, tú no me quieres y yo tampoco te quiero.

—¿Cómo dices eso? Yo te quiero, Lilith.

—No, no me quieres. Si me quisieras me habrías llamado, habríamos quedado aunque fuera un rato para vernos cuando tu familia estuviera de paseo por el pueblo. Solo te preocupaste por mí cuando Anthony me besó.

—¿Por qué no me lo dijiste? No sabía que te sentías así.

—Eso deberías saberlo tú. Una relación es como una planta, hay que regarla para que se alimente, aunque la planta ya ha florecido.

—Pareces tan diferente... Más madura y segura. ¿Tú ya no me quieres?

—Creo que nunca te he querido. Te di una oportunidad, no, más bien nos di una oportunidad, ya que veía que tú hacías cosas para conquistarme y me agradaba ver que alguien se interesaba así por mí después de la decepción de Lexter, pero hice mal. Lo siento.

—No sé qué decir.

—Lo siento, Unai. No sabía cómo decírtelo, no quería hacerte daño. Pero he pensado mucho y es a la conclusión que he llegado. Nunca estuve muy segura de que esto fuera a durar pero intentaba pasarlo bien y disfrutar. Has sido bueno conmigo todo el tiempo, pero no pudo ser.

—Siento haberte hecho sentir sola, no era mi intención. Nunca te olvidaré y aquí me tienes para lo que necesites, ya lo sabes. Como buenos amigos.

—Como buenos amigos. —Le di un abrazo y un beso en la mejilla.

Subí las escaleras para reunirme con mis amigas, que me esperaban expectantes ante lo que ya intuían como el fin de mi relación con Unai. Entramos en casa y fuimos a la cocina para preparar unos bocadillos para cenar. Estaba triste, sabía que había hecho bien con Unai pero me sentía mal por Carlos, tenía que haber sido más sincera con él.

Les expliqué la conversación con Unai y a Luisa le pareció bien. Lo que me extrañó fue que Laura no me diese su opinión, solo asintió, parecía ausente. ¿Qué le habría dicho Carlos? Tenía que haber sido más sincera conmigo misma. En un par de días se iban a marchar y volveríamos a nuestras rutinas.

Nos metimos en cama. Mientras que Luisa y Laura se quedaron pronto dormidas, a mí todavía me daba vueltas en la cabeza lo que había pasado con Carlos y Unai. Poco a poco me fui durmiendo y dejando paso a un sueño intranquilo.

Capítulo 20



*E*staba sentada en una silla, con el libro mirando hacia la chimenea, me gustaba ver el crepitar del fuego. Estaba entrando en calor después de haber ido a la casa de Carlos metiéndome en todos los charcos y con la lluvia calándome los huesos.

Mi cabeza daba vueltas ante todo lo que iba suponer mi vida a partir de ahora. Aiden era rico, muy rico, pero no le conocía y tampoco quería hacerlo. Yo amaba a Carlos y esperaba con ansias nuestra cita nocturna, ¿qué plan se le habría ocurrido?

Mis padres entraron en el saloncito acompañados de los padres de Aiden, riéndose. Aiden fue el último en entrar en el salón y venía acalorado. En su fina piel blanca se le notaban las mejillas sonrosadas, todos venían empapados. El carruaje debió de aparcar lejos para que vinieran tan mojados en el trayecto hasta casa.

—¿Te cambiaste de ropa? ¿Por qué? —preguntó mi madre.

—Sí, madre. Cuando estaba en el jardín paseando comenzó a llover.

—Muy bien. Deberíamos cambiarnos nosotros también. ¡Gilda! —llamó a la sirvienta—. Acompaña a los señores a sus habitaciones.

La sirvienta hizo una pequeña reverencia en señal de aprobación, tras lo cual guio a nuestros invitados a sus habitaciones, donde le esperaban sus propios sirvientes. Esperaba no tener que participar en ninguna conversación, así que volví a hacer que leía el libro.

No pasó mucho rato antes de que volvieran al saloncito. Aiden se acercó a mí, mientras que nuestros padres se quedaron rezagados en la entrada del salón.

—¿Te gusta leer? —me preguntó Aiden intentando iniciar una conversación.

—Sí —contesté dando a entender que me molestaba.

—No quiero interrumpir, pero ya que vamos a casarnos tendremos que empezar a conocernos.

—¡Yo no quiero casarme contigo!

—Yo tampoco quiero casarme contigo, pero no depende de mí esa decisión. ¡Es lo que tengo que hacer!

—¿Acaso te conformas con eso? —pregunté indignada. Tendría que estar prometida

con Carlos, mi amor de infancia, no con un desconocido.

—No todo el mundo puede elegir casarse con quien quiere, menos alguien de nuestra posición. Los bailes y galas a las que nos llevan solo son una excusa para buscar elevar la posición social.

Me quedé pensando en su respuesta. No quería hacerme a la idea de tener que estar con un hombre que no conocía, que no amaba y que me iba a llevar lejos de mi casa y quién sabe si también de mi país.

Nos avisaron de que la cena estaba lista y fuimos al comedor. Durante la cena seguí con mi estrategia de ser una mujer arisca y taciturna. En cambio, mis padres disfrutaban de la conversación con los padres de Aiden. Solo quería que la cena acabase.

Al terminar la cena, como de costumbre, las mujeres se fueron al saloncito y los hombres se quedaron en el salón hablando de política. Yo había pedido permiso para irme a mi habitación.

Mis sirvientas me pusieron el camisón y una bata de seda. Me acerqué al tocador y me senté en la silla para peinar mi adorada melena. Mis ojos no eran los mismos de siempre, no veía el brillo que les caracterizaba, mis labios estaban pálidos y notaba algo de calor, a lo mejor tenía de fiebre por correr debajo de la lluvia.

Estuve muy atenta a los ruidos de fuera de mi habitación para saber cuándo todos se iban a la cama. Despedí a las sirvientas y busqué en mi armario con la luz de una vela una capa de invierno para salir al jardín en busca de mi amor.

La noche había llegado, fría y oscura, sin luna ni estrellas en el cielo, pero ya no llovía. Si no me manchaba de barro no tendría que cambiarme de ropa. Abrí la puerta de mi habitación muy despacio para no hacer ruido, puse la mano delante de la llama de la vela para que al moverme no se apagase y, poco a poco, de puntillas, fui hacia el jardín.

Evitaba los charcos y me sujetaba el camisón con ambas manos, menos mal que la capa era corta, así evitaba que se manchara toda. Llegué al sitio acordado y esperé a que él llegara. La espera se me hacía larga, ¿tenía pensado tardar mucho en llegar?

Una brisa suave y fría empezó a soplar y a ondear mi capa. Me acerqué a la muralla que rodeaba el jardín y la casa, me apoyé para ver mejor las vistas. A distancia vi llegar a Carlos, sigiloso, como siempre que nos veíamos a escondidas.

—Hola mi amor, ¿llevas mucho esperándome? —dijo tras besarme apasionadamente.

—No, acabo de llegar. ¿Pensaste en algo, mi amor?

—Sí, vendré a por ti en tres días y nos fugaremos al nuevo mundo. Tengo un amigo que se va a ir y puede colarnos. Escapémonos a un nuevo mundo donde podremos crear una familia juntos, sin temor a que nos separen.

—¿Tres días no es mucho tiempo? No sé cuándo pretenden mandarme lejos de aquí.

—En tres días, mi amor, nos iremos de aquí. Te vendré a buscar aquí, y nos iremos muy lejos. Para siempre.

Nos quedamos hablando un rato de nuestros planes en el nuevo mundo: un mundo

por descubrir, miles de oportunidades, una familia, hijos, una nueva casa. Estaba llena de ilusión ante aquella nueva oportunidad que se abría a mis ojos. Me sentía segura en sus brazos, deseaba quedarme así por siempre y si marchándome a un mundo desconocido podría lograrlo, que así fuera. El momento de la despedida tenía un sabor agrisado, me horrorizaba separarme de él, pero saber que en tres días podríamos vivir juntos para siempre hacía que me sintiera esperanzada por primera vez desde que había celebrado el baile de mi cumpleaños.

Volví a mi habitación y me metí en la cama, soñando con un destino diferente.

Las horas pasaban despacio, Aiden intentaba por todos los medios conocerme y entablar conversación conmigo, a lo cual, solo recibía silencio.

Un día, solo tenía que aguantar un día más a aquel hombre y podría ser libre.

Mi padre me llamó a su despacho, un mal presentimiento se apoderó de mí. ¿Qué tendría que decirme?

—Padre, ¿me llamabais?

—Sí. Mañana preparareis el equipaje, el ajuar y todo lo que queráis llevaros a vuestro nuevo hogar.

—¿Por qué? Yo...

—Mañana iniciaremos el viaje para vuestra boda en su castillo.

—Pero... No puede ser... Yo pensé...

Se hizo el silencio en el despacho, las palabras no me salían, era incapaz de formar una frase. No quería irme, pensé que al ser esquivo con él no querría saber nada de mí.

—Yo no le amo, padre. Quiero quedarme aquí en casa, con vosotros.

—¡Tú harás lo que yo te diga! Yo cuando me casé con tu madre tampoco la amaba y con el paso del tiempo nos fuimos conociendo y amándonos. A ti te pasará igual, Aiden es un buen chico, seguro que logra conquistar tu corazón.

Mi padre dio por finalizada la conversación y no serviría de nada lo que pudiera decirle. Salí del despacho y me fui a mi habitación, escribí una nota a Carlos y se la di a mi chica de confianza para que se la hiciera llegar. Mi sueño de irme con Carlos parecía muy lejano. ¿Conseguiríamos escaparnos juntos?

Me metí en cama, no tenía ganas de nada. No quería seguir viviendo, solo quería estar con Carlos, abrazados, besándonos, sintiéndome mujer con él y teniendo un futuro, un futuro que yo quería construir sin que nadie me obligase a nada. No quise comer, ni beber nada. Mi madre, preocupada, hizo llamar al médico para que me examinase. No encontró nada anormal y era previsible, ya que lo que yo tenía era el corazón roto en mil pedazos que no veía cómo se podrían recomponer.

Esperaba que Carlos contestara a mi nota urgente. No paraba de dar vueltas por la habitación, desesperándome, sin saber muy bien qué hacer. Las sirvientas ya empezaban a colocar mis vestidos en el baúl, mis joyas y todos mis objetos de aseo, mis peines y hasta mis retratos. Todo ese revuelo de gente y mis posesiones me ponía muy nerviosa. Empecé a despedirme mentalmente de mi habitación y de mi vida, para bien o para mal, tanto si

Carlos cumplía su promesa o no. Ver mi habitación casi vacía fue un mazazo, todo había sido tan repentino... No quería pensar en una vida sin amor. ¿Por qué tenía que pasar por esto? Podría escaparme antes yo sola y mandarle una nota a Carlos.

Mi madre entró otra vez en mi habitación, parecía abatida y dolorida. Tal vez no quería que me marchase lejos. Entonces, ¿por qué lo permitía?

—Mi niña, vas a pasar de ser una niña a ser una pequeña mujer. Es un gran paso este que vas a dar y estoy orgullosa de ti.

—Madre, no quiero irme lejos de ti.

—Cuando yo tenía tu edad, tus abuelos me prometieron a tu padre. Yo no le conocía, lo vi por primera vez en mi fiesta de la mayoría de edad. Era un chico tímido que me pareció muy tierno y con el tiempo conseguí amarle y darle una hermosa hija a la que amar y de la que estar orgulloso.

—No lo sabía.

—Cuando tú tengas una hija lo entenderás, eso es lo que me dijeron mis padres y el tiempo puso todo en su lugar. Tu padre, con sus detalles, me fue conquistando y eligió para mí todas esas flores que tanto mimas en nuestro jardín.

—Pero no lo entiendo, ¿no nos podemos casar por amor?

—Mi niña, este mundo de adultos es muy difícil y más si eres mujer. Los hombres son los que eligen, deciden y gobiernan, nosotras solo acatamos los que nos dicen. Quién sabe si tú en un futuro llegas a ser reina y las cosas cambian para todas las mujeres, pero una cosa es cierta.

—¿El qué?

—Solo tú puedes elegir cómo vivir tu destino. Tú te vas a casar con Aiden y solo tú puedes decidir pasarlo bien y disfrutar de todas las ventajas que tiene ser su mujer, o puedes vivirlo recluida en tu habitación sin más, con las ventanas cerradas y las cortinas echadas.

Mi madre me abrazó, me besó en la frente y se fue de la habitación dejándome sumida en miles de preguntas. Puedo elegir cómo vivir mi destino, pero ahora estaba totalmente decidido, ¿no? Si Carlos contestaba a mi plegaria yo podría elegir mi destino junto a él y vivirlo feliz, en vez de vivir mi futuro con un hombre que no amaba.

La noche se acercó a las ventanas, no tenía noticias de Carlos y ya era hora de que me rindiera a mi destino. Aiden parecía ser un buen chico. Con el camisón y una capa fui hasta la biblioteca para coger uno de mis libros favoritos para poder llevármelo a mi nueva casa. Allí estaba Aiden, leyendo uno de mis libros. Me acerqué en silencio y por primera vez le hablé.

—¿No puedes dormir? —le pregunté. Era tarde para estar leyendo.

—La verdad es que no. Siempre me desvelo la noche antes de los viajes largos.

—Esto es un poco precipitado. No nos conocemos.

—Tengo la impresión de que quieren acelerar todo.

—¡Yo no quiero irme de mi casa! Todo esto, mi habitación vacía, irme a un sitio donde no conozco a nadie, tener que despedirme de todo...

—Te entiendo, es un cambio grande para ti. Intentaré hacértelo lo más llevadero posible.

Le di las gracias y me dirigí a la estantería que estaba al otro lado de la habitación, allí estaban mis libros favoritos. Los cogí todos y los subí a mi habitación.

Me acosté en mi cama deseando que todo fuera un mal sueño.

La mañana llegó más deprisa que de costumbre. Me lavé y me vistieron las sirvientas, las cuales me acompañarían a mi nueva casa. Me peinaron y me calzaron, parecía una princesa. El vestido era de un color turquesa con un lazo negro en la cintura; los zapatos tenían tacón y eran de color gris con una hebilla hacia un lado.

Miré hacia la ventana y me fui a dar un paseo por el jardín, sería la última vez que lo viera y quería tenerlo presente en mi memoria. Me paraba en cada árbol para tocar su rugosa corteza, los rosales parecían despedir más aroma que de costumbre y la hierba brillaba con un resplandor especial, era como si mi jardín también quisiera despedirse de mí. Me quedé anclada en mi lugar especial, esperando a ver aparecer corriendo al amor de mi vida para que me salvara de este horrible destino.

Aiden vino a buscarme acompañado por mi familia; parecía que todo estaba listo para marcharnos. No me quería ir, pero mi caballero de reluciente armadura no aparecía, mi corazón se rompía en pedazos ante lo que me esperaba. Aiden se acercó y me tendió su mano, que tomé aceptando mi destino a regañadientes, aún tenía una pequeña esperanza de que Carlos viniera a salvarme en el último minuto. Cuando me subí al carruaje me vi perdida, las lágrimas empezaban a agolparse en mis ojos y un nudo se me formó en la garganta. No podía creer que Carlos no hubiese hecho nada. Las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas para acabar muriendo en mis labios. Sujeté las manos, que me empezaban a temblar. En ese momento todo me pesaba, me dolía respirar y solo quería llorar, pero no quería que me viesen, por lo cual había girado la cabeza hacia la ventana del carruaje para que pensarán que estaba admirando las vistas.

Nos detuvimos cerca de uno de los acantilados, el mar se veía embravecido. Me acerqué y le di una patada a una piedra. Observé como caía irremediabilmente hacia el fondo del mar. Las olas batían fuerte contra el acantilado, las aves volaban haciendo círculos y algunas caían en picado al agua para pescar. Me fascinaba el mar, el olor de la brisa, el sonido de los árboles meciéndose, estiré los brazos en forma de cruz y me sentí libre. El aire se habría paso entre las telas de mi vestido.

El silencio de aquel lugar me permitía escuchar el sonido de un jinete acercándose. Me emocioné pensando en que podía ser Carlos, pero estaba segura de que no vendría. ¡Me había ilusionado como una tonta!

Bajé los brazos y miré hacia atrás, justo en ese momento Carlos venía hacia mí. Aiden estaba detrás de mí diciéndome algo que no logré entender. Mis ojos solo miraban a Carlos, el sol le daba justo en la espalda y parecía un ángel.

Volví a sentir el nudo en mi garganta, las lágrimas volvieron a mis ojos, él era mi vida y tenía que renunciar a mi felicidad por mi deber para con mis padres.

Por mi cabeza pasaron miles de ideas y lo que más deseaba era escaparme con él. Era mi ángel, mi protector, siempre a mi lado cuando los demás desaparecían. Siempre acogiéndome en sus brazos en la noche para protegerme de las tormentas, siempre juntos y unidos por un lazo y este sería el adiós. Tendría que unirme a otro, pero mi corazón siempre sería de él.

La brisa se hizo más intensa, aparté los ojos de Carlos y volví a mirar al mar; Aiden decía cosas sin sentido para mí, no le entendía. Alcé los brazos y volví a mirar a mi ángel por última vez, murmuré te amo y me tiré al vacío en busca de la libertad.

Caía. Las aves escapaban y el mar se volvía más cercano y mi último pensamiento era para él, mi Carlos volviendo para salvarme.

Capítulo 21



Me desperté chillando, estaba sudando y me temblaba todo el cuerpo. Mis amigas se acercaron a mí, me abrazaron y no pude reprimir el llanto. El corazón me latía muy fuerte, como queriendo salirse del pecho. Mis manos temblaban mucho más que antes. Ahora entendía tantas cosas, la mirada de Carlos y por qué estaba tan reacio a acercarse a mí.

Mis amigas intentaban calmarme, pero solo quería hablar con Carlos y pedirle perdón. ¿Por qué había hecho algo así? Yo le amaba y le partí el corazón. ¿Por qué no había esperado un poco más? Nos habríamos fugado.

Cuando conseguí calmarme nos volvimos a acostar, mi último recuerdo de esa vida seguía rondando mi cabeza. No podía volver a dormir. Cuando mis amigas se quedaron dormidas me puse mi chaqueta y las zapatillas y salí al balcón a despejarme. Hacía frío y me agarré de los brazos como si así fuera a entrar en calor.

Me apoyé en la barandilla como tantas otras veces y me quedé mirando a la poca gente que paseaba. Miré hacia las montañas, necesitaba relajarme.

Una melodía llegó a mis oídos, era él tarareando aquella canción. La misma canción que me hizo empezar a recordar, la misma canción que me tarareaba las noches de tormenta. Era increíble cómo ahora relacionaba cosas de una vida y la otra. Mi mente quedó en blanco, ¿debía hacer algo? ¿Querría escuchar mis explicaciones?

Salí del balcón a toda prisa, bajé las escaleras de dos en dos y casi me caigo. No tenía tiempo de coger el ascensor. El frío del día que empezaba a nacer me golpeó en la cara y me encontré con él.

—Hola —dije nerviosa—. No sé si querrás escucharme pero tengo que explicarte lo de antes.

—No tienes por qué.

—Ya lo sé, pero quiero explicártelo. Unai fue mi novio durante un tiempo, vamos, quisimos intentarlo, pero entonces no te conocía. Un día apareciste e hiciste que empezara a sentir cosas y justo cuando empezamos a hablar con más frecuencia, Unai estaba desaparecido para mí. Siempre ocupado, no me llamaba ni contestaba mis mensajes. Hiciste que comprendiera que tenía que dejarme llevar por mi corazón. —Tomé aliento—. Mi corazón me decía una cosa y mi cabeza otra, no quería hacer daño a nadie. No sabía que iba a sentir esto por ti, no sabía nada de nuestra vida. Lo he recordado todo y lo siento.

¡Siento mucho lo que te hice! Fui egoísta, sí, pero era joven y tonta. Solo quería ser libre para elegir mi camino y no que otros decidieran por mí. Mi corazón fue tuyo hasta el momento en que morí y también después, así es que hoy, aun ahora y sin saber muy bien por qué, desde que te vi sentí cosas que no podía entender, que no eran normales, ya que nunca habíamos hablado antes. Cuando Unai dejó de hablarme di por hecho que él no quería saber nada de mí, hice mal, tenía que haber hablado con él y lo siento.

Le expliqué todo de carrerilla, casi sin respirar y esperando haberme explicado bien. No sabía qué iba a pensar, qué podría pasar a partir de ahora, pero no quería sentir que no había hecho todo lo posible. Cuando estaba con él me sentía segura, comprendida sin tener que decir palabras y lo mejor era que notaba que mi corazón latía con alegría por estar cerca de él, me había enamorado con sus pequeñas acciones a lo largo de todo este tiempo. Sus sonrisas eran muy cálidas, su simple contacto hacía que una descarga me recorriera entera y deseaba besarle con todo lo que mi corazón sentía por él, como si fuéramos las últimas personas en todo el mundo; no existía nada que no fuera él y lo que me hacía sentir.

Carlos estaba callado. Le miré a los ojos y volví a ver esa mirada fría, como cuando nos habíamos conocido. Le había hecho daño, mucho daño y por mucho que le explicara no había nada que hacer ante eso.

—Siento mucho todo esto, lo siento de verdad. No te voy a pedir que nos volvamos a ver, pero si algún día quieres verme, bueno, creo que sabrás encontrarme.

Me marché cabizbaja, esta vez sí cogí el ascensor para volver a casa. Me sentía destrozada y esa mirada triste y vacía me perseguía. Me acosté en el sofá mirando el techo, buscando alguna lógica a todo esto y la manera de arreglarlo con Carlos.

Luisa y Laura intentaron animarme con sus bromas y sus conclusiones alocadas. Llegué a la conclusión de que no podía estropearles su último día en el pueblo. ¡Que rápido habían pasado los quince días! Esperaba que mis amigas vinieran a vivir pronto a Oviedo. Así podríamos vernos más a menudo y quién sabe si encontrarían el amor en el pueblo y se quedaban aquí para siempre.

Poco después de comer llegaron mis amigas y entre todas preparamos la fiesta de despedida para Luisa y Laura, aprovechando que se habían ido a comprar unos regalos para sus padres. En el salón conectamos el portátil al televisor para poner un karaoke. Mónica y yo preparamos los pinchos mientras Xeila y María inflaban globos y ponían guirnaldas. No tardamos en tenerlo todo listo, bajamos las persianas, cogimos los matasuegras, nos repartimos un rollo de serpentinas y nos escondimos esperando a que llegaran.

La puerta se abrió y gritamos ¡sorpresa! Encendimos la luz, empezamos a hacer ruido con el matasuegras y tiramos las serpentinas, la cara de mis amigas era un poema, hacía tiempo que no me divertía tanto.

Dimos comienzo a nuestra fiesta de despedida. Reímos, cantamos, jugamos, bailamos y sobre todo comimos e hicimos muchas fotos. Todo esto me hizo olvidar por un rato todo el tema de Carlos. Ya casi se estaba acabando el verano y tendría que volver a la rutina escolar y era lo que menos me apetecía en el mundo.

La noche llegó y, cómo no, hicimos fiesta pijama. Nos fuimos a mi habitación, colocamos las cosas y nos pusimos a jugar a un juego de cartas. Cuando nos sentimos cansadas nos acostamos, mañana Luisa y Laura no madrugaban pero ya se volvían a Ourense. Menos mal que nos quedaba el móvil o la mensajería por internet.

Sabía que esa noche no iba soñar con mi pasado. Ya había descubierto lo más importante. El tiempo pasaba y todos dormían, yo solo daba vueltas en la cama. Un pensamiento se hilaba con otro. No conseguía dejar de pensar, si el cerebro tuviera un interruptor de apagado lo estaría presionando en ese momento.

Cuando nos levantamos fuimos directamente a la cocina, yo como no tenía mucha hambre solo me hice un zumo. Me faltaba energía, a ver si luego lograba dormir un poco.

Mónica, Xeila y María se fueron después de ayudar a recoger un poco, Luisa y Laura empezaron a recoger sus cosas. Las maletas de mis amigas iban más llenas que cuando habían venido. Mientras estaban ocupadas salí un momento a buscarles unos regalitos.

Fui al estudio fotográfico, estaba en la zona antigua, siempre iba al mismo. Tenía que recoger unos calendarios con una de nuestras fotos, nos la había hecho Carlos en el puente de palo. Al recordar a Carlos una punzada me dio en el corazón. ¿Algún día me perdonaría? ¿Volvería a ver su mirada llena de pasión y amor? Mis pensamientos volaron a recuerdos del pasado con Carlos para recordar aquella mirada que me encantaba. Entre pensamiento y pensamiento vino el dependiente con mis regalos, los envolvió y me marché.

De camino a casa me encontré con Unai. No tenía muchas ganas de hablar y miré al suelo esperando que él no se diera cuenta de que estaba allí.

—Lilith, ¿qué tal estás?

—Bien, tengo algo de prisa. Hablamos en otro momento, ¿te parece?

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, es solo que mis amigas se van hoy por la tarde y llevo unos regalos sorpresa.

—Bueno si necesitas hablar estoy aquí. Pero ya verás que volveréis a veros pronto.

Me quedé pensando en lo que acababa de decir Unai. Laura y Luisa en un año estarían aquí cerca estudiando. Ellas siempre sacaban buenas notas, seguro que las aceptarían donde quisieran.

Llegué a casa, dejé los regalos en la entrada y fui a mi habitación a ver cómo iban las maletas. Mis amigas ya estaban cerrándolas y solo nos quedaba esperar un par de horas a que saliera el autobús. Comimos en silencio y al terminar de recoger mis amigas se despidieron de mi madre. Metí los regalos en una bolsa sin que se dieran cuenta y nos marchamos.

El camino fue una agonía, hablábamos como siempre de chicos y de nuestros planes para el año que viene. Llegamos a la estación, les ayudé a meter las maletas en el autobús y me despedí de ellas. Las abracé, le di un beso a cada una y cuando iban a subir les di el regalo. Al abrirlo dejaron escapar una exclamación y me dieron las gracias. Nos

despedimos prometiendo vernos pronto y contarnos todas las novedades sin esperar meses. Justo cuando mis amigas iban a subir al autobús apareció Carlos para despedirse de ellas. Me quedé atontada mirándole, pero tenía que esperar a que fuera él quien me buscara, como siempre habíamos hecho.

El autobús arrancó y con él se fueron mis amigas, dejándome sola, sin saber cuándo nos volveríamos a ver, aunque esperanzada ya que siempre, tarde o temprano, cumplíamos nuestras promesas.

—Hasta luego —me dijo Carlos marchándose.

—Chao —respondí observando cómo se alejaba de mí sin siquiera mirarme.

Me dirigí hacia la salida de la estación. Me sentía triste de verdad. Mis amigas se habían ido, el chico con el que quería estar pasaba de mí, había alejado al chico que quería estar conmigo y no podía confiar en Anthony, ya que tenía miedo de que intentara besarme de nuevo.

Caminaba sin rumbo, paseaba por las calles sin fijarme en nada, solo quería distraerme, no pensar en nada ni en nadie. Cuando me detuve estaba cerca del faro, seguí hasta llegar al esqueleto de madera, me senté allí mirando el mar.

El mar estaba tranquilo, no había brisa y hacía calor, la gente se agolpaba en las escaleras que bajaban hacia una de las playas. Miré hacia el suelo cavilando en mis cosas, mis sentimientos y mis proyectos de futuro. Solo tenía claro una cosa, conocer a Carlos había trastocado toda mi vida. ¿Para qué quería saber quién era el amor de mi vida si no podía estar con él? Lo mejor habría sido no conocerle, o por lo menos no haber recordado nuestro pasado. No podía dejar de pensar, dándole vueltas a todo, buscando una solución que no tenía.

No sé cuando decidí volver a volver a casa, cuando me di cuenta estaba en el portal. Me sorprendió ver a Unai allí. Tenía una cara de preocupación que me intrigó bastante, ¿por qué estaría así?

—Hola —saludé.

—¿Dónde estabas? Estaba preocupado, no contestas al móvil. Nadie te había visto desde hace un buen rato.

—Estaba paseando y se me pasó la hora. Lo siento, estoy bien.

—No me vuelvas a dar estos sustos.

—¿Por qué te preocupas tanto por mí? Te hice daño y estás aquí, en mi casa, preocupado por mí.

—Lilith, aunque no te lo creas realmente siento algo fuerte por ti. —Hizo una pausa—. Sabía que tus amigas se iban hoy y supuse que te ibas a sentir triste, por eso te estuve buscando.

—Gracias. Eres un buen amigo. —Le miré a los ojos—. No pensé que te fueras a comportar así.

—De nada. Siento haberte hecho daño desapareciendo todo ese tiempo. No sabía que te estaba causando tanto dolor, tenía que haber dejado un poco a mi familia y

ocuparme de ti también.

Nos quedamos un rato hablando de su familia, de mis amigas y de lo mucho que agradecía su compañía en ese momento, pero lo que más quería es que Carlos no me volviese a tratar como una extraña.

Los días siguientes fueron muy raros, casi no hablaba con mis amigas, apenas salía de casa y no quería ver a nadie. Un día, Mónica y Paula vinieron a mi casa. Yo estaba en mi habitación como era costumbre en los últimos días. No me sentía con fuerzas de encontrarme con Carlos y ver esa mirada tan fría.

—Vamos —dijo Mónica—. Te voy a hacer trenzas. Dame las gomitas que te las hago desde la coleta. Me gusta mucho cómo te quedan.

—Yo te voy a pintar las uñas, ¿qué te parece? —preguntó Paula.

—Si tú quieres...

Mis amigas se afanaron en ponerme guapa, hasta me maquillaron. Decidieron ir a pasear. No en atraía la idea, pero viendo lo que se esforzaban por alegrarme no me quedaba otra.

Todo iba bien hasta que nos encontramos a Carlos. Iba acompañado de una chica, estaban cogidos de la mano, quise esconderme pero mis amigas no me dejaron. “Tú con la cabeza bien alta”, me dijeron. Pasé por su lado y me miró, pero sus ojos eran fríos como el hielo, su mirada me hacía un daño que jamás pensé que podría sentir por su parte. ¿Quién sería esa chica?

Los días siguieron pasando, yo parecía un zombi. Comer, dormir, hacer que me divertía con mis amigas, decirle a Laura lo bien que iban las vacaciones, de vez en cuando me encontraba con Carlos y me miraba como si no nos conociéramos, como si nunca hubiésemos compartido momentos juntos, como si nunca hubiera sentido nada por mí. Unai intentaba hacerme llevadera esta ruptura, era la primera vez que me había enamorado de verdad. Me moría por dentro cada vez que veía a Carlos con otra o simplemente cuando me miraba. ¿Cómo podía haber olvidado lo nuestro así de fácil? Entendía que no le hubiera sentado bien que Unai me besara, pero ya había pedido perdón y explicado mi error, ¿por qué tenía que mortificarme así? No éramos novios cuando todo esto pasó, solo nos habíamos dado un par de besos, aunque yo con él siempre me sentía feliz.

Llegó el fin del verano y con él, aunque suene raro, me di cuenta de lo que quería estudiar. Había decidido estudiar una carrera, psicología, así a lo mejor entendería mejor la mente de los demás.

Con septiembre llegó el primer día de la academia, iba a ser un año intenso, ya que tenía que estudiar dos años de bachiller en uno. Tenía que prepararme muy bien si quería tener una oportunidad de entrar en la carrera que deseaba estudiar.

Me centré en lo que se avecinaba, estudiar, estudiar y estudiar. Como el curso pasado, Unai me apoyaba, pero como grandes amigos. Intentaba cada día no pensar en Carlos, ni en sus miradas y sobre todo en sus malas contestaciones.

Carlos y yo nos habíamos visto unos días antes de que empezaran las clases y no pude evitar hablar con él. Me interesé por lo que hacía y en cambio solo recibía respuestas

cortantes, secas, y al mirar en sus ojos solo había frío, dolor y angustia. Me dolía todo esto, pero supuse que me lo merecía por jugar con dos chicos a la vez.

Septiembre pasó, octubre también y en noviembre empezaron las lluvias. Por fin el tiempo iba como yo. Triste, gris y llorando por dentro, intentando que mis amigas no se dieran cuenta de nada. Me encantaba que se acercara el invierno, lo que no me gustaba era que se acercaban los primeros parciales en la academia. Se suponía que con este examen verían cómo íbamos reteniendo la información de todo un año, así sabrían qué temas recalcar para conseguir el ansiado aprobado en la prueba de acceso a la universidad. Los exámenes estaban a punto de comenzar y necesitaba concentración máxima. Iba a hablar con Laura por última vez hasta que llegaran las navidades, así que encendí el ordenador y esperé a que mi portátil se conectara a la wifi. Dejé que se iniciara el *Messenger* mientras iba a por un vaso de agua.

—¿Qué tal lo llevas? —me preguntó Laura. No hacía ni un minuto que había entrado.

—Bien, ahora empieza el ser un zombi. Tengo que sacar muy buenas notas, sino no podremos ir a estudiar juntas.

—Claro —se rio—. ¿Y Carlos? ¿Volvisteis hablar?

—No, pero le he hecho mucho de menos. Ver su sonrisa, sus ojos, esa mirada de amor que tenía cuando estábamos juntos. ¿Para quéamarlo cuando no puedo estar con él? Lo único que puedo hacer es amarlo en silencio, esperar a que decida volver a hablarme y que me perdone por un error que he cometido. Lo amo, Laura. Me hace sentir viva, cuando me miraba me recorría una corriente por todo el cuerpo.

—¿Por qué no le hablas tú?

—Lo intenté una vez. Me mira desafiante, frío, como si no le importara nada. Como si solo sintiera odio hacia mí. Le entiendo, le rompí el corazón dos veces.

—Lilith, yo creo que él es tu media naranja. Lucha por él.

—No sé cómo. El tiempo dirá. No puedo obligarle a verme, además ya sabes que siempre anda con una chica. Supongo que ya me ha olvidado.

—No sé qué decirte. Solo que aquí me tienes, que siempre te apoyaré y que tal vez, solo tal vez, deberías dejar a un lado todo lo que ha pasado y hablar con él.

—No me atrevo, Laura.

Durante un rato más discutimos sobre si tenía o no que ir detrás de Carlos y preguntarle de una vez si ya me había olvidado. Yo no me sentía capaz, ¿y si decía que me había olvidado y que era hora de que hiciera lo mismo? El pasado era eso, pasado, algo que ya habíamos vivido y que no se podía repetir. No era el momento de comerme la cabeza con esas preguntas, tenía que estudiar y eso requería el cien por cien de mi atención. Odiaba la época de exámenes. Había días en los que tenía tres exámenes seguidos y me estresaba bastante, menos mal que estudiábamos todas juntas y era un apoyo bastante grande, hasta Unai se preocupaba de que estudiara todo bien.

Las dos semanas que duraron los exámenes fueron las más largas de mi vida. No

tenía tiempo ni de respirar, era un sin vivir. Mi madre estaba ya cansada de que le dijera todo lo que me entraba en el examen, desde pequeña me había acostumbrado a que después de estudiar ella me preguntaba la lección para ver si me lo sabía bien.

Por fin llegaron las vacaciones de Navidad. Luces en las calles, los comercios estaban más tiempo abiertos, la gente salía a pasear, las parejitas iban de la mano, los restaurantes se llenaban, los bares estaban a rebosar y yo estaba feliz porque había sacado las mejores notas de mi vida. Había merecido la pena todo el esfuerzo y no tener vida social durante un mes entero, por fin podía disfrutar durante un par de meses más.

El frío me pegaba en la cara cuando paseaba por la calle. Mis amigas y yo habíamos quedado en un restaurante para celebrar el cumpleaños de Paula. Yo llevaba mi regalo, un muñeco de Mokona, de una serie de televisión que veíamos juntas, hecho a mano. Esperaba que le gustase, me había llevado mucho hacerlo.

Cuando nos reunimos todos en la puerta del restaurante entramos, escogimos mesa y nos sentamos a esperar a que nos vinieran a atender. Como solíamos ir allí a celebrar todos los cumpleaños ya sabíamos qué pedir sin tener que mirar la carta. Esa noche me reí, hice bromas, canté, en fin, que me sentí mejor. Me divertía como si los últimos meses no hubieran existido, como si no hubiera recordado nada y simplemente hubiese dejado de ser novia de Unai porque ya no queríamos estar juntos.

Unai me acompañó a casa, no quería que fuera sola de noche, por si pasaba algo. Cuando estábamos cerca de su casa le dije que se quedara, que solo me quedaban dos calles para llegar. Paseaba tranquila, el frío que sentía en mi cuerpo me gustaba. El tiempo había pasado, por más que intentaba olvidarle no lo lograba, me dolía mucho el corazón cuando decidía olvidarlo todo. Su sonrisa iluminaba mi día, y sobre todo tenía grabada a fuego sus últimas palabras: “Te amo, Lilith. No me vuelvas a separar de ti, nunca”, qué ironía, ahora era él quien no quería saber nada de mí. Me lo tenía merecido, no podía romperle el corazón dos veces y esperar que me quisiese otra vez.

Mi corazón dio un vuelco al ver aquella figura, la reconocería aunque hubiesen pasado mil años. Carlos estaba en la acera de enfrente. Crucé para ir al portal.

—Hola —lo saludé.

Carlos me miró como si le estuviera molestando. Seguí hacia el portal, no creía que fuera a contestar como ya había pasado otras veces que nos habíamos encontrado.

—Hola —para mi sorpresa, sí contesto.

—Feliz navidad —musité antes de entrar en el portal.

Por suerte para mí, una vez dentro de mi portal me quedé mirando a Carlos. El cristal de la puerta hacía posible que yo viera a Carlos pero que él no me viese a mí. La mirada de Carlos era diferente, no era tan fría. ¿Tal vez me había perdonado? Preferí no hacerme ilusiones, no quería sufrir más.

Las fiestas de Navidad estuvieron llenas de sorpresas. Laura y Luisa me habían dicho que en un par de meses tenían un puente y que iban a venir a ver la universidad y de paso a verme aunque fuese solo un día. Unai había conocido a una chica y a mí me gustaba para él. Era una chica muy agradable y guapa. Era de la misma ciudad que él y

por casualidades de la vida había decidido quedarse aquí porque se había enamorado del pueblo en unas vacaciones. No podía reprochárselo, este era el pueblo costero más bonito que había visto en toda mi vida.

Llegó Reyes y hubo un día que se me quedó marcado para siempre; fue el punto de inflexión que necesitaba para decidirme a luchar por lo que quería.

Había ido a la cabaña del cuidador del cementerio. Necesitaba relajarme, ya que empezaban de nuevo las clases en unos días. Los últimos cuatro meses de locura, luego tocaba repasar todo lo que había estudiado en la academia para el examen de la universidad.

Carlos había ido también. No esperaba que me hablase, ni que se acercara a mí.

—¿Cómo van las vacaciones? —me preguntó.

—Bien, solo que son cortas.

—Bueno ya te queda poco. ¿Aun piensas en ir a la universidad?

—La verdad es que sí, por eso me esfuerzo tanto. Así podré ir a la mejor universidad, con Laura y Luisa, incluso podría terminar la carrera fuera del país. Sería una gran oportunidad.

—Sí, no siempre te puedes ir a otro país a estudiar.

—Claro. Es mi meta y voy a luchar lo que haga falta para conseguirlo —dije decidida.

—Me alegra mucho. Se ve que has madurado.

—Gracias —dije sonriéndole.

Hablamos un rato más sobre tonterías, que si hacía mucho frío, las próximas vacaciones en las que iban venir Luisa y Laura, etc. Miré el reloj y me despedí, se estaba haciendo tarde.

No creía posible tener una tercera oportunidad, pero, como Nora me había dicho muchas veces: “Si vuestro destino es estar juntos, lo estaréis. Tarde o temprano”. Tendría que confiar en el destino, ese que ya nos había separado dos veces.

Se acabaron las vacaciones y volvió la rutina escolar, una vez más. Las clases ahora eran más intensivas, nos estaban preparando para el examen de la universidad. Yo absorbía todos los conocimientos que me daban, quería saberlo todo, como siempre.

Pasó un mes, y dos, y en marzo ya estábamos libres de la escuela, nos daban un mes para preparar el examen, podíamos ir a la clase para que nos explicaran lo que no entendiéramos.

En abril me tocaba a mí organizar mi cumpleaños. En todo ese tiempo había coincidido alguna vez con Carlos y para mi sorpresa siempre era él quien me hablaba.

Como de costumbre, nos reunimos todos en el restaurante. Había invitado a Carlos, pero no creía que se fuera a presentar. Cenamos y, como siempre que no teníamos presión con los exámenes, nos divertíamos a tope.

Habían abierto un local de karaoke y decidimos pasarnos a ver qué tal. Mis amigas cantaban haciéndome olvidar todo lo malo que me había pasado. Consiguieron convencerme de que cantara, sabían que adoraba cantar, pero últimamente nunca me sentía con ganas. Al final elegí una canción, subí al escenario, cogí el micrófono y esperé a que empezara. Nos divertimos mucho, pero al llegar las tres de la madrugada todos nos fuimos a nuestras casas, acompañándonos unos a otros.

Cuando volvía a casa, para mi mala suerte, comenzó a llover a cántaros. No llevaba paraguas, así que fui corriendo por los soportales.

Al llegar a mi portal, allí estaba Carlos. Esperando. Me acerqué a él.

—Feliz cumpleaños, Lilith.

—Gracias —dije cogiendo el regalo que me tendía.

Abrí aquel paquete y lo que vi me sorprendió mucho. Eran los pendientes a juego con el collar. El collar que me habían regalado por mi cumpleaños en mi otra vida y que, desde que lo había recuperado, no me lo había quitado nunca. Las lágrimas resbalaron por mis mejillas.

—Muchas gracias. No sabía que los tenías. Son muy importantes para mí. Gracias. —No podía evitar agradecerle haber guardado una parte de mi vida pasada.

Carlos estaba cambiado. Sus ojos volvían a tener ese brillo especial, lo veía como si el tiempo hubiese pasado más acelerado por él. Sin querer nos rozamos las manos y yo sentí ese escalofrío que me recorría entera. El corazón se me aceleró y no pude evitar ponerme roja.

—Te he echado de menos —dije sin pensar.

En vez de una respuesta, lo que me encontré fueron los labios de Carlos presionando los míos. A pesar de que hacía algo de frío, sus labios estaban calientes. Me abrazó con fuerza por la cintura y yo le rodeé el cuello con mis brazos. Mis manos jugaron con su pelo. Nuestra respiración se volvió entrecortada. Mi corazón latía con fuerza. Tenía los nervios a flor de piel. Cada caricia era una descarga eléctrica por mi cuerpo. En ese instante solo estábamos él y yo en el mundo. Cuando nos separamos, mi respiración aún estaba agitada. Las manos me temblaban y no podía dejar de mirarle a los ojos. Su mirada era amor, amor de verdad. Le amaba y por mucho que en ese tiempo había intentado olvidarle no había podido. Siempre pensando en él, sufriendo por no estar a su lado, llorando muchas noches por verle con otra y ahora todo quedaba olvidado en ese beso. Ese beso de amor, pero no un amor cualquiera, amor verdadero, del que perdura por siglos.

—Lilith, te amo. Siempre te he amado y por mucho que intenté olvidarte me ha sido imposible. Quería que fueras feliz.

—Solo soy feliz a tu lado, ¿no lo entiendes?

—Me había propuesto que si no podía estar contigo, al menos podría cuidarte. Como he hecho siempre, aunque en alguna ocasión no hiciera lo más adecuado.

—¡Mi vigilante de la noche! Siempre he sospechado que alguien velaba por mí en las sombras de la noche. No esperaba que nos unieran tantas cosas, tantos momentos y

míranos ahora, podremos vivir lo que no nos dejaron antes.

—Lilith, eres la única mujer de mi vida.

—Te amo, Carlos.

Ese día nos prometimos amor eterno, un amor que traspasara todas las barreras. Un amor verdadero y sincero. Por siempre juntos. En esta vida y en las siguientes. Siempre nos encontraremos porque el amor nunca muere.

Agradecimientos



Dar las gracias siempre es difícil y más cuando hay tanta gente detrás. Lo primero, decir que aunque no os nombre a todas sabéis que sois especiales para mí, que me habéis ayudado mucho y que no puedo hacer un capítulo de agradecimientos.

Mamá, gracias por estar ahí siempre, eres mi mayor apoyo en el mundo y no hay palabras que puedan decir lo agradecida que te estoy por todo.

Daniel, mi niño siempre a mi lado. Gracias por apoyarme, por cuidar de la niña cuando decido escribir y siempre darme ánimos aunque a veces te desquicie.

Bea, qué decir de ti. El destino me llevó a tu tienda y desde esas compartimos grandes momentos. Gracias por la portada, por todo y por tener siempre una sonrisa en la boca cuando nos vemos. No nos vemos mucho y ya sabes qué pasa cuando nos juntamos...

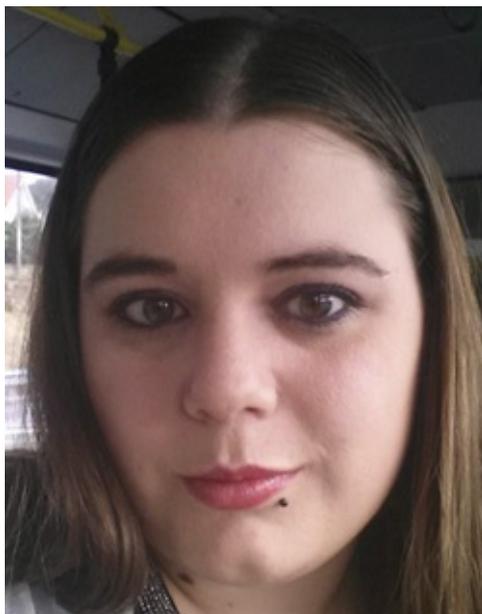
Dar las gracias también a todas esas personas que me han apoyado en esta aventura, que me han animado y no me han dejado caer en todo este tiempo de dudas.

Montse, gracias por toda la paciencia que has tenido conmigo ayudándome en todo lo del libro. Gracias por tu opinión y defenderme cuando lo he necesitado.

Una especial mención a María del Carmen del Río. Gracias por esas horas de *Skype*, de volvernos locas con la novela, por tus opiniones y sobre todo por estar ahí, que aunque no sea nada, para mí ha sido mucho. Gracias por ser mi amiga y estar a mi lado.

Y, por último, pero no menos importante, gracias lector por darle una oportunidad a esta autora que está empezando y deseando mostrar las historias que rondan por su cabeza.

Sobre la autora



Lizzie Quintas nació en Ourense en marzo de 1989. Desde su tierna infancia descubrió el mundo de los libros, soñando con miles de mundos.

Desde pequeña se dio cuenta de la facilidad de escribir y sus redacciones e imaginación en el colegio, dando lugar a descubrir su vocación como escritora.

A los quince años escribió Amor predestinado su primera novela y que forma parte de una trilogía que publicó en septiembre de 2014, iniciando así su carrera como escritora.

Desde ese momento no ha parado de escribir: ha participado en el libro treinta relatos y un poema (2015), en las antologías benéficas La vida es bella (2015), Mi princesa Rett (2016), Amor a través del tiempo (2016) de su autoría en compañía de otras grandes autoras y Lo que a cupido nunca conté (2016). Su segunda novela publicada es Mi vigilante de la noche que salió a la luz en el año 2015.

Ha publicado relatos en la revista digital Anescris y amigos, haciéndose cargo ahora de una sección de entrevistas.

La radio Acapulco de México ha leído varios relatos de Lizzie, llegando así a cruzar el charco.

Otros títulos de la autora

<https://www.amazon.es/Amor-través-del-tiempo-Antología-ebook/dp/B01BK3VEKA>

